



Università
Ca' Foscari
Venezia

Corso di Laurea magistrale in Interpretariato e Traduzione Editoriale, Settoriale

Tesi di Laurea

—
Ca' Foscari
Dorsoduro 3246
30123 Venezia

Propuesta de traducción y análisis traductológico de los capítulos IX-XIII de la novela de Lidia Falcón O'Neill *Al fin estaba sola*

Relatore

Prof. Luis Luque Toro

Correlatrice

Prof.ssa Claudia Caburlotto

Laureando

Nora Corte
986530

Anno Accademico

2014 / 2015

ÍNDICE

Agradecimientos	1
Abstract	3
Introducción	5
Primera parte: Al fin estaba sola – Texto original	8
Segunda parte: Al fin estaba sola - Propuesta de traducción	72
Tercera parte: Comentario traductológico	144
Capítulo 1. Aspectos generales de la traducción	
1.1 Perspectiva histórica	144
1.2 Perspectiva teórica	145
1.3 Perspectiva aplicada	147
1.4 Señales e indicaciones	
1.4.1 Dominantes y cronotopos	149
1.5 Los realia	150
1.6 Indicaciones o parámetros	151
1.7 El proceso traductivo	154
Capítulo 2. Análisis del texto original	
2.1 Introducción	159
2.2 La autora	161
2.3 Resumen	162
2.4 Los personajes	164
2.5 Tipo de texto	166
2.6 Función del texto	168
2.7 Lector modelo al que se dirige el texto	169
2.8 Estilo y registro	170
Capítulo 3. El texto de llegada	172
3.1 Búsqueda y traslado de la dominante	173
3.2 Búsqueda y transformación de los cronotopos	175
3.3 Búsqueda y transposición de los realia y de los residuos	177
3.4 El color – Fraseología – Puntuación	178
3.5 Términos particulares y su traducción	180
3.6 Variaciones sintácticas y morfológicas	182
Capítulo 4. Conclusión	184
4.1 Conclusiones sobre el aspecto práctico de la traducción: el bagaje del traductor	185
4.2 Instrumentos lexicográficos	186
4.3 Conclusiones sobre la orientación interpretativa del texto	187
Reflexiones sobre la profesión del traductor	189
Glosario	190
Bibliografía	195

Agradecimientos

A los profesores Luis Luque Toro y Claudia Caburlotto por haberme ayudado y seguido no obstante la distancia y las dificultades encontradas.

A mis padres, que siempre me han apoyado en mis elecciones y ayudado a lograr mis objetivos.

Abstract

This thesis consists in two parts, the translation of five chapters selected by the novel *Al fin estaba sola* de Lidia Falcón O'Neill and a brief commentary about the story, the experience of translation after the application of some translation theory.

The novel *Al fin estaba sola* is composed by three parts, each one divided in different chapters, set in Spain, mainly between Madrid and Barcelona, during the period of the Spanish transition to democracy. Ruth, the main character, is a politically active woman, separated and with two little daughters, who risk her freedom to fight for her principles. She participate in a political group, she's in love with a member of it who remains in prison for some action against the totalitarian regime of Francisco Franco. Some flash back, introduced with the memories of the parents of Ruth, allow to imagine the political, social and economic situation of this particular period in the history of Spain.

Moreover, the novel introduces another subject matter, the domestic violence.

Her writer, Lidia Falcón O'Neill, is a lawyer, a journalist and above all a feminist activist who suffered many imprisonments during Franco's dictatorship.

La traducción es un arte antiguo, pero una disciplina joven¹

Introducción

La comunicación entre individuos, grupos sociales, países que se consideraban “distantes” tanto desde el punto de vista geográfico que cultural ha cambiado de manera considerable en la forma y en los medios de transmisión.

Siempre el hombre ha traducido lo que se decía, pero hoy más que nunca es necesario definir el ámbito específico de la traducción para perfeccionar las estrategias traductivas.

En 1975 George Steiner escribía sobre la necesidad, por el traductor, de reexaminar el “acto creativo”² que había influenciado la escritura “original” añadiendo que la traducción, antes de ser un ejercicio formal, es una “experiencia existencial”³. En la Traductología como disciplina, las distinciones entre arte y ciencia, aceptabilidad, conveniencia, libertad del traductor, fidelidad del texto y cualquier otro aspecto de las abundantes análisis de las Escuelas y conceptos pasados parecen superados o, de todas maneras, implícitos. Representan una multiplicidad de conquistas que constituyen la “base de partida” para los que se acercan a la traducción.

Trazan probablemente barreras para definir el ámbito de las “licencias”⁴ permitidas para superar obstáculos, ambigüedades y para dar al lector la idea que el texto de llegada pertenece a su cultura y se inserta de manera adecuada en el sistema interno de su lengua.

Lidia Falcón, autora del libro *Al fin estaba sola*, publicado por la editorial Montesinos en 2007 vive y trabaja entre Madrid y Barcelona; es periodista, abogada, activista comprometida en la defensa de los derechos de la mujer y, sin dudas, escritora.

Esto significa que enfrentarse a la traducción de los capítulos elegidos de la novela exigía una definición clara de la estrategia traductiva como base de partida para un texto literario moderno y una interpretación del contenido ideológico que transmitiera sin alterarlo el efecto que la escritora quería despertar tanto en el lector modelo como en el lector empírico.

De aquí la necesidad de individuar y tratar de manera adecuada realia y residuos que hoy en día siguen muy presentes en la cultura española, menos evidentes para el lector italiano.

Este trabajo pasará sintéticamente revista la traductología desde un punto de vista histórico, teórico y aplicado para individuar una serie de “señales” e “indicaciones” aptas para trazar el recorrido traductivo adecuado a la novela contemporánea.

La enseñanza de autores como Umberto Eco, Federica Scarpa, Margherita Ulrych y el profesor Bruno Osimo entre otros, ha marcado el camino.

Durante las clases de este último he podido acercarme a unas obras de Aleksandăr Lûdskanov, Anton Popovič, Peeter Torop.

Dado que el argumento de la novela *Al fin estaba sola* se proyecta en un contexto histórico-político pre y pos franquismo, analizando el texto original (tipología, función, estilo...), se

¹

² BUFFONI F. (2007), nota en *Per una scienza della traduzione en Il viaggio della traduzione* a cura di M.G. Profeti, Firenze University Press

³ *Ibid.*

⁴ ECO U. (2003), *Dire quasi la stessa cosa*, Milano, Bompiani, 2010, p. 14

mencionará el contexto social, cultural y político en el que la autora ambienta el cuento para coger y transferir los frecuentes flash-back, limitando el recurso a notas metatextuales.

Un párrafo aparte examinará las referencias culturales y lexicales específicas o intraducibles.

La delimitación entre nivel denotativo y nivel connotativo debe ser igualmente cuidada, aunque la autora asegure no reconocerse en la protagonista⁵.

En la parte dedicada al texto de llegada se evidenciará el recorrido lógico seguido para rendir la fraseología de las metáforas, de unos términos y construcciones morfosintácticas particulares, de manera que también el lector italiano pueda coger la misma inmediatez del lenguaje casi “hablado” en el que la autora se expresa.

Traducir implica sin dudas una competencia multidisciplinar que sólo tiempo, práctica y curiosidad intelectual pueden proporcionar. Hoy en día la traductología vive una fase de fermento evolutivo que ha superado las contraposiciones de los 60-70, que sigue dificultando la asimilación de la extraordinaria variedad de conceptos, teorías, métodos emergentes y multiplicados por la comunicación en la red.

Estoy muy agradecida por la paciente ayuda que el relator, el profesor Luis Luque Toro y de la co-relatora, profesora Claudia Caburlotto.

Espero haber interpretado de manera correcta las sugerencias de cada uno de ellos, espero además haber representado adecuadamente la intención de la autora, Lidia Falcón O’Neill.

⁵ ÁLVAREZ FEÁNS A. (2008), *Cada paso progresista que hemos dado ha supuesto una renuncia para las mujeres*, entrevista a Lidia Falcón O’Neill por Revista Pueblos, (<http://www.revistapueblos.org/old/spip.php?article889>)

CAPÍTULO IX

— Esa ha sido una decisión de los locos de tu partido que no saben como llamar la atención y que siempre quieren ser mártires para salir en la televisión holandesa. Precisamente nosotros estábamos negociando mejores condiciones para los presos con la dirección del penal...

Amparo me miraba con su habitual expresión hostil, con los ojos fruncidos y las mandíbulas apretadas, que yo a veces veía reproducirse lamentablemente en mi hija María Rosa cuando estaba enfadada. Aquella tarde mi cuñada tenía que mostrar claramente su disgusto. Porque la había molestado para pedirle un favor, porque la huelga de los presos de mi partido había estorbado los planes del suyo, porque a pesar del desprecio que decía mostrar por la televisión holandesa su partido también estaba ansioso de que les prestara atención y el mío se interponía en sus objetivos. Porque en definitiva yo era la cuñada díscola e insolente que se había atrevido a desafiar a la elegante sociedad a la que pertenecían, con una separación matrimonial fuera de todas las normas que imperaban entre los miembros de la burguesía barcelonesa.

—Te ruego que hables de los dirigentes de mi partido con respeto, del mismo modo que yo lo haré de los tuyos, o dejamos esta conversación ahora mismo...

No estaba muy segura de que no se pudiera atribuir a mis dirigentes los calificativos que les había dedicado mi cuñada y quizá también las motivaciones de aquella huelga, que les iba a causar tantos sufrimientos a sus militantes presos en aquel siniestro penal,

obedecían a los objetivos que Amparo señalaba, pero no podía consentirle que se permitiría insultarles y despreciarles en mi presencia, y no sólo porque Rafael era uno de ellos, sino por el más elemental sentido de lealtad.

—Vosotros siempre pactando con el poder, ¿verdad?

Mi tono de desprecio molestó a Amparo más que ninguna otra objeción.

—Nosotros tenemos un sentido de la política constructivo que llevará a nuestro pueblo a alcanzar el poder, mientras tu partido se estrellará...

Ya me había cansado de aquella estéril discusión. Hice un gesto con la mano y repliqué.

—Mira, dejemos este tema porque podemos hacernos viejas diciendo siempre lo mismo... Lo único que yo quería saber es en que situación se encuentran los castigados y si conoces alguna posibilidad de comunicarse con ellos...

Amparo vaciló un momento. No se humanizó porque era incapaz de ello, pero seguramente estaba valorando si le convenía ayu-

darme y de su caritativa conducta podría sacar algún rendimiento.

—Nosotros tenemos relación directa con nuestros presos, sobre todo porque no están castigados...

—¿Alguno de ellos podría darte noticias de los nuestros?

Era un favor sencillo. De todas las cárceles, los abogados y los familiares transmitían mensajes de unas familias a otras, a lo largo y lo ancho de España. Era lo que yo llamaba el correo de las prisiones. Para Amparo no significaba ningún esfuerzo pedirle a alguno de sus abogados que averiguara de sus clientes cómo estaba

el ambiente de la prisión a raíz de la huelga y cuántos eran los castigos.

Por supuesto yo no pensaba mostrarle especial interés por ninguno, porque eso hubiera sido entregarme prisionera de las exigencias de Arturo. Amparo no hubiera vacilado un segundo en contarle a su

hermano mis sentimientos amorosos. Ninguna consideración de solidaridad política o humana la hubiera hecho callar, porque en realidad no sentía ninguna, ni por mí ni por mi partido. A partir de ese

momento Arturo dejaría de darme la miseria de pensión que habíamos pactado, y quién sabe si no me amenazaría con quitarme las niñas. Aunque en este capítulo no abrigaba yo muchos temores, segura de que María Ángeles no estaba dispuesta a aguantarlas hijas de otra mujer.

Y él tampoco necesitaba a sus hijas. Aún recordaba con cierta satisfacción la penosa despedida de la última tarde que vivimos juntos, cuando se presentó en casa acompañado de su abogado para que firmara el convenio. Ya concluida la entrevista y aceptados todos los aspectos del pacto, Arturo se permitió mirarme con superior desdén y amenazarme.

—Ahora te concedo la custodia de las niñas pero ya veremos dentro de algún tiempo... porque no te olvides que las hijas son mías...

En un arranque de rabia y con la lucidez que me daba indignación de la injusticia, le grité.

—¡Ahora mismo, ahora mismo te las llevas! ¡Ahora mismo las arreglo y te las llevas! ¡Para que las cuide María Angeles!

Y pude reírme a gusto viendo como aquellos dos grandes y apuestos varones se ponían el abrigo rápidamente y salían de la casa a toda prisa sin decir una palabra más.

Pero después la que salió de aquella casa con las dos niñas fui yo, para vivir en la pobreza en que ahora me encontraba.

Aquella tensa conversación que manteníamos Amparo y yo se había suscitado después de que la llamara y la citara en la cafetería

de un hotel cercano a su casa, donde antes, cuando todavía éramos cuñadas y fingíamos que nos tratábamos con cariño, solíamos encontrarnos. Esta entrevista no conculcaba las medidas de seguridad

ni traicionaba los intereses de mi partido, ya que era pública y notoria nuestra relación familiar y al fin y al cabo sólo le estaba pidiendo noticias de nuestros camaradas.

Amparo y yo nos habíamos conocido en la Universidad en el primer año de carrera, aquel memorable sesenta y ocho, cuando ella era sólo la ilustre descendiente del conocido abogado Arturo Germanor de Andover y Casáis y llegaba al epicentro de la subversión antifranquista directamente del colegio de las Teresianas donde se había educado santamente durante catorce de los dieciocho años que las dos teníamos. Antes de la separación de Arturo, y de que se mostrara tan odiosa como era, me causaba ternura recordar de ella

las horribles medias de algodón marrón que usaba, las faldas hasta media pantorrilla y la piel agrietada de la cara y de las manos por los jabones con que se las lavaba.

Cumplía fielmente el deber de oír misa diaria, ayudaba al Domund, realizaba velas al Santísimo los miércoles por la noche, y usaba un trasnochado lenguaje beato que ya no se estilaba. Y sin que nadie nos diéramos cuenta, de pronto, al cabo de pocos meses de comenzado el curso, estaba afiliada a una célula del PSUC, en donde me la encontré yo apenas ingresada. E inmediatamente sustituyó el lenguaje piadoso por uno radicalmente revolucionario, vistió pantalones y jerseys sucios y siguió con la piel agrietada, más agrietada si cabe.

Ninguno de aquellos atuendos contribuía a hacerla más atractiva, lo que le hubiera convenido mucho. Resultaba un misterio la causa de que Amparo y Arturo fuesen tan distintos, pareciéndose tanto. Mientras Arturo era un muchacho alto, de hermosos ojos negros y sus defectos, nariz excesivamente larga, barbilla cuadrada, no desmerecían su belleza varonil, Amparo no medía más de metro

cinquenta y cinco y la nariz y la barbilla puntiagudas le daban aspecto de bruja de cuento. Los ojos pardos no tenían brillo y el pelo paji-zo, pobre y sin fuerza, le caía a los lados de la cara como las orejas de los perros pachones.

—Por eso no te puede ver, Ruth, porque te tiene envidia —me decía a menudo Rafael—. No hay más que comparar, mujer...

Nunca quise aceptar esta clase de argumentos que los hombres utilizaban siempre. Las críticas al aspecto de las mujeres, las comparaciones entre las diversas cualidades y atractivos de cada una de ellas me parecían adolescentes y machistas. Así me había enseñado

mi padre, que rechazaba tajantemente las expresiones peyorativas respecto al aspecto físico de las personas.

—Esos argumentos tienen una causa racista que es la que discrimina a las personas según su color, su estatura, sus rasgos faciales, y clasista porque los pobres siempre son feos.

Por ello rechazaba indignada los comentarios de Rafael, que se reía de mí diciendo que los razonamientos liberales de mi padre pesaban sobre mí más que los análisis materialistas, porque las tendencias humanas no se pueden eliminar por el sólo bueno e ingenuo deseo de todos seamos igualmente generosos y solidarios. Que la envidia, el odio, la pasión, la mezquindad, la estupidez, la ignorancia, la mediocridad, no sólo existen sino que constituyen el núcleo duro de las gentes.

—Algo así como la columna vertebral. Son cómo el ácido ribonucleico, ¿comprendes? La sustancia de la que estamos hechos todos.

—Entonces, ¿por qué te dedicas a la revolución? ¿Por qué inviertes tanto tiempo y esfuerzos e incluso arriesgas la libertad y la vida en cambiar el mundo, si nadie se lo merece?

—Oh, precisamente por eso, esmeraldita mía —una cursilería que me dedicaba a veces—. Para cambiarlos.

—Tu no eres igual... —protestaba yo, derritiéndome de ternura y admiración por aquel hombre que estaba fabricado de la materia más generosa y altruista que yo había conocido.

—Está en mi naturaleza, como el escorpión... —y se reía y me abrazaba.

El recuerdo de aquellos días de felicidad me hizo tanto daño que tuve que cerrar los ojos, temiendo que la emoción me obligara a llorar allí mismo, delante de mi cuñada, que me escrutaba como si quisiera adivinar todos mis pensamientos.

Siempre me había sorprendido que Amparo, que tan austera era en su atuendo y su arreglo personal, me observase continuamente, como deseando encontrar en mis vestidos, mi peinado o mi forma de actuar los defectos que yo sabía que me atribuía. Aunque no era ésta una característica exclusiva de mi cuñada. Toda la familia se comportaba de la misma manera, y sus amigos. Formaba parte de las maneras de la clase a la que pertenecían, siempre escudñando y criticando severamente a los demás, desde el peinado al vestido, del mismo modo que la casa, el coche, el trabajo, la forma de conducir y la de comer. No había actividad alguna que se librara de su vigilancia y de su aprobado o suspenso. Más numerosos los segundos que los primeros.

—Tan cosmopolitas como presumen por ser de la ciudad más avanzada de España, y se comportan como pueblerinos — comenté una vez en casa y ante mi sorpresa mi madre replicó con tono agrio:

—Mucho presumen pero todos se comportan de la misma manera. En esta ciudad el control social se practica por todas las clases. Nosotros siempre hemos vivido en barrios modestos y a mí los vecinos me vigilaron siempre, me criticaron y me fastidieron todo lo que pudieron. Tenía que seguir las normas que ellos implantaban en todos los órdenes de la vida: desde cómo bajar la basura hasta la hora de acostarme y de levantarme. Me acuerdo de los comentarios desaprobadores que las vecinas se atrevían a hacer en mi presencia cuando me encontraban por la escalera, si me atrevía a dormir por la mañana más tarde de lo que ellas consideraban aceptable en una mujer trabajadora y decente. Y qué miradas si abría la puerta en bata al que leía el contador de la electricidad o al que repartía el butano. Siempre tenía que estar arreglada y compuesta como si fuera de visita. Se creían con derecho a fisgar en mi vida y en mis costumbres y siempre eran jueces, más bien fiscales, de todos los demás.

—Eso es el fascismo Micaela, ya te lo he dicho muchas veces, el fascismo... — intervenía mi padre—. El fascismo ha convertido España en un cuartel. Todos tenemos que obedecer el toque de corneta a las órdenes del sargento, que es el portero, el guardacoche, el policía urbano, el jefe de la oficina, el director de la escuela... Todo un país militarizado. ¡Pues no hemos recordado tantas veces Micaela, que Franco dictó un decreto el año treinta y nueve por el que permitía a los sargentos del Ejército fascioso retirarse con toda la paga y convertirse en maestros de primera enseñanza!

Así vimos a más de uno de ellos en aquellos horribles colegios de los años cuarenta, obligando a los niños de siete y ocho años a hacer instrucción en el patio con un palo en sustitución del fusil... Y les pegaban palmetazos en las manos, les tenían de rodillas con los brazos en cruz llenos de libros. Uno de aquellos torturadores se complacía en pegarle en la cabeza a los chicos con el nudillo sin venir a cuento, cuando estaban quietos y estudiando, y decía

como una gracia ¡por si acaso!... ¡Por si acaso te portas mal!... Oh, sí Micaela, hijas, el fascismo a significado el hundimiento de la moral y de la educación de nuestro país. Porque esos decretos y esos modos dictatoriales se han introyectado en la gente. Se han convertido en una manera de ser, de vivir, de juzgar a los demás...

Toda la vida convertida en un campo de concentración...

Mi padre peroraba, llevado de su habitual entusiasmo, sobre la corrupción de la educación que había supuesto el fascismo, hablando mientras paseaba por el comedor, sin mirarnos, enfrascado en sus razonamientos. Mi madre no osaba contradecirle, pero en la ex-presión escéptica que mostraba flotaba una duda que nunca expresaba. Una sola vez la oí replicarle:

—Esta es la educación burguesa europea más que la fascista. Mis hermanos me han contado que en Suiza y en Bélgica son iguales. La hipocresía domina todas las relaciones humanas, y todo el mundo se ve obligado a actuar según el código social dominante. Especialmente la clase media, esa que Hanna Arendt decía que era la peste de occidente... Hasta las clases populares, que en realidad lo que quieren es imitar a los burgueses. Ya te he dicho muchas veces que con la educación liberal no se arregla todo...se necesita una revolución proletaria para erradicar no sólo la explotación económica sino también la moral burguesa que se ha impuesto...

Decidí cortar la inspección a que me estaba sometiendo Amparo, en un silencio hostil y severo, como debía ser el que imponían las monjas de su colegio.

—Bueno, ¿qué me dices? ¿Puedes hacerme el favor de averiguar cómo están los presos castigados en el penal?

Asintió gravemente con la cabeza y sólo dijo:

—Lo intentaré. Ya te llamaré.

El lunes por la mañana me sentía enormemente cansada, como si fuera sábado. Me había pasado todo el domingo limpiando la casa que estaba tan sucia que temía que las chiquillas cogieran una infección si se arrastraban por el suelo, pero el cansancio psíquico era mayor que el físico. Mientras fregaba, me atormentaba sin descanso buscando una manera de acceder a Rafael, de resolver mis problemas económicos, de liberarme de Arturo, de trabajar para el partido con más eficacia. Y sobre todo el sentimiento de culpa de abandonar a mi madre y de no dedicarles suficientes horas a las niñas. Que ahora había empeorado al saber que la pobre Merce-

des Mateu estaba presa por un delito que no había cometido.

Toda la noche, después de conocer la noticia, me había desesperado buscando la manera de librarla de responsabilidad sin poner en peligro mi libertad. Pero hasta el momento no había logrado más que extenuarme. Y no quería preguntarle a Daniel porque temía que se mostrara totalmente indiferente al problema. En todas las luchas hay víctimas, me contestaría, o algo así, y añadiría que debería estar contenta de haber esquivado a las sospechas. Es mucho mejor que esté en la cárcel esa Mercedes que tú, que haces un trabajo muy válido para el partido.

Cuando concluí de fregar me dolía todo el cuerpo, y lo que era peor, el alma.

¿Cómo liberarme de las exigencias de mi super yo que me tenían presa en la necesidad de hacer más, de ser mejor, de cumplir bien con todos? Ser una buena madre, una buena hija, una buena militante del partido, una buena compañera de mi pobre amor encarcelado, y comprobar que excepto en algunos momentos acertados me había equivocado en casi todo. Por eso ahora

me exigía más. Tenía que corregir las torpezas que había cometido anteriormente y superar los enormes obstáculos que me impedían... ¿Qué me impedían? ¿Qué era lo que me proponía? Me sentí de pronto coapsada, vacía de intenciones, de propósitos. El trabajo no ofrecía gratificación alguna, y no se habrían ante mí posibilidades de cambio en momentos en que la crisis económica que llevaba más de un año abatiéndose sobre el país había hecho aumentar trágicamente la tasa de paro y había multitud de mujeres intentando vanamente emplearse de secretarias. Suerte tenía yo, decían mi hermana y sus amigas, de que a mi edad, con escasos conocimientos de secretariado y ningún idioma, y además con dos niños, tuviese un empleo fijo y bastante bien remunerado.

—¡Bien remunerado! —repetí sarcásticamente—. ¡Bien remunerado! ¿Y cómo es que no me daba para llegar a fin de mes?

—Porque tienes a las niñas, claro... Tu sueldo, si tuvieras que mantenerte tú sola, estaría bien...

Si estuviera sola... Plantearse tal alternativa era dejarse llevar por absurdas fantasías. Sobre todo cuando interrumpiendo mis ensoña-

ciones se abrió la puerta del despacho y el inevitable señor Pereda me invitó a pasar.

Y apenas crucé el dintel me agarró por la cintura y comenzó a besarme como en los días anteriores a la conmoción causada por la falsificación de los talones. Se sentía exultante de gozo al haber resuelto tan pronto el problema. Parecía que con la detención de Mercedes el director general se había quedado más tranquilo y ya no se hablaba de represalias ni purgas en la empresa.

—Ruth, Ruth, qué guapa eres —repetía, agotando en tal expresión todo su ingenio—. Hemos de encontrarnos en mi apartamentito, así no puedo seguir...

Cuando pude desprenderme de él con habilidad, le objeté.

—Ahora no es muy oportuno...

—¿Por qué no? Nadie ha de enterarse... Verás, mañana por la tarde, al salir de aquí te diriges a esta dirección... —y me tendía un pa-pelito escrito con su letra, que ya tenía preparado—. Coge un taxi, ya te daré el dinero. Te espero a las seis y media...

Y bruscamente se apartó, se dirigió a su mesa y me hizo seña de que saliera.

Me sentía mareada cuando regresé a mi mesa. Pereda no me había dejado ninguna posibilidad de negarme, ni siquiera se había planteado si yo podría acudir a aquella cita o mis hijas necesitarían de mí. Pero era una locura enfrentarme a él. No sólo estaba mi tra-bajo en juego, sino que en aquellos momentos necesitaba su pro-tección para ahuyentar de mí toda sospecha en la empresa.

A la tarde siguiente, mejor arreglada que de costumbre y habiendo dejado las niñas al cuidado de mi hermana, cogí un taxi que me llevó hasta un inmueble de la calle Aribau al lado de Ronda Gene-ral Mitre. La finca tenía todo el aspecto de estar dedicado a alquilar pisos para oficinas y fines semejantes a los que destinaba su aparta-mento el señor Pereda, que ya me estaba esperando. Y que en cuan-to llamé a la puerta me recibió en la misma forma que solía en su des-pacho, pero esta vez mucho más largamente, mientras repetía su sempiterna letanía.

—Ruth, Ruth, qué guapa eres...

El caso es que yo no veía cuándo iba a cambiar este sonsonete y la actividad erótica que le acompañaba, que, por repetida, estaba siendo muy monótona. Tuve que ser yo la que hiciera el gesto de quitarme la chaqueta para que Eusebio me soltara y sonriera píca-ramente. También él se quitó entonces la americana y se desabrochó la camisa. Como no continuara, yo detuve mi acción y le pregunté sorprendida.

—¿No te desnudas?

—No, no, no hace falta... Y tú tampoco, Ruth... Ven...

Se apoyó en la pared y me atrajo hacia él. Se desabrochó la bragueta del pantalón y se sacó el pene en erección. Con el impulso de la mano me obligó a arrodillarme, y para entenderle no hizo falta que me dijera:

—Mámamela, anda... ahora...

Fue leve el asunto porque no duró mucho. En poco más de un minuto podía separarme, mientras él se retorció junto a la pared y se secaba el convulso miembro con un pañuelo que sacó del bolsillo. Corrí al baño y escupí en el lavabo repetidas veces. Después me lavé la boca interminablemente, pero cuando salí me parecía que todavía la llevaba llena de semen.

Eusebio se arreglaba la corbata delante del espejo de la habitación y parecía enormemente satisfecho. Se acercó a mí y nuevamente me abrazó. Antes de que comenzase su consabida letanía le separé firmemente le pregunté, llevada de la curiosidad que me había provocado su conducta.

—¿Por qué no has querido acostarte conmigo?

Carraspeó y se mostró turbado al responder.

—Es una promesa, Ruth...

Mi mirada interrogadora le obligó a continuar.

—Mi mujer estuvo muy enferma una vez y yo le hice la promesa a la Virgen de los Remedios de que si la salvaba nunca me acostaría con otra mujer.

Cuando pude hablar en tono normal dominando la hilaridad que me asaltaba, me atreví a preguntarle:

—¿Y tú crees que de esta manera cumples tu promesa?

Enrojeció visiblemente y cabeceó con tristeza como dándome la razón. En tono apesadumbrado concedió.

—¡Oh, ya lo sé! ¡Ya lo sé!...Pero cuando me confieso el cura reconoce que me

reprimio bastante, y espero que la Virgen me lo tenga en cuenta...
¡Qué más
quisiera que metértela querida Ruth! ¡Con lo guapa que eres!...
Temiendo que empezando de nuevo con aquel sonsonete se enardeciera otra vez
y quisiera recomenzar la broma, me apresuré a ponerme la chaqueta, le aconsejé que por prudencia no me acompañara, por si
alguien nos veía, y salí apresuradamente hacia el ascensor.
Cuando estuve en la calle me di cuenta de que no me había dado el dinero del taxi.

CAPITULO X

—Este es el Año Internacional de la Mujer declarado por Naciones Unidas. Los jerarcas del régimen no van a tener más remedio que permitir reuniones y asambleas de mujeres, porque si España es miembro de Naciones Unidas debe poder celebrar esa efemérides. El PSUC y el PCE ya se han movilizado. Están reorganizando el Movimiento Democrático de la Mujer, que se encontraba moribundo desde finales de los sesenta, pero pueden reunir a muchas mujeres, sobre todo las de sus militantes, y además tienen sobrados recursos. También el PTE se ha puesto en marcha y piensa crear una asociación de mujeres. Bandera Roja y el MC andan más distraídos. Para nosotros no es una prioridad, por supuesto, ya que sabemos que todas estas celebraciones únicamente apoyan al capitalismo y que las reivindicaciones feministas están defendidas por las señoras de la burguesía que querrían vivir igual que los hombres de su clase.

Cuando se haga la revolución, todos los seres humanos serán iguales, sin distinción de clase, de sexo o de raza. Pero las reuniones y asambleas que se van a realizar congregarán a una gran cantidad de mujeres y nosotros tenemos que estar ahí donde se encuentren las masas para difundir nuestras tesis, para captar a las mujeres más sensibles, para que se oiga nuestra voz y nuestra ideología. Este es un trabajo para vosotras... —Daniel nos miró a Inma, a Bea y a mí, repasando una y otra vez nuestros rostros. Yo puse expresión de absoluta indiferencia, y fijé los ojos por encima de su cabeza en la pared frontera. No me interesaba aquella misión. Siempre me habían aburrido las quejas de las mujeres, cen-

tradas en los pequeños temas domésticos. Reconocía que tenían razón, como muy bien sabía yo por propia experiencia, pero no deseaba dedicarme a las viejas reivindicaciones feministas, sino trabajar por cambiar el mundo en su totalidad. Como decía Daniel, yo no quería ser igual a los hombres burgueses, sino acabar con su clase y las explotaciones que hacían sufrir a los trabajadores.

El trabajo de partido con las mujeres era de menor categoría. Todas sabíamos que se le encargaba a las recién ingresadas para que fueran adquiriendo experiencia. Y yo no estaba dispuesta a que después de dos años de militancia y de haber realizado esforzadas y arriesgadas misiones cumplidas brillantemente, me enviaran a reuniones donde sólo se hablaba de niños y de malos tratos de los maridos.

Me dio la impresión de que tampoco ninguna de mis camaradas se sentía atraída por el encargo, pero Daniel enarcó las cejas en un gesto de impaciencia y nos señaló:

—Hay que decidirse...

Bea asintió, en cumplimiento de la obediencia partidaria, e incluso Inma replicó.

—Bueno, dime lo que tengo que hacer...

—Está bien, al terminar la reunión nos quedamos los tres y hacemos el plan.

No me presionó para que me uniera a ellas y tal deferencia me alivió. Pero en el ambiente flotaba la percepción de que había hecho una excepción conmigo, y eso siempre molestaba a los demás.

Como me sentía un poco culpable por la dejación de mis deberes partidarios, me propuse comentar el tema con vecinas compañeras, para tentar un poco el ambiente y poder informar

más tarde a Daniel. El nivel tanto de conciencia política como social era bajísimo entre ellas, absolutamente desinformadas acerca de las más elementales cuestiones o peor aún, alienadas por la propaganda del régimen franquista que sistemáticamente se difundía a través de la radio y la televisión, ya que ninguna leía los periódicos. Por ello, quizá fuera bueno que desde el partido comenzáramos a formarlas ideológicamente, interesándonos por temas que las concernían mucho más directamente que aquellos que repetíamos machaconamente y de los que el proletariado era siempre el protagonista.

La compañera que tenía más cerca, porque su mesa estaba al lado de la mía en la antesala del señor Pereda, y con la que había anudado unos ciertos lazos de amistad, era Marra Rovellat, una muchacha muy joven, que no pasaba de dieciocho años. Vivía en casa de sus padres, y su sueldo era muy necesario en el hogar donde había que mantener a ocho personas, contando con cuatro hermanos y la abuela materna. Ella nunca se había permitido demasiadas confidencias conmigo, pero alguna vez había hecho comentarios que me indicaron que existía cierto malestar en la casa, incluso tensiones de gravedad entre su padre y su madre.

Aquella mañana le comenté.

—Me he enterado por la prensa que este es el Año Internacional de la Mujer, lo ha declarado así Naciones Unidas. Fíjate, estamos en abril y hasta ahora no nos informan... —era una buena manera de denunciar la censura de prensa que nos agobiaba.

Marta me miró sorprendida y mostró enseguida un interés que no esperaba.

—¿Y eso qué supone?

Me encogí ligeramente de hombros, pensando que yo misma no lo sabía.

—No estoy muy segura. Supongo que harán reuniones, se en-contrarán las señoras de los gobernantes... —rectifiqué inmediata-mente al darme cuenta de que con este enfoque tan despectivo no podía atraer el interés de Marta—. Y también se van a permitir en-cuentros de mujeres para hablar de sus... de nuestros problemas...

—Pues eso está muy bien, ¿verdad? Ya era hora de que pudiéramos contar lo que nos pasa... de que nos escuchara alguien, ¿no te parece?

Marta parecía tan entusiasmada con la información que me sor-prendió. Su emoción despertó en mí la curiosidad.

—Nunca nos escuchan, los hombres siempre hablan de ellos, los problemas de las mujeres no se publican. *Hola* y esas revistas de so-ciedad lo presentan todo como si nosotras viviéramos siempre en una película de Hollywood. No sé cómo aguantamos...

La expresión final fue dolida e indignada. Resultaba evidente que era preciso que inquiriera más detalles acerca de su vida privada, en

donde sin duda se encontraría la causa de su disgusto.

—Desde luego, tienes mucha razón... Yo lo sé muy bien, en mis condiciones... —dejé en suspenso el párrafo sin concretar cuáles podrían ser aquellas condiciones, que en mi situación de viuda no dependiente de ningún hombre, resultaban un poco peculiares. Lo que pretendía era provocar su confianza—. Pero tú, que eres soltera y vives con tu familia no tienes motivos...

—¡Pues sí! ¡Tú que sabes! Mi casa es un infierno... —había estado sin reflexionar y ya se estaba arrepintiendo. Me senté a su lado, puse la expresión más comprensiva que pude, le cogí una mano y le dije con mi tono más dulce.

—Lo siento, Marta. No tenía ni idea... Si quieres desahogarte.

Ella movió la cabeza negativamente repetidas veces, mientras los ojos le brillaban. La emoción la ahogaba cuando replicó:

—No, no quiero molestarte... Es que hay veces que no se puede soportar...

Tenía que mantener el clima de confianza que ya se había generado, sin interrumpirla. Le apreté más fuerte la mano y la alenté a continuar con la mirada.

—Mi padre... mi padre nos tiene aterrorizados a todos... Grita continuamente, todo lo encuentra mal, rompe cosas... Y le pega a mi madre... —esta última frase se convirtió en un susurro. Estaba a punto de llorar. Esperé, en tensión todos los músculos, con expresión grave, porque ahora yo también me sentía afectada por su confianza.

—Y a nosotros... sobre todo a los chicos... Mi hermano Javier está destrozado. Es el mayor de los chicos, yo soy la mayor de todos, ya lo sabes, pero Javier me sigue, y con quince años se encuentra desquiciado. Ha estado en tratamiento psiquiátrico

porque mi padre le pega desde niño, y a los otros también, pero él les ha protegido y así se ha llevado todos los palos... Y a mi madre, a mi madre la matará cualquier día...

La miré con los ojos desorbitados por el asombro. Me parecía imposible que aquella sórdida historia familiar, que parecía una novela de Dickens de la Inglaterra victoriana, se estuviera desarrollando en la Barcelona de mil novecientos setenta y cinco.

—Pero Marta, ¿cómo lo aguantáis? ¿Por qué no os vais a todos, con vuestra madre, a otro sitio?

Marta me miró fijamente unos segundos, con una expresión entre indignada y desesperada.

—A otro sitio? ¿A dónde? ¿Dónde nos vamos a meter siete personas, una de setenta años y cuatro niños de quince a siete años? ¿De qué vamos a vivir?

—Tú trabajas... —pero en cuanto lo hube dicho me arrepentí, al observar la expresión furiosa de Marta.

—¡Yo soy la única! ¿Sabes cuál es mi sueldo? ¡Dieciocho mil pesetas al mes! ¿Crees que con eso podemos vivir todos? ¿En qué casa? ¿Es tan fácil encontrar un piso en Barcelona, sin dinero?

Me sentí abrumada ante una realidad que no había imaginado. Podía comprender que las mujeres casadas con un marido egoísta, como el mío, sufriesen problemas como los que yo había enfrentado, pero siempre con la posibilidad de huir de condiciones semejantes aunque fuese a costa de perder económicamente, pero el relato de Marta me presentaba una situación de encierro en vida, de tortura cotidiana, sin posibilidad de solución. Peor que la de los pre-

sos de nuestras cárceles que se organizaban colectivamente para enfrentarse a la dirección, que podían contar con los comités de ayuda que habían organizado los familiares y los partidos políticos, que editaban boletines denunciando las condiciones de su prisión y los repartían a los medios de comunicación, a las asociaciones civiles, incluso a las parroquias, a los organismos de derechos humanos internacionales y a toda la prensa extranjera que recogía periódicamente sus quejas; incluyendo a la tan utilizada televisión holandesa. Pero Marta y su familia eran presos de los que nadie se ocupaba. Inermes ante el poder omnímodo del pater familias que disponía de su vida y de sus destinos a voluntad, sin posibilidad de liberación. Cuyos problemas no eran considerados de interés público, reducidos al ámbito privado, donde nadie podía intervenir. En el seno del supuesto dulce hogar se vivían dramas cotidianos, despersonalizadores, torturantes para las víctimas, que podían concluir en una tragedia que nadie pensaba evitar.

—Ya hemos consultado a algún abogado, pero ninguno nos da

solución. Tendríamos que pagar un montón de dinero para que mi madre pudiera presentar la separación matrimonial, y ni siquiera hay muchas posibilidades de que nos la dieran... —bajó la voz y con gran temor por la grave amenaza que formulaba, dijo—: Y si mi madre intenta separarse, mi padre la matará.

Nos quedamos un momento en silencio. Yo había tenido el impulso de replicarle que eso no era posible, que se asustaba exageradamente, pero sentí el aviso de la prudencia y me contuve. ¿Con qué autoridad podía yo predecir lo que sucedería en esa familia que no había visto nunca, mientras la aterrada hija de aquel monstruo temblaba y lloraba a mi lado?

La abracé fuertemente y Marta descargó su angustia en un llanto compulsivo que la sacudía con gemidos incontrolables. Me dio tanta pena que se me saltaron las lágrimas a mí también. Se fue cal-

mando poco a poco, me separé de ella y le ofrecí mi pañuelo. No sabía qué decir, pero era imposible que la dejara en aquel estado y que no intentara buscar ayuda para resolver tan patética situación.

—Marta, no podéis resignaros a soportar esa vida sin hacer nada... Conozco abogados, hablaré con alguno de ellos e iremos a consultarle.

Mientras se sonaba ruidosamente movió la cabeza con un gesto de escepticismo.

—Son muy caros, ya no tenemos un céntimo. Hemos gastado todo lo que había ahorrado mi madre a base de no comprarse ni unas medias, porque mi padre le controla hasta el último céntimo y no le da más que para la comida diaria, y ni siquiera llega... A mí me quita el sueldo apenas llego a casa a fin de mes...

—Este no nos cobrará... —le aseguré, y vi una expresión de sorpresa y esperanza que me alentó.

Jordi Puig Munné, el abogado de Rafael, me recibió aquella misma tarde al salir de la oficina. Me saludó cordialmente, como siempre, y repitió la información, que no era más que ausencia de noti-

cias, que me había contado ya varias veces antes.

—No puedo comunicarme con Rafael. La dirección de la prisión contesta a mis instancias que se halla incomunicado cumpliendo el

castigo. Iba a ir a verle, pero me temo que voy a hacer el viaje en vano. Hemos enviado un largo informe sobre la situación de los presos a Amnistía Internacional, al Tribunal de Derechos Humanos de Estrasburgo, al Mercado Común en Bruselas, al Comité de Derechos Humanos de la ONU... y... —buscaba entre los papeles de la mesa la carpeta con las copias de los escritos...— no sé, en fin, a todo el mundo, ya sabes...

Ya sabía. Llevábamos interminables años enviando aquellos in-

formes a todas las instancias internacionales, sin más resultado que

la publicación de algunas notas y artículos en los periódicos europeos. La mayoría de los organismos dedicados a la salvaguarda de los derechos humanos ni siquiera nos contestaba, mientras sus fun-

cionarios cobraban espléndidos sueldos y viajaban por todo el mun-

do en secretas misiones, de las que nunca conocíamos las consecuencias, se alojaban en lujosos hoteles y comían en los mejores

restaurantes, con nuestro dinero. El de los sufridos e incautos ciu-

dadanos del mundo, incluidos los españoles que vivíamos bajo la

represión franquista, sin recibir nunca el apoyo ni la ayuda de los que debían protegernos. Excepto Amnistía Internacional, los demás

organismos eran puras fachadas para fingir un orden internacional que sólo beneficiaba a los gobiernos de las potencias occidentales.

Franco había sido apoyado y protegido por todas ellas durante cua-

renta años, y nada cambiaría mientras él viviera. Era ya evidente que

el dictador se moriría en la cama. La esperanza de que la situación

se modificara en un tiempo próximo residía en la posibilidad de que

el óbito se produjera pronto, dado el estado de salud del tirano, del que algunos periódicos se permitían informar prudentemente.

— Como ves se ha hecho todo... — Jordi me miraba esperando algún comentario, sorprendido de mi silencio.

— Por supuesto Jordi, ya lo sé. Yo estoy intentando por otras vías tener alguna noticia del penal... ya te diré...

Jordi no preguntó nada. Demasiado sabíamos todos que era vital no saber demasiado.

—Ha sido también muy buena idea la de los notarios. Encontramos dos que están dispuestos a ir a Jefatura a ver a los detenidos. Uno de ellos me ha acompañado esta mañana. Hemos cogido a los

polis de sorpresa. Primero no podían creer que el notario pretendiera llegar hasta los calabozos a ver a los detenidos. Pero como yo he insistido firmemente, y no nos movíamos de allí, nos hicieron salir al pasillo y llamaron al jefe pidiendo instrucciones. Al cabo de un rato apareció el propio Creix, que debió haber consultado a alguien

más, al gobernador o quizá al servicio jurídico de la policía, y con el morro torcido y muy malos modos me ordenó que esperara en uno de los asquerosos despachos que tienen frente a la escalera de entra-

da, y se llevaron al notario a los calabozos. La verdad es que los dos

estábamos temblando... ¡qué cosas!, ¿verdad?... —se rió un poco re-

cordando la escena. El notario y él sin poder respirar de miedo y los

policías verdes de rabia de que unos intrusos, comunistas sin duda, pudieran meterse en su propio ombligo, nada menos que en el de la Jefatura Superior de Policía, hasta aquel momento la cueva de la re-

presión más inaccesible.

—Creix salió a vernos y se quedó patidifuso al encontrarnos allí, tan serios y tan convencidos de que estábamos en nuestro derecho reclamando una visita a los detenidos. La verdad es que los dos

manteníamos el tipo, pero yo tenía taquicardia y luego el notario me confesó que se le secó la boca y que apenas podía hablar con los

detenidos. Pero fíjate, tenemos que advertirles antes de la detención... —se echó a reír nuevamente. Luego movió la cabeza con pesadumbre—. ¡Qué horror, qué país! Ya damos por seguro que los volverán a detener... Porque los pobres, todos obreros, cuando se en-

contraron con un señor muy bien trajeado, con reloj y pluma de oro, que les preguntaba las generales de la ley para otorgar unos poderes para pleitos, se creyeron que lo enviaba la policía para sonsacarles y se negaron en rotundo a decirle una palabra.

A los dos nos dio un ataque de risa. Yo me reía sin poder dominarme. Me retorcí en la silla y se me saltaron las lágrimas imaginando la escena del pobre notario que había accedido tan generosamente a acudir a aquellos horribles calabozos medievales, dominando su miedo, para encontrarse con unos testarudos obreros desconfiados que se negaban a decirle su nombre.

Nos serenamos una vez desahogada la tensión que los dos padecíamos.

—Pero ha sido útil, Ruth. Porque el notario ha visto el estado en

que se encontraban, con lesiones en la cara, la ropa rota, y ha levan-

tado acta de todo, también de que se han negado a hablar... — vol-

vimos a reírnos—. Pero esa acta nos servirá para presentar denuncia

por malos tratos contra la policía. Y al mismo tiempo, a partir de ahora no se atreverán a pegarles más. Ya saben que en cualquier mo-

mento puede ir un notario a averiguar cómo se encuentran...

Era un gran consuelo, y me ayudó a sentirme mejor.

—Vengo a verte también para otro asunto... Verás, una compañera de trabajo...

Le desgrané el relato de Marta, al que añadí algunas observacio-

nes más que me parecieron oportunas. Pero a medida que yo habla-

ba, percibí claramente que Jordi se desinteresaba de la historia.

An-

tes de acabar mi exposición ya estaba mirando papeles de su mesa y

tomando anotaciones de otros asuntos. Concluí rápidamente y me

quedé mirándolo con expectación. Él tardó unos segundos en dejar

su tarea y levantar la vista.

—Ya, sí, bueno... —murmuró—, es una historia repetida. Hay muchos casos así en los despachos de abogados y en el Tribunal

Eclesiástico... —no añadió nada, como si quisiera dar por zanjado el asunto con aquel insulso comentario.

—Bueno, pero algo habrá que hacer, ¿no? No porque haya muchos casos hay que abandonarlos.

—No, claro... —vaciló—. Bueno, si tienes interés dile que venga a verme con su madre.

—¿Le cobrarás la visita?

Jordi sonrió ante mi ingenuidad.

—Pues claro, mujer, si no ¿de qué íbamos a vivir los abogados?

—Pero a Rafael no le cobras.

—Es un caso político, Ruth, no es igual. Las separaciones son como cualquier otro asunto judicial.

Era cierto, pero a mí me parecía que existía una injusticia profunda en aquel desigual reparto de ayudas y solidaridades entre las defensas de los presos políticos y las de las mujeres que no tenían recursos. Al fin y al cabo Jordi no era miembro de nuestro partido, si actuaba gratis en defensa de los detenidos políticos lo hacía por sus

convicciones democráticas y antifascistas, como otros muchos en todas las ciudades de España. Pero para defender a las mujeres debe-

rían existir también unos equipos jurídicos, o mejor dicho unas instituciones estatales o municipales que las protegieran. Como a todos

los que los necesitaran, en definitiva. Era evidente que hasta que no se cambiara aquel sistema injusto en el que sólo disponían de ayuda

y servicios la gente con dinero, no tendrían remedio las desgracias de los pobres.

—Que pida un abogado de oficio... díselo. Nosotros no podemos financiar los asuntos matrimoniales, estaríamos en la miseria en pocos meses. Acudirían aquí cientos de mujeres y no podríamos

hacer otra cosa...

—¿Cientos? ¿Tantos casos hay?

Me reconocía una absoluta ignorante de aquellas cuestiones, porque aunque la separación de Arturo fue muy desagradable no tuvo los caracteres dramáticos de la situación de Marta y su familia.

Claro que me vi obligada a renunciar a casi todo, recordé con amargura; a mi casa, al coche, a la mayoría de los muebles y libros. Menos a mis hijas, y esta alegre afirmación me consoló.

—¡Oh, sí, muchísimos! Evidentemente las mujeres no tienen recursos económicos para vivir por sí mismas y en casos como éste...

—no parecía emocionado por el tema, más bien quería cambiar de conversación—. Pero no te preocupes tanto, Ruth, ya verás cómo esas personas acaban arreglándose entre ellos. La mayoría de las mujeres vuelven con el marido... Si supieras la de casos en que después de bastante tiempo de intentar separarlos, vienen a verme juntos un día y dicen que se han reconciliado... Esos son asuntos privados que cada familia debe resolver... No te metas, que serás tú la que acabes mal con todos ellos... Esa compañera tuya se arrepentirá de haberte

contado la historia y después no querrá hablarte...

Cuando salí del despacho de Puig sentía un malestar indefinible que me oprimía el esternón y me llenaba la boca de un sabor amargo.

Marta me esperaba la mañana siguiente con la ansiedad reflejada en la cara.

—¿Has sido a verle? ¿Qué te ha dicho? —me asaltó a preguntas apenas marqué la ficha.

Intenté poner una expresión de aliento, que yo misma no sentía.

—Dice que nos recibirá cuando quieras...

—¿Me cobrará?

No tuve más remedio que asentir y antes de que pudiera añadir nada, Marta estalló con amargura.

—Ya te lo dije, ya te lo dije... No tenemos más dinero, es imposible... Mi abuela está mal... mi padre no quiere pagar un médico privado y la seguridad social no le hace caso... Nos moriremos todos sin que nadie nos ayude... —y sin esperar mi respuesta echó a correr llorando hacia el lavabo.

Y yo regresé a casa por la tarde, sintiéndome mucho más fracasada que en cualquiera de mis tareas en el partido.

CAPÍTULO XI

—Franco está muy enfermo...

La grave aseveración cayó sobre nosotros como una revelación inesperada, al principio incomprensible. Daniel repitió:

—Franco está muy enfermo... Esta vez va de veras...

El dictador había sufrido varias y repetidas afecciones, creo que circulatorias, en diversas ocasiones, de las que había salido con un aspecto aceptablemente saludablemente dada la edad que ya tenía, y la mayoría de los españoles abrigábamos un pesimista escepticismo respecto a la vulnerabilidad del tirano, sobre la que circulaban numerosos chistes en los que se le atribuían poderes sobrenaturales que le permitirían alcanzar la inmortalidad.

—Esta vez es la definitiva —remarcó Daniel—. Desde mayo parece que se encuentra muy mal, pero ahora ha empeorado... Seguramente de ésta no sale... Hemos de prepararnos para el momento de la muerte...

La muerte. La muerte de Franco, una eventualidad que nos había parecido sino imposible sí lejanísima, era ahora inminente. Nos enfrentábamos a ella con la inexperiencia de lo nunca vivido y la inadvertencia de principiantes. Recordé lo que me había contado Beatriz de unos amigos comunistas que el año anterior, cuando se produjo la revolución de los claveles en Portugal, se fueron a Lisboa entusiasmados ante los acontecimientos. Allí se reunieron con muy diversos dirigentes de la izquierda, socialistas, comunistas, sindicalistas, y cuando les preguntaban qué iban a hacer a partir de aquel momento, todos les replicaban, sumidos en el mayor desconcierto,

¡oh, no sabemos todavía! ¡Ha sido todo tan repentino, tan inusita-do! ¡No hemos tenido tiempo todavía de reunirnos, de valorarlo, de tomar una determinación!

Los amigos de Beatriz comentaban sorprendidos e irritados a la vez.

—¿Pero cómo se puede decir que no sabían que iba a producir-se? ¿Que no han tomado ninguna determinación todavía? ¿Es que nunca en el partido se plantearon que alguna vez debía acabarse la dictadura? ¿Estaban convencidos de que sería eterna, como bromea-ban los chistes? Porque una cosa es que no supieran de la rebelión en el Ejército, lo que también es lamentable para sus servicios de in-formación, pero fuese cual fuese la causa de la caída de Marcelo Gaetano tenían que haber previsto en sus programas qué iban a ha-cer cuando se plantease el cambio de régimen...

Nosotros con más razón, pensé, porque a pesar de las bromas sobre la longevidad de la tortuga aquella que teníamos por jefe del

Estado, su final fisiológico debía producirse obligatoriamente, y cada día estaba más cerca. Nuestro partido, mejor dicho, aquellos invisibles, intangibles y supremos dirigentes del partido de los que recibíamos la "justeza de la línea" y las instrucciones sobre las accio-nes cotidianas, ¿qué tenían pensado para cuando llegase ese mo-

mento?

—La dirección ya ha preparado un documento con el análisis previsto y ha ordenado la acción inmediata... —decía Daniel en res-puesta a mis preguntas no formuladas.

—Y ha declarado la guerra popular revolucionaria... —añadió, con la pomposidad que merecía tal declaración.

Todos nos quedamos en silencio contemplándolo como si no hu-biese dicho nada, o más bien esperando que dijera mucho más, por-que aquello era en verdad demasiado. Pero Daniel también callaba, mirándonos con una expresión de triunfo que indicaba claramente lo mucho que gozaba de nuestro desconcierto.

Santiago fue el primero que se atrevió a preguntar.

—¿Y eso qué significa?

Daniel se volvió a mirarle y tardó unos segundos en contestar pa-
ra dar más énfasis a la respuesta y poner de relieve la ignorancia de

Santiago, que era la misma que padecíamos los demás.

—Significa que ha llegado el momento de lanzarse a la lucha armada...

Y ahora fui yo la que antes de esperar más casi grité al preguntar.

—¿Qué dices?

Daniel se volvió hacia mí con parsimonia, sonrió con condescendencia y repitió remarcando las palabras.

—Que el partido ha declarado la guerra popular revolucionaria, lo que significa que ha llegado el momento de utilizar la lucha armada contra la dictadura.

Me sentí arrastrada por una vorágine de pensamientos contradictorios, de ideas que aparecían y desaparecían sin que pudiera controlarlas, que se agolpaban todas en mi boca atropellándose y convirtiéndose en balbuceos confusos.

—¡No, no, eso no es posible! ¡No es posible! No es tiempo... no estamos preparados... no hay condiciones...

—¿Por qué, camarada Natalia? —me preguntó con toda parsimonia Daniel, y con un gesto de la mano acalló las protestas de Santiago y de Inma que querían hablar a la vez.

—¿Por qué no hay condiciones? Precisamente se están dando las condiciones que había examinado el partido, hace ya varios años, para tomar esa determinación... La decadencia del dictador, la decadencia por consiguiente del régimen, la desintegración de los organismos e instituciones creadas para defenderlo, el miedo de los sectores oligárquicos que ven como desaparece su protector, el envalentonamiento de las clases populares ante la situación... Y el papel del partido que ha de ser el de la vanguardia de la clase. Nosotros tenemos la obligación de ponernos a la cabeza de la insurrección. Recordemos, camaradas, el papel de los bolcheviques después de la revolución de febrero dirigiendo a las masas sublevadas...

—Pero ¡aquí no hay masas sublevadas! —pude articular penosamente en mitad del discurso de Daniel que, a medida que hablaba, se enardecía progresivamente.

—Vosotros, camaradas, como base del partido, que sustenta la fuerza del partido, tenéis que mantener la moral revolucionaria en momentos críticos de la lucha. Hemos estado esperando esta situa-

ción desde hace muchos años. Todo el trabajo que hemos hecho de difusión de nuestra ideología y de nuestro programa entre las masas tiene que fructificar ahora. Este es el instante en que se define claramente cual es un partido revolucionario y cual no, cual es el que pacta con la burguesía, como ese partido comunista que está organizando la alianza con las fuerzas de la derecha en una supuesta junta

democrática, a la búsqueda de un lugar en el sol, al lado de los poderosos, recogiendo las migajas que caen de su mesa, y los que como nosotros hemos estado siempre al lado del pueblo, los que hemos arrojado todos los peligros para defender los intereses de clase del proletariado...

Le dejé que continuara unos minutos más desgranando el sabido discurso del partido, mientras intentaba poner en mi mente algún orden en los argumentos que quería exponer. Cuando me dejara... Al fin Daniel hizo una pausa.

—Pero todo eso no presupone que nos lancemos a la lucha armada...

—Está en nuestras tesis, camarada Natalia, ¿no lo recuerdas? Tú entraste voluntariamente en el partido, precisamente porque no propugnaba concesiones a la burguesía como el PCE —remarcó

Daniel.

El tono sarcástico de Daniel me hirió, pero no podía entretenerme dándome por ofendida. Me sentía tan confusa, tan vulnerable. Era cierto que yo me había decidido a romper con mi antigua militancia en el PSUC por considerarlo traidor a los intereses de la clase obrera. Que había aceptado de buen grado las tesis de este partido en las que se hablaba de la lucha armada inevitable en el último asalto al poder. Pero ahora no sabía cómo explicar que en realidad había considerado aquellas declaraciones más retóricas que reales, imposibles de poner en práctica en España, no por lo menos inmediatamente. No por lo menos, por supuesto, en aquel momento.

A final de los años sesenta, cuando con dieciocho pedí el ingreso en el Partido Socialista Unificado de Catalunya sí creía que me vería pronto defendiendo una barricada urbana o una trincheras en el frente, mientras fantaseaba con reproducir los acontecimientos

heroicos de las revoluciones parisinas del siglo diecinueve o de la revolución rusa de Octubre.

Pero más tarde, me decía... ¡más tarde! ¿Cuándo volviste?... Cuando Daniel vino a buscarme, después de la separación matrimonial, para captarme para el nuevo partido que se había formado de una escisión del viejo PCE, precisamente porque los escindidos acusaban a los dirigentes de traición a los intereses de la clase obrera... Pero, después, más tarde, tarde siempre porque el tiempo pasaba y la situación social y económica española parecía alejar cada día más la posibilidad de insurrecciones armadas, ¿me pregunté cómo se articulaban las pomposas declaraciones revolucionarias de las tesis programáticas y de los programas de objetivos inmediatos del partido, con la realidad?... ¡Y ahora! ¿Qué creía que iba a pasar? Siempre había sabido que el partido defendía la lucha armada y lo acepté, ¿por qué ahora me sentía tan escandalizada, tan temerosa? ¿Era miedo lo que me presionaba el esternón y me secaba la boca?

Yo me preguntaba, con toda la sinceridad posible, ¿era miedo aquel rechazo, aquel escándalo que había provocado en mí la declaración de Daniel? Sí, claro que era miedo. Miedo del peligro, de mi responsabilidad en aquella decisión suicida. Miedo por mi vida, pero también por el desastre a que nos abocábamos con tremenda inconsciencia infantil. Pánico más que miedo, al intuir que el partido se lanzaba a la catástrofe, a su destrucción con total irresponsabilidad. Tenía miedo por el futuro y por la supervivencia del partido, y por mis camaradas que se enfrentaban a la detención y hasta la muerte, si no a cosas peores. Sí, era cierto, tenía miedo, mucho miedo, pero, ¿no era eso lo sensato, en vez de la seguridad infatuada que mostraba Daniel?

Cuando regresé de mis pensamientos a la preocupante realidad de aquella noche y observé la algarabía que se había armado, porque todos los camaradas querían hablar a la vez, interrumpiéndose, atropellándose en las intervenciones, mientras Daniel les contemplaba en silencio, fumando parsimoniosamente con una sonrisa de superioridad que no abandonaba, la escena me pareció un remedo de película cómica italiana de los años sesenta. Allí estábamos seis personas adultas, algunas bastante mayores de treinta años, como

José Antonio, que se suponía maduras y en pleno uso de sus facultades mentales, comprometidas políticamente y embarcadas en la frágil barquichuela de un partido minúsculo y agresivo, que no tenía ninguna posibilidad de supervivencia, discutiendo acaloradamente sobre un futuro imposible que nuestra propia ceguera podía convertir en catástrofe.

Yo no sabía articular tan claramente estas proposiciones. Era más una intuición, una presión en el plexo solar, una angustia que se me hincaba en la garganta y en el estómago y que no sabía traducir en palabras. Volví a oír repetir a Daniel.

—Ya os he dicho que el partido ha declarado la guerra popular revolucionaria contra el Estado fascista y capitalista, y nuestro deber es estar en la vanguardia de la lucha dirigiendo a las masas hacia el objetivo previsto... la toma del poder por el proletariado...

—Lo importante no es declarar las guerras sino ganarlas... —me oí decir casi sin haberlo pensado.

Daniel me dirigió una mirada asesina que ya no tenía nada de la displicencia y condescendencia con que nos había tratado hasta aquel momento.

—Eso es derrotismo camarada, tú lo sabes bien. Si vas propagando esas ideas de derrota estás desmoralizando a los camaradas...

—¡Los camaradas ya están bastante desmoralizados sin necesidad de que Natalia diga cosas absolutamente sensatas, camarada Daniel! —le gritó Santiago, y nuevamente se formó la baraúnda.

Beatriz, de acuerdo con su carácter moderado y conciliador, intentaba calmar los ánimos pidiéndoles a todos que hablaran por turnos y que escucharan a Daniel con respeto y disciplina, como se le debía al responsable de célula. Lo asombroso para mí fue ver a una Inma vociferante, que se mostraba absolutamente de acuerdo con Daniel y que afirmaba a estentóreos gritos que el que tuviera miedo que se fuera, porque ella había estado esperando este momento toda su vida y estaba muy contenta de que por fin hubiera llegado. José Antonio parecía manifestar dudas y desagrado, aunque apenas podía entenderle en aquel pandemónium de gritos, palabras y gestos.

Me fui del estudio antes que los demás, sin que Daniel me lo impidiera, agobiado por la pelea que se había desencadenado entre los

camaradas, pero también disgustado por mi desaprobación de la decisión más importante que había tomado el partido en toda su vida.

Cuando llegué a casa me sentía mareada. No sabía si por la alarmante información que nos había proporcionado Daniel, por la discusión, por mis propias dudas o por todo junto. Y me dije que lo único que no habíamos comentado, y ni siquiera nos había alegrado, había sido la verdadera noticia: la muerte anunciada de Franco.

Las niñas estaban dormidas, la casa en silencio, no había ruidos en la calle un martes a las diez de la noche. Me senté a mi mesa, abrí la máquina portátil que me había comprado cuando todavía estudiaba y que me había costado durante dos años la escasa paga que me daba mi padre cada semana, metí el papel, puse la fecha y comencé "Mi querido hermano": y ya no supe que más escribir. Cuando llevaba varios minutos mirando el teclado sin haber añadido una letra, me levanté y cogí el teléfono. Marqué el número de mi hermana y me alivió oír la voz de Esther que respondió enseguida.

—¿Puedo ir a verte?
Se la notaba desconcertada cuando me preguntó.

—¿Cuándo?

—Ahora mismo, si te va bien, salgo en unos minutos.

—¿Y las niñas?

—Las dejo durmiendo, no estaré mucho rato.

—¿Pasa algo? —la voz denotaba ahora alarma.

—No, no... quería consultarte una cosa... no voy a hacerlo por teléfono...

Esther comprendió y se tranquilizó un poco.

—Bueno ven, pero no quiero acostarme tarde, tengo que ir pronto mañana a la Facultad...

Confortada por esta respuesta me puse el abrigo y salí rápidamente de casa. Mi hermana no vivía lejos. Había conseguido un diminuto apartamento en la calle Tallers, ya cerca de las Ramblas, cuando decidió irse de casa, y escogió ese barrio precisamente para no estar lejos de mí y poder ayudarme a cuidar las niñas. Pero esta independencia no la había conseguido sin desgarrar, porque mi pa-

dre, a pesar de sus ideas liberales a las que había sido incorrupta-mente fiel toda su vida, no comprendía que una hija soltera de vein-te años viviera sola, separada de sus padres. Y desgraciadamente, po-co después de la marcha de Esther murió nuestro padre y mamá se quedó sola, indicando con su actitud que hacía en parte responsa-ble a su hija menor de la tristeza de su marido, que lo había llevado a la muerte. Pero Esther se resistía a regresar a la casa familiar una vez conseguida la anhelada independencia.

—¡Y es que ya tengo casi veintiún años! ¡Es ridículo que siga vi-viendo con mamá! Todas mis amigas se fueron antes de los veinte... Mamá es estupenda pero ya sabemos como vigila lo que haces, lo que comes, cómo te vistes... Y aunque esto no tenga importancia, yo quiero entrar y salir cuando quiera y sobre todo relacionarme a mi aire con mis amigas y amigos... Y si tengo un lígüe ¿cómo voy a meterlo en casa? Y si no, pues a buscar por ahí "meublés" y otros lugares asquerosos o a pedirles a los amigos su estudio, quien lo ten-ga... ¡Vamos, que no! Intentaré ir a verla todo lo que pueda, le daré dinero... pero mientras se encuentre bien puede vivir sola... Es toda-vía muy joven.

¿Y la soledad provocada por la desaparición brusca del compa-ñero de toda su vida, con el que había compartido treinta años, los fundamentales de su madurez? ¿Cómo compensar el silencio, la au-sencia, las horas interminables de vacío, la casa dormida sin la voz, la presencia, los sonidos, el humo del tabaco de mi padre? Preci-samente ese tabaco que le había matado y al que no había querido renunciar, y contra el que mi madre tampoco se había rebelado, siempre sumisa a los deseos de mi padre, siempre atendiéndole, ser-vicial, amante, entregada a aquella adoración a su marido que no abandonó nunca.

—Es que tu padre era un santo, Ruth, un santo. Nunca hubo un hombre más bueno, más entregado a su familia, más cariñoso, más pendiente de mí y de sus hijas. Más honrado, más íntegro, más firme en sus ideales... Oh, no Ruth, nunca podré sustituirle, porque no hay otro como él...

Y mi madre, que aquel año crucial de mil novecientos setenta y cinco sólo tenía cuarenta y ocho años, abandonaba toda pretensión

de iniciar una nueva relación sentimental, incluso cuando ya ni si- quiera existía el hombre que había dirigido su vida hasta entonces.

No fue difícil que mi padre y mi madre se enamorasen en un pe- riodo de tiempo corto, y no sólo porque eran los únicos maestros y los jóvenes más cultos del pueblo, sino porque sus experiencias de marginación en la España fascista, y la huida de sus lugares de ori- gen, perseguidos por sus antecedentes familiares, les hermanó ense- guida.

Micaela Hermoso había tenido un padre jornalero anarquista en uno de los pequeños pueblos de la Andalucía caciquil, que fue ase- sinado en una cuneta por los falangistas a los pocos meses de ini- ciada la guerra, cuando la población cayó ante el avance de las tro- pas franquistas. La madre, con tres niños de ocho, cinco y cuatro años, inició el éxodo a pie en dirección a Ciudad Real que aún no había sido conquistada por los facciosos, huyendo de la sangrienta represión que se había desencadenado en la aldea. Micaela, la mayor de los hermanos, tuvo plena conciencia de la tragedia. Ayudó a su madre en el camino cuidando de los pequeños, buscando lugares donde esconderse entre los arbustos, adelantándose en los caminos para cerciorarse de que no había peligro, y suministrando agua y hierbas a los niños para calmar un poco los retortijones del hambre. Encontraron en el camino carromatos de huidos como ellos que permitieron subir a los niños más pequeños durante un trecho, pero en la ciudad se perdieron y era preciso apresurarse porque las tropas fascistas se acercaban.

En aquel terrible periplo por las tierras de la Mancha Micaela aprendió claramente quienes eran los enemigos del pueblo y no lo olvidó jamás. Ni cuando ya en Madrid ayudó a recoger adoquines para construir las barricadas de defensa de la ciudad, ni cuando vio aterrada el desfile triunfal de los moros a caballo, los falangistas y los carlistas de rojas boinas por la Gran Vía, con el paso de vencedores sobre la capital derrotada al fin, que con tanto valor se había opues- to a su conquista que cometieron la ofensa de ponerle una boina roja a la estatua del Quijote en la plaza de España.

Su madre, Micaela Sánchez, dio de comer a los tres hijos fregan-

do escaleras y suelos y platos y cristales y aceras y lavando sábanas y manteles y camisas. Y tanto fregó y tanto lavó que sus pulmones no aguantaron mucho más tiempo respirar las lejías y los jabones y los vapores de las ollas que calentaba en el fogón de carbón de la cocina de la pensión, donde en una habitación mugrienta dormían los cua-tro. Cuando en mil novecientos cuarenta y cinco el médico forense le cerró los ojos y certificó su muerte por tuberculosis comentó.

—Más bien por tener demasiado lleno el lavadero y demasiado vacía la despensa.

Micaela del Amo tenía dieciocho años y acababa de concluir la carrera de Magisterio que gracias a los fregoteos y lavados de su ma-dre y a los de ella misma, que alternaba con clases particulares a repetidores de sus mismos cursos, había logrado acabar. Como el padre de Anselmo, la madre de Micaela había sobrevivido hasta ver a su hija graduada. Pero el mensaje de Micaela Hermoso Sánchez a su hija antes de morir fue más breve y más concreto que el del pe-queño burgués ilustrado.

—No olvides nunca hija que los pobres siempre tenemos las de perder, y que los señoritos ricos nunca, nunca, te permiten vivir ni te olvidan.

Micaela consiguió emplear a su hermano pequeño Serafín en una carpintería a pesar de que no tenía más que trece años, pero las leyes laborales no se habían dictado para que las empresas las cumplieran, y como el mediano Francisco, con quince, ya estaba trabajando desde hacía más de un año en una fábrica, se atrevió a solicitar la plaza de suplente que ofrecían en el pequeño pueblo de la sierra donde la maestra estaba de baja por maternidad, a la espera de que en el entretanto pudiera prepararse para alguna oposición que sur-giera.

Sintió el tercer desgarró de su vida al separarse de sus hermanos, después de las pérdidas sucesivas de su padre y de su madre, aquella

mañana de domingo, en la estación del raquítico tren que recorría a paso de tortuga los sesenta kilómetros que lo separaban de Ma-drid, y que tan sólo hacía dos trayectos al día, uno por la mañana de ida y otro por la tarde de regreso, como si todas las necesidades que pretendiese cubrir fuesen las de los excursionistas que deseaban

conocer el paisaje de la llamada sierra pobre. Francisco le prometió que cuidaría de su hermano y de sí mismo, con pulcritud y honra-dez, y Micaela se comprometió a escribirles continuamente y a visitarles una vez al mes. Se habían convertido en adultos para siempre.

Micaela no llegó nunca a presentarse a las oposiciones, porque aquel puesto de suplencia que no debía durar más que algunos meses se prolongó cuando la maestra titular no pudo regresar a ocuparlo, mucho más ocupada en criar sus propios hijos que en educar los de las otras madres, y de tal modo transcurrieron los dos años que ella y mi padre invirtieron en conocerse, en enamorarse y en comprenderse, hasta decidir casarse. Y entonces se produjo la estúpida situación de que, siendo mi madre todavía menor, en aquellos tiempos, que parecían medievales, en que la mayoría de edad no se cumplía hasta los veintitrés años, aunque podía haber terminado los estudios e incluso ejercer la profesión, necesitaba un pariente mayor que ejerciendo su tutela diera el consentimiento para que se celebrase la boda.

Aquel Estado que nunca se había preocupado de cuidar y mantener a la huérfana, atacado en aquel momento de purismo legal le impedía encontrar en los brazos de mi padre el amparo y la protección de que tan necesitada estaba. El párroco del pueblo decidió resolver el problema por la vía rápida, en vez de iniciar un insólito e interminable procedimiento judicial de jurisdicción voluntaria a fin de que el juez diese el consentimiento para la boda. Convencido de que el matrimonio era el destino más apropiado y honesto para una muchacha, y especialmente para Micaela, y conociendo bien a Anselmo por su labor en el pueblo, a quien creía un hombre honrado y de orden, decidió ser él mismo el que firmara el permiso, a lo que el empleado del Registro Civil no supo que decir, entendiéndolo como se hallaba en todas las cuestiones familiares a la jurisdicción eclesiástica, su papel era el de obedecer al cura.

Y así, un día de finales de junio, porque ya habían terminado las clases, de mil novecientos cuarenta y siete, Micaela del Amo y Anselmo Jiménez se casaron en la iglesia del pueblo. Ella iba ataviada con un triste vestido de manga larga, gris oscuro, con un velito que le llegaba a los hombros, y él llevaba el traje negro que se había

hecho para tomar posesión de la plaza de maestro. Así aparecen, jóvenes y serios, prematuramente maduros, en la foto que mi madre exhibe orgullosa en el aparador del comedor de su casa.

Les acompañaron algunos vecinos y los hermanos de Micaela. Y todos juntos se fueron luego a la taberna del pueblo a tomar un de-sayuno, que le costó a Anselmo casi toda la paga extraordinaria del 18 de julio.

Dos años después Francisco, el hermano de mi madre, emigraba a Francia, harto de las miserias españolas y pocas veces lo vieron has-ta que más tarde embarcó para Venezuela y su hermana le perdió la pista. Tampoco tardó mucho Serafín en seguir un camino parecido rumbo a otro país latinoamericano, que ni siquiera recuerdo. Y yo llegué al mundo en diciembre de mil novecientos cincuenta en la casa del maestro de aquella helada aldea de la sierra, con la sola ayu-da de la comadrona del pueblo de al lado, más grande y por tanto mejor preparado para tales contingencias, y de dos vecinas, siempre dispuestas a ello.

Fue entonces cuando mis padres comenzaron a pensar en un traslado a otra población con más servicios y posibilidades de futu-ro para su primera hija y los que pudieran seguir. Micaela había te-nido que dejar de trabajar en cuanto se casó, obligada como estaba por la ley; y el sueldo de mi padre, aumentado en las miserables qui-nientas pesetas de subsidio de matrimonio y las siguientes cien por mi nacimiento, no permitieron a la pareja muchas alegrías.

Las que ellos mismos se proporcionaron con su devoción por los libros y la cultura, sus interminables conversaciones, los paseos por el campo y el cuidado de los niños de la escuela, a los que mi padre se entregaba con tanto ahínco. Y en el que mucho le ayudaba mi madre, que sin tener plaza ni por supuesto sueldo, organizaba ex-cursiones, enseñaba higiene y cocina a las niñas, les contaba cuen-tos a todos y se hizo tan imprescindible que cuando se fueron, los alumnos y sus padres lloraban casi más por perderla a ella que por la ausencia de él.

Anselmo Jiménez logró primero una plaza en Villanueva de la Serena en la lejana Extremadura, y después de una breve estancia allí, concursó a Barcelona y consiguió el sueño dorado de su vida,

llegar a la más adelantada, culta y progresista ciudad de España. Y tanto fue el entusiasmo de mis padres por el destino alcanzado con tantos esfuerzos, que en el colmo de su alegría se atrevieron a encar-gar a mi hermana. Ninguno de los dos ignoraba los métodos an- ticonceptivos, tan liberal como era mi padre y tan avisada y so- cialista como era mi madre. Por ello durante los cinco años que siguieron a mi nacimiento, viviendo pendientes de concursos y tras-lados, se guardaron mucho de embarcarse en la responsabilidad de tener otro hijo, pero ya instalados en Barcelona, la meca de sus aspi- raciones y seguros de tener para siempre tranquilidad económica, se sintieron dichosos de criar una nueva hija y de darme a mí una her- mana que reclamaba continuamente, aburrida de estar sola en una sociedad en la que las familias contaban los hijos por cinco y sus múltiplos. Pero no más, como afirmaba seriamente mi madre.

—Los hijos hay que desearlos primero y después estar seguro de que se podrán alimentar y educar con desahogo y decencia. Traer hijos al mundo sin ton ni son, sin poder garantizarles ni un trozo de pan ni una escuela, es portarse como los animales. Y aún peor, que muchos matan a sus crías cuando no pueden alimentarlos. Tu padre y yo siempre fuimos muy conscientes de nuestra responsabi- lidad en vuestra educación.

Y ahora yo, mientras andaba hacia casa de Esther, me pregunta-ba si tantos desvelos de mis padres habían dado el resultado desea-do, porque por lo menos su hija mayor no había parado, desde la adolescencia, de meterse líos. El más grave de todos, el que me an- gustiaba en aquel momento, que podía arrastrarme definitivamen-te a la tragedia.

CAPÍTULO XII

—¡Pero eso es terrible!

Mi hermana estaba cansada y se le notaba en las ojeras y el desaliño general que mostraba, pero lo que en aquel momento predominaba en ella era la alarma que mi relato había provocado. No sabíamos qué decir, mirándonos en silencio aterradas por el terrible futuro que se avecinaba si el partido ponía en práctica sus delirantes decisiones.

—Pero ¿crees que realmente lo harán?

—Eso me temo... Daniel estaba muy seguro, no aceptaba ninguna crítica.

—¿Y los demás?

—Hubo de todo... Inma era la más entusiasmada y Beatriz, ya sabes, obediente y fiel a la dirección, sea lo que sea que diga... José Antonio callaba, aunque asentía y el único tan asombrado e indignado como yo era Santiago.

—Entonces no hay unanimidad...

Sonreí ante la ingenuidad de mi hermana.

—Pero eso no importa nada. Nosotros no somos más que una célula de clase media, y aunque no me engaño respecto a la pequeñez de mi partido, algunos más somos y no tengo ni idea de lo que piensan ni puedo ponerme en contacto con ellos porque no los conozco. Pero que la base, en su totalidad o en su mayoría, no esté de acuerdo con las decisiones de la dirección tampoco tiene importancia. Ellos están imbuidos de su infalibilidad, tienen la seguridad de que sus decisiones son correctas, de que su línea ideológica es la

única justa y de que si a veces no se obtienen los resultados apetecidos la culpa es de los tontos militantes de base que no sabemos cumplir con precisión sus inteligentes consignas. Y siempre hay militantes fanatizados y sumisos que harán lo que se les ordene. A nosotros, además, no creo que nos organicen en las brigadas armadas, eso sí que se sería de locos, porque no tenemos ni edad ni entrenamiento para semejante cosa.

Esther se mordía un labio mientras me escuchaba con toda atención con el ceño fruncido.

—Pero entonces tú... ¿cómo estás en un partido de dementes?

Iba a replicarle con rabia a una acusación tan agresiva, pero me callé porque realmente no sabía qué contestarle. Aquellos razonamientos que repetía sobre el aburguesamiento del PSUC y de la necesidad de la búsqueda de un instrumento realmente revolucionario al servicio de los intereses de las clases trabajadoras, ya los había oído mi hermana decenas de veces, y en aquel momento comprendí lo obsoleto e inútil de repetírselos. Su pregunta había removido en mí la necesidad de conocer mis más profundos resortes, mis más ignoradas motivaciones. Mi militancia en los partidos a que me había afiliado había obedecido al impulso de seguir las enseñanzas de mi padre en defensa de los más débiles.

Aunque Anselmo Jiménez, a fuer de liberal, nunca había sido comunista y abrigaba pocas simpatías hacia ellos, a los que consideraba exaltados y fanáticos. No, más bien había sido nuestra madre, aquella dulce mujercita, rubia y pequeña, la que había inculcado en mí la pasión por defender la justicia social.

Nuestros padres tomaron muy en serio la responsabilidad de educarnos. Nunca nos faltaron relatos, consejos y lecciones para hacernos mujeres honradas y responsables. Y revolucionarias, como añadía mi madre, porque aquel era más un discurso de mi padre, siempre preocupado por la ética.

—Poca ética se puede conservar cuando no se tiene qué comer —añadía convencida mi madre.

—¡Oh, no, eso no! Se puede seguir siendo honrado en la pobreza.

—Sí, claro —murmuraba sin convicción mi madre—, pero es

muy comprensible que se robe cuando la alacena está vacía.

—Ya, ya —asentía comprensivo mi padre—, por supuesto. Los delincuentes los hace la sociedad. Pero nosotros fuimos pobres mucho tiempo y nunca robamos a nadie.

—No tanto, no tan pobres —apostillaba mi madre. Porque en el recuerdo grabado imborrablemente en su memoria, quedaban los años de hambre que ella, su madre y sus hermanos habían tenido que soportar. El éxodo por los campos de La Mancha comiendo hierbas en los días que huían de la guerra civil en su pueblo, y las interminables horas de lavados de ropa de su madre, con un pedazo de pan por toda pitanza.

—No tan pobres —repetía—. Cuando nos casamos ya teníamos casa y sueldo. Hasta pudimos comprarnos una cama y un poco de ajuar. No, no tan pobres.

Y no añadía, tú no sabes lo que es la verdadera pobreza, por no molestarle, pero para ella su marido y el padre de él siempre fueron señoritos, frente a la miseria de Micaela y Serafín, sus propios padres, jornaleros sin tierra y sin casa en los campos de los cortijeros, donde se alquilaban a temporadas.

—Bueno, mujer, no hemos de competir en pobreza... —rezonaba mi padre, algo molesto por aquel orgullo de miseria del que presumía su mujer.

—No, Anselmo, claro que no... No quería decir eso, quería decir que es muy bueno enseñar honradez y ética a los muchachos, pero que sin hacer la revolución social poca ética puedes exigir a los pobres... Sobre todo cuando las clases pudientes están robando todos los días al pueblo...

Mi madre se refería al espectáculo del estraperlo y a la especulación del suelo que en Barcelona fueron escandalosos en las décadas siguientes a la guerra. Y entonces mi padre asentía, dolido por la corrupción de su patria.

—Quería hacer la revolución... —repliqué humildemente, ya sin las ínfulas de antes.

—Bueno, pues ahora tienes la ocasión... —esta vez me molestó

el sarcasmo, que me pareció extemporáneo en momentos tan angustiosos.

—Eres venenosa... —le repliqué y me puse en pie para irme. Esther se arrepintió enseguida. Se levantó y me cogió de un brazo tirando de mí.

—No te enfades, Ruth, no seas rabiosa... Es que me lo pusiste a huevo, mujer...

Acepté la disculpa y nos sentamos de nuevo. La situación que se me planteaba era tan peligrosa que no podíamos entretenernos en tontas susceptibilidades.

—Quería hacer la revolución, pero no lanzarme al suicidio. No sé si se puede algún día cambiar la correlación de fuerzas entre la burguesía y el proletariado, yo lo intentaré toda la vida, pero no será hoy en España; en Latinoamérica o en Vietnam sí... ni por supuesto con los pobres medios armados que pueda tener mi partido... Eso lo tengo muy claro. Es más que una estupidez que mi partido declare la guerra revolucionaria... peor incluso que la bravata del alcalde de Móstoles declarándole la guerra a Napoleón, porque al fin y al cabo a su proclama le siguió todo el pueblo español, y a nosotros no nos van a seguir ni los militantes de nuestro partido. Sólo algunos, los más obcecados y obedientes que serán exterminados, y además nos perseguirán a todos como a ratas... Todos estamos en peligro a partir de ahora. La policía no distinguirá entre los que aceptaron la consigna de la dirección y los que nos opusimos a ella, esos matices tan sutiles no son para ella.

Esther me miró con los ojos desorbitados por el miedo. Por primera vez se daba cuenta de la gravedad de la situación y de cómo nos afectaba.

—¡Dios mío! ¿Y qué vamos a hacer?

Le agradecí que se sintiera concernida por el problema, aunque lo cierto era que una elemental prudencia obligaba a que las dos tomáramos precauciones. Todo el mundo sabía el vínculo que nos unía y la estrecha relación de cariño y amistad que manteníamos. Y como yo acababa de recordar, la policía no respetaba distinciones.

—Si empieza esa llamada guerra y se les ocurre organizar algún atentado tendré que esconderme... —y no añadí y tú también, por-

que no sabía qué hacer con las niñas. Pensaba que cualquier cosa antes que dejárselas a su padre, aunque quizá el peligro que nos acechaba fuese mucho mayor.

Esther no sabía que sugerir. Se notaba que estaba aterrada. Intente tranquilizarla, introduciendo un poco de serenidad en nuestro ánimo.

—Mira Esther, no debemos espantarnos antes de tiempo. Tenemos que guardar la calma y actuar con inteligencia y prudencia. En caso de que cosas fuesen tan mal tendrías que quedarte con las niñas una temporada... —yo misma no tenía ni idea de lo larga que podría ser esa temporada, pero no era momento de asustar aún más a mi hermana—. Lo más difícil es encontrar el lugar a donde me pueda ir...

—¡Oh, Dios mío! —volvió a repetir Esther, sin saber qué más añadir. Percibí que se hallaba repentinamente presa del pánico, y me sorprendió, recordando que en los momentos en que nos apropiamos de las máquinas y del dinero se había mostrado decidida y serena. O inconsciente, me dije. Aquello para ella fue como un juego y en este momento se da cuenta de que puede enfrentarse directamente con la policía. Claro que tampoco es lo mismo robar un milloncito de pesetas, que matar a policías o militares o guardias civiles. Váyase a saber qué querrán decir esos sabios dirigentes con lo de declarar la guerra popular revolucionaria, como si estuviéramos en la China de Mao.

—También me gustaría... —hice una pausa y tomé aliento—. Necesitaría —rectifiqué— saber algo de Rafael.

—¿No sabes nada?

—Hace más de un mes que no recibo carta suya. Desde que le castigaron. Le pedí a Daniel que se informara pero no me ha contestado todavía, y ahora con este trastorno se olvidará completamente. Hoy quería escribirle, pero no me ha salido... Como tengo que hacerlo como si fuera su hermano... ¡qué cosas!... —y no se me ocurrió peor exclamación.

A la mañana siguiente me encontraba como si me hubieran dado una paliza. Me dolían los ojos y la espalda y me sentía casi imposi-

bilitada de andar, de sentarme, de levantarme. Busqué con ansia en el periódico las noticias nacionales y locales, temiendo ver publicada ya la primera acción de los Comandos Revolucionarios del Pueblo, como se llamarían los guerrilleros encargados de la acción, según nos había contado Daniel; pero hube de tranquilizarme recordando que era imposible que se hubiesen comenzado a cometer acciones semejantes si sólo la tarde antes nos habían informado. A menos que lo hubieran hecho con mucho retraso y ya todo estuviese preparado para comenzar. Esta posibilidad me provocó un escalofrío y me cubrí de sudor.

No recordaba cuando habíamos quedado en reunirnos nuevamente. Me fui tan preocupada y enfadada que no me enteré de la consigna que diera Daniel. Tendría que verme con Beatriz, ella sí estaría informada. Y debía ir pensando ya en qué agujero podría esconderme si llegaba la ocasión. Pero antes de huir necesitaba imprescindiblemente hacerle llegar un mensaje a Rafael. No iba a desaparecer sin que volviera a tener noticias mías.

Mientras estaba sumida en estos angustiosos pensamientos, el baboso del señor Pereda apareció en el dintel de la puerta y con su voz más untuosa y su gesto más galante me indicó que le acompañase a su despacho. A partir del episodio de nuestro escaqueo sexual sentía una profunda repugnancia contra aquel hombre que tiempo atrás me había parecido atractivo. Y no podía desprenderme de él, ni del abrazo con que me recibió apenas traspasé el dintel de la puerta.

Nuevamente, como si una moviola de cine nos hubiera hecho retroceder a días pasados, Eusebio repetía el sonsonete, ¡qué guapa eres! y se frotaba contra mí compulsivamente. Ya temía yo que acabase apareciendo la delatora mancha en su pantalón, cuando de pronto me soltó y se separó de mí jadeando.

—¡Ah, cómo me pones, Ruth, cómo me pones!... —me contemplaba con mirada salaz y sonreía—. Es que estás para comerte... Y además arreglada así, tan provocadora...

Nunca hubiera creído que mis ropas ajadas por los muchos lavados y descuidadas porque no tenía tiempo de arreglarlas, pudiesen ser consideradas provocadoras de situaciones como aquella. Los pantalones mostraban rodilleras de tanto como los había usado, a la

blusa faltaba un botón y calzaba siempre zapato plano. Sin embargo Eusebio seguía repitiendo.

—Es que me provocas muchacha, me provocas... Esto no se puede aguantar por un hombre normal... —extendió la mano y metió un dedo en el hueco que dejaba el botón ausente de mi blusa, y entonces comprendí cuál era el motivo de su excitación. Con un mohín de ñoñería me aparté, estiré la tela y cerré con la mano la pecaminosa abertura, y sonriendo, le dije.

—¡Oh, yo no quería provocarte! ¡Es que se me ha caído el botón al llegar a la oficina y no he podido cosérmelo todavía!

—¡No, no, si no me importa, qué va!... Estás preciosa... —y nuevamente pretendía meter los dedos en el hueco que le parecía tan sugerente. Hice una finta con el cuerpo para hurtárselo a sus codiciosas manos y me dirigí a la puerta.

—¿No quieres nada más?

Eusebio tragó saliva y se atusó el pelo antes de contestar, con cierta timidez.

—Sí, Ruth... quería que nos viéramos otra vez en mi apartamento... Mañana, ¿puede ser?

A punto estuve de escupirle, pero una llamada de alerta que mis neuronas pusieron en marcha precipitadamente me lo impidió. Una idea, una extraña pero quizá salvadora idea se iba conformando en mi cerebro. Cambié rápidamente la expresión de indignación y asco que me había provocado su proposición, y sonriendo nuevamente con picardía, repliqué.

—Eusebio, tengo dos hijas... debo atenderlas al salir de la oficina y no tengo dinero para una canguro... Hay que esperar que una vecina o mi hermana puedan ocuparse de ellas... Yo te avisaré cuando lo organice... ¿de acuerdo? —y salí rápidamente del despacho sin querer escuchar su respuesta, con tiempo sólo de ver con el rabillo del ojo que Eusebio asentía mecánicamente con la cabeza.

Me sentía enormemente excitada por la idea que germinaba en mi cabeza. Menos mal que Marta no estaba en el despacho, aunque la pobrecilla, desde nuestra conversación, se mostraba muy decaída y huraña, y ni siquiera quería comentar conmigo las cosas intrascendentes de la vida cotidiana en la oficina. En aquel momento nece-

sitaba concentrarme en organizar todos los detalles de un plan que podía proporcionarme la protección y el refugio que necesitaba. Por lo menos, durante unos días.

Antes de dedicarme a las tediosas cartas que constituían mi tarea diaria, pensé con malhumor que el tacaño señor Pereda no era capaz de darme el dinero que costaba la canguro, ni siquiera para que pudiera ir a mamársela al apartamento. Y de pronto me acordé de que todavía me debía el dinero del taxi.

Aquella tarde estábamos las niñas y yo jugando a escondernos detrás de los sillones del comedor, lo que las divertía enormemente, cuando sonó el timbre de la puerta. No esperaba a nadie, nadie me visitaba excepto mi hermana y mi madre y siempre avisaban antes, de modo que salí a abrir muy extrañada y bastante alarmada.

En el descansillo de la escalera un hombre desconocido, de mediana estatura, robusto y barbudo, vestido con modestia, me observaba fijamente. Llevaba un paquete que más parecía hatillo. Estaba muy serio, pero inició una débil sonrisa cuando me preguntó.

—¿Es usted Ruth Jiménez?

Le miré firmemente pero él me aguantó la mirada. Preguntó nuevamente sin darme tiempo a contestar.

—¿Y esmeraldita?

Grité sobresaltada.

—¿Cómo sabe usted...? ¿Quién es usted? ¿De dónde viene?

Por fin una sonrisa dulcificó su sombría expresión.

—Soy un amigo de Rafael, acabo de salir de la cárcel y vengo a traerle un recado de su parte. Él es el que me dijo que la llamara esmeraldita para que usted supiera que soy de confianza.

Sin querer evitarlo me eché sobre él y le abracé mientras gritaba.

—¡Oh, gracias, gracias! ¡Por fin tengo noticias de él!

Entramos en casa, todavía casi sin que soltara el abrazo y le presenté a mis hijas, que despeinadas y gritonas seguían jugando a esconderse debajo de los sillones.

—Rafael está en celdas de castigo hasta dentro de quince días. Se encuentra bien, aunque un poco delgado y cansado como se puede imaginar. La tensión es grande en la cárcel, porque ya se ha sabido

que Franco está muy enfermo y se especula sobre lo que va a pasar inmediatamente...

El desconocido, cuyo nombre me guardé mucho de preguntarle, nos acompañó largo rato. Lo invité a cenar pero se negó diciendo que lo esperaban. Hablamos mientras les daba la comida a las niñas, que estaban excitadas y cansadas por el juego y tenían mucha hambre. Le informé de las últimas consignas de la dirección del partido, que todavía no conocía, y me pareció poco satisfecho con ellas, pero como tantos fieles militantes no se atrevió a criticarlas. Me entregó una carta de Rafael escrita en papel cebolla, doblada en mil trozos, que debía haber sacado de la prisión en algún recóndito recoveco de su ropa, y yo la guardé para saborearla a solas. El mejor premio a tantos días difíciles, soportados en silencio.

—Se esperan muchos acontecimientos este año. La crisis económica se agudizará, porque la inflación ha superado lo que esperaban. Se están cerrando empresas y despidiendo a muchos trabajadores. Y la enfermedad de Franco ha disparado todos los timbres de alarma. En la Embajada de Estados Unidos se están reuniendo un montón de jerifaltes de todos los partidos, demócratas cristianos, socialistas, monárquicos de uno y otro signo. Y también en París, donde Carrillo tiene una actividad frenética con la creación de esa ridícula Junta Democrática que sólo la forman él, y dos más. Uno del Opus como Calvo Serer. Los socialistas se mueven en la Plataforma y tienen mejores contactos. Ya sabemos que la García Bloise y su pandilla están todos los días en Bruselas hablando con los jerifaltes de la OTAN, del Mercado Común, etc. Es preciso ahora no perder un minuto porque si no nos encontraremos con todo pasteado en contra del pueblo. Es preciso movilizar a las masas, informar en las fábricas, impulsar el trabajo en los sindicatos... Nos encontramos en un momento crítico...

No fui tan tonta para preguntarle cómo había obtenido esa información, pero me fijé que no había mencionado la guerra popular revolucionaria entre los objetivos a alcanzar en aquellos momentos críticos.

Por fin se levantó, me dio las gracias por la cerveza y me alargó formalmente la mano.

—Me alegro mucho de haberte conocido Ruth. A ti y a tus niñas que son encantadoras, pero no debemos volver a vernos. Con toda seguridad la policía me controla, he salido de la cárcel en libertad condicional y tengo que presentarme cada mes en la Junta de Libertad Vigilada, de modo que no te conviene que te vean en mi compañía...

Pero al despedirse en el vano de la puerta le dimos pena las niñas y yo. Nos vio tan solas, tan débiles, tan pobres y tan abandonadas, en aquel mísero comedor, que me susurró.

—Si necesitas algo estaré todas las tardes a las siete en el bar Zurich de la Plaza Cataluña. Te esperaré media hora tomando café. Puedes llamarme Jaime.

Y sin decir nada más, ni darme ocasión de volver a abrazarle, bajó de dos en dos los escalones.

Más tarde, cuando las niñas dormían, saqué del bolsillo de mi delantal el preciado tesoro de la carta de Rafael y la leí interminables veces hasta la madrugada.

CAPÍTULO XIII

Cuando me llamó Esther aquella mañana y con voz temblona me preguntó: ¿Has leído el periódico?, supe que lo peor ya había sucedido.

El mes de julio había caído sobre todos nosotros ahogándonos con una ola de calor como hacía muchos años que no soportábamos. Yo llevaba más de un mes sin haber visto a Daniel ni a ninguno de mis camaradas; únicamente a Beatriz a quien fui a visitar una tarde, preocupada por el silencio que todos mantenían.

Beatriz me recibió cortés como siempre, pero un pequeño matiz de reserva, una agudizada introversión, mayor de la que le era habitual, me indicó que algo estaba pasando que no quería contarme.

—No sé nada de Daniel. No ha vuelto a convocarme. ¿Habéis tenido alguna reunión?

Beatriz no contestaba y apenas me miraba. Le costó bastantes segundos responder.

—Sí, hemos tenido dos reuniones...

—¿Por qué no me ha llamado?

Beatriz se encogió de hombros, y en tono distraído como si no tuviese importancia lo que estábamos hablando, replicó.

—Daniel no lo consideró adecuado...

—¿Adecuado? ¿No lo consideró adecuado?

Estuve a punto de cogerla de los brazos y sacudirla, pero pude contenerme y dominar mi rabia lo suficiente para decirle.

—¿He caído en desgracia, no? Como no estuve de acuerdo con el demente plan de la guerra popular y toda esa palabrería, ahora

estoy apartada de las tareas de partido... Como si estuviese apesta-da...

Beatriz se limpiaba las gafas sin mirarme, con una actitud de distanciamiento e indiferencia que no sé si era fingida o sentida realmente.

—No es eso Natalia... Pero habrás de reconocer que si no estás de acuerdo con una estrategia determinada, y que es por sí misma tan peligrosa, no debes participar en las reuniones en que se deba-te...

La miré asombrada. No pude disimular el tono de reproche cuando le pregunté.

—¿Quieres decir que vosotros vais a participar en acciones armadas?

Beatriz terminó de limpiarse las gafas, se las ajustó cuidadosamente y con toda parsimonia, replicó.

—No puedo contarte nada, Ruth, tú lo sabes. No preguntes.

Me era imposible aceptar una respuesta semejante. No quería irme de su casa con la duda de si efectivamente Beatriz, Inma y José Antonio iban a lanzarse a la calle a pegar tiros. Cogí por los hombros a mi interlocutora y con suavidad pero con energía dirigí su cabeza hacia mí, intentando que me mirara. Con mi voz más dulce y cariñosa le dije.

—Beatriz, por favor, Bea, amiga mía, no me digas que estás de acuerdo en semejante locura... No me dejes con esta angustia... No puede ser que tú participes en acciones armadas. No tienes edad ni preparación, ni... —le supliqué—: Por favor, Bea, por favor, no hagas locuras... Yo te quiero, no puedo verte... muerta...

A mis últimas palabras reaccionó y me miró. Sonrió tibiamente y sacudió la cabeza. Se apartó de mí, tragó saliva y respondió.

—No te preocupes Ruth, no haré locuras... Por supuesto yo no sé... ni puedo participar en un comando de ataque...

Pero puede estar en uno de apoyo, que se comprometerá casi igual que los otros, pensaba yo de regreso a casa. Sumergida en la tormenta de mis angustias y temores me sentía enferma, tenía taquicardia, me temblaban las manos. Tuve que tomarme una taza de tila y estarme muy quieta un buen rato, sentada en el comedor, cuando

ya avanzada la noche pude pensar con serenidad mi plan de acción. Que aquella mañana tórrida de julio debía poner en marcha inmediatamente, ante las noticias que traía el periódico y de las que mi hermana acababa de informarme, con voz temblorosa al borde del llanto. Quedamos que nos encontraríamos en mi casa, al regresar de la oficina, y pasé un horrible día contestando las estúpidas cartas del señor Pereda. Afortunadamente su autor no estaba en la empresa, obligado a realizar no sé qué viaje a la central en Alemania. Era pues la mejor ocasión para llevar a cabo mis propósitos.

En aquel mes de junio que transcurrió a la espera de que se desencadenara la tragedia, sin noticias del partido ni de Rafael, del que únicamente tenía la carta que me había llevado Jaime, organicé mi propia resistencia. Unos días después de la última proposición de Eusebio, accedí a volver al odiado apartamento, y allí la escena se repitió en la misma forma que la primera vez. Pero en esa ocasión esperé a salir con él, subí al taxi en su compañía y en un descuido le cogí las llaves del apartamento que llevaba en el bolsillo de la americana.

Aquella noche hice copias, y a la mañana siguiente, mientras él se lavaba las manos en el baño privado que tenía al lado del despacho, se las volví a meter en el bolsillo de la chaqueta. La primera parte de mi plan estaba cumplida. Ahora se trataba de realizar la segunda.

Entre la barahúnda de turistas, peatones y clientes del Zúrich, buscaba ansiosa la recia figura de Jaime. Lo vi por fin sentado a una mesa, leyendo un periódico, y tuve que reprimir el grito de alivio que me salía de la garganta. Me senté a su lado sin decir nada y cuando levantó la mirada me eché a reír. Me sentía realmente alegre.

—Hola, ¿cómo estás?

—Bien, me alegro de verte...

Le admiré porque no perdía la compostura.

—No sabía si te encontraría... cómo han pasado tantos días...

—Ya... yo vengo todas las tardes a tomar un café... Pero realmente has tenido suerte, porque a partir de mañana ya no volveré...

Nos miramos y nos comprendimos. La risa se me apagó y las graves expresiones de los dos indicaban que ambos sabíamos y pensábamos lo mismo.

—He venido a que me ayudes a huir... Quiero irme a Francia.

El no dijo nada de momento, ni siquiera cambió la expresión de la cara, pero se notaba una risa que titilaba en el fondo de sus ojos.

—Vamos, chiquilla... a buena parte vas... El que tiene que esconderse soy yo... Y no sé dónde...

—No, yo no necesito que me metas en algún escondite, quiero que me digas cómo puedo conseguir una documentación, un pasaporte...

—Pero ¿por qué he de saberlo yo?

—Tú eres de la dirección del partido. Podrías ponerme en contacto con el aparato de documentación...

Jaime movió la cabeza con tristeza y preocupación.

—Escucha Ruth, los que no estamos metidos en esa locura de la lucha armada nos encontramos apartados de todo contacto, y además necesitamos también escondernos, sobre todo los que como yo tenemos antecedentes. Estoy temiendo que la policía venga inmediatamente a por mí. Tendría enseguida un culpable sin esforzarse.

Le miré unos instantes buscando ansiosamente en mi imaginación la solución a la grave situación en que los dos nos encontrábamos. Por fin, me decidí a incluirle en mi plan.

—Escucha Jaime, tengo un lugar donde esconderme, y puedo meterte a ti también. No me preguntes cómo lo he conseguido...

El gesto de su cabeza indicaba que no pensaba hacerlo.

—Puedo meterte allí por unos días, dos o tres, no sé si alguno más... Después tienes que salir por tu cuenta.

Él hizo otro gesto de asentimiento y no dijo nada esperando la continuación.

—Estaremos juntos ese tiempo, pero tengo que conseguir una documentación para salir. Allí no podemos quedarnos muchos días, se convertiría en una ratonera, de modo que hemos de prepararnos la huida... Tienes que darme un contacto, sólo un contacto... después yo me apañaré...

Me miró con lástima. Luego sacó un papel del bolsillo, escribió un teléfono y me lo alargó.

—Toma, este es el único que puedo darte...

Cogí el papelito y lo hundi en mi bolsillo.

—Tenemos que escondernos lo antes posible... Las detenciones comenzarán inmediatamente. Pero antes tendría que ponerme en contacto con quien pudiera darnos la documentación... Esta noche a las once, te espero en esta dirección. No llames. Estate en la puerta, yo te abriré desde dentro...

Jaime miró fijamente unos segundos el papel escrito que yo le alargaba, después lo quemó en el cenicero. Me levanté, le apreté brevemente el brazo y murmuré antes de marcharme.

— Suerte... Ojalá la tengamos todos...

Cuando ya en casa miré el número que con tanto secreto me había dado Jaime comprobé que era el de Daniel.

Aquella tarde se hacía interminable en la empresa. La ausencia de Pereda contribuía a aumentar el aburrimiento habitual, interrumpido otros días por las ocurrencias del caballero. Había terminado ya las cartas encargadas, pero haber concluido mi trabajo no me daba permiso para irme. Las exigencias de puntualidad, casi paranoica, que imponía el director, no se extendían a la necesidad de emplear con rendimiento el tiempo de los empleados. Así, todos los subordinados desperdiciábamos miles de horas al año, cuando los jefes no nos habían encargado ninguna tarea, pero seguíamos atados a nuestra mesa.

Había leído ya diez veces la información que ofrecía *La Vanguardia Española* sobre el atentado cometido en la tarde del día anterior contra un Guardia Civil en una calle de Badalona. No cabían dudas sobre la dirección política del hecho, puesto que los autores habían dejado unas octavillas en las que nuestro partido reivindicaba la acción, asegurando que con ella comenzaba la guerra popular revolucionaria y se invitaba al pueblo a levantarse en armas contra la tiranía. A esta escueta información seguía la palabrería habitual del periódico condenando el hecho y, lo que era más preocupante, amenazando con terribles represalias contra los autores del atentado. Yo sabía lo efectivamente terribles que eran.

Marta entró en aquel momento en el despacho, mientras yo seguía leyendo el periódico y me preguntó.

—¿Dice algo más del Año Internacional de la Mujer?

A mí se me había olvidado completamente tal efeméride. No había vuelto a pensar en ella, angustiada y absorta como me hallaba por los últimos acontecimientos y la necesidad de resolver mis propios problemas, y ni siquiera me fijaba en las noticias que aludían a los actos con que se conmemoraba. Pasé rápidamente las páginas y busqué en las secciones de sociedad y de internacional hasta encontrar una larguísima y farragosa información sobre la I Conferencia Internacional de la Mujer que se estaba celebrando en México.

—Aquí trae una crónica sobre México, donde se han reunido los gobiernos...

—No, yo quería saber si se hacía algo en España... —me interrumpió mohína. Su tono de voz denotaba la desilusión y la ansiedad que sentía. Recordé las últimas conversaciones que había sostenido con ella y me sentí culpable de no haber vuelto a atenderla, cuando con toda seguridad el problema de su familia seguiría vigente.

—¿Cómo van las cosas en tu casa? —pregunté buscando en su rostro las huellas de los últimos disgustos.

Marta hizo un gesto de fastidio y movió las manos queriendo alejar el miedo y la angustia que sentía.

—Peor... estos últimos días mi padre está intratable. Yo creo que además juega, porque esta semana apenas le ha dado dinero a mi madre, casi sin explicaciones... Pero mi madre no quiere creerme... Está ciega... —el temblor de la voz indicaba que estaba próxima al llanto.

—No, Marta, sólo busca la manera de soportar la situación... Podrías pedir un abogado de oficio. Algo tenéis que hacer, no es posible abandonarse a los malos tratos de tu padre sin hacer nada... ¿Quieres que te escriba la carta al Colegio de Abogados? —me animé con la posibilidad de serle útil y quise animarla a ella también. Marta dudosa, sólo dijo.

—Si te parece...

—Sí, mujer. Yo escribo la carta y la firma tu mamá. Después tú

la llevas personalmente al Colegio de Abogados. Es mejor que enviarla por correo, llegará antes, y además le dices a la secretaria que no te contesten a tu casa, para que tu padre no pueda coger la respuesta. Le dices que volverás tú personalmente para saber el abogado que te han designado.

La actividad, y esta vez una actividad útil, me dio nuevas energías. Redacté de un tirón la carta y para escribir el membrete le pregunté a Marta.

—Cómo se llama tu mamá?

—Mari Carmen Arrufat Sánchez.

Y casi sin saber por qué, aunque dicen que las intuiciones son únicamente pensamientos racionales elaborados muy deprisa, volví a preguntarle.

—¿Cuántos años tiene?

—Cuarenta.

—¿Dónde ha nacido?

—En Barcelona.

—Dime la fecha y la dirección del lugar de nacimiento. También los datos de tu padre.

Marta respondía obediente a todas mis preguntas sin sospechar nada. Y yo misma tampoco hubiera podido decir con certeza qué me proponía con aquel interrogatorio. Sabía que ninguno de aquellos datos era necesario en aquel primer momento en que se trataba únicamente de solicitar un abogado de oficio, pero los apunté cuidadosamente en una de mis libretas y sin que Marta se diese cuenta la guardé en el bolso. La tranquilicé después repitiéndole las instrucciones de las gestiones que tenía que realizar.

—Sobre todo no dejes que le escriban a tu madre a vuestra casa. Tu padre podría coger la carta. Mira, aquí tienes la dirección del Colegio de Abogados. Mañana al salir de la oficina vete allí. La secretaria cierra a las dos de la tarde, tienes tiempo de llegar.

La vi más tranquila cuando terminamos la conversación y hasta algo animada ante la perspectiva de recibir alguna ayuda. Aunque contaba con que dispondría de mi protección permanente sin saber que esa era la última tarde que estábamos juntas. Me hubiera gustado despedirme de ella más solemnemente, pero era imposible si

quería desaparecer sin que me buscaran durante unos días. Cuando ya en la calle la vi dar la vuelta a la esquina, sentí un pinchazo de dolor por la pérdida de su amistad. Que era el primero de los muchos que la separación de la gente que apreciaba me iban a producir.

A pesar de todo llamé a Daniel. Estaba casi segura de que no me proporcionaría ninguna ayuda, pero no podía permitirme el lujo de despreciar cualquier oportunidad por remota que fuera. Lo primero que temí fue no encontrarlo, y en realidad así debía haber sido si hubiese tenido el más mínimo sentido común. Pero allí estaba, como si se tratase de cualquier día corriente. Su habitual voz, engolada y misteriosa me preguntó quien era y cuando lo supo hizo una breve pausa de silencio. Luego, muy secamente, añadió.

—¿Qué quieres?

—Tengo que verte, no puedo decirte nada por teléfono.

No opuso gran resistencia, aunque hubiese podido negarse. Pero a la media hora estaba en el bar de nuestras citas habituales. Había adelgazado visiblemente y estaba sin afeitar. Su aspecto mucho más deteriorado de lo común me hizo temer que él formara parte de uno de aquellos comandos de acción, quizá el que había atentado la tarde anterior. Parecía sin embargo sereno, contenido como siempre, aunque fumaba constantemente. Y su expresión no era amigable cuando me preguntó.

—¿Qué quieres?

—Necesito un pasaporte con otro nombre.

No mostró sorpresa ante mi petición, pero respondió con una asombrosa pregunta.

—¿Para qué lo quieres?

Dominé mi enojo para estar a la altura de su dominio de las emociones y contesté.

—Para irme a Francia.

—¿Por qué?

Y ya me pareció demasiado, de modo que me salieron a borbotones las palabras en un tono más agudo del que quería.

—¿Para qué va a ser? Para huir de esta locura. No quiero que me

atrapen aquí como a una rata, ahora que empezarán las detenciones a mansalva.

Mostró sólo su fastidio levantando una ceja y dándole nuevas y compulsivas chupadas al cigarrillo. Y me irritó mucho más cuando replicó.

—Tú no tienes nada que ver con eso. No tienes por qué mar-chartar.

—Mira Daniel, no puedes ser tan ingenuo. Ahora ninguno de nosotros estamos a salvo. Cualquiera sabe que la policía detendrá a todo el mundo, incluso a los que no son de nuestro partido; que entrará a saco en las organizaciones más inocentes, desde Comisiones Obreras a las parroquias. ¡Qué más quiere que una provocación como ésta para batir todo vestigio de oposición! —como vi una expresión de duda y desconfianza en su rostro acudí a citar el supremo magisterio—: ¡Vamos, eso Lenin lo explicaba claramente ya en

su tiempo! El terrorismo sólo sirve para que la represión se cebe en toda la oposición, incluso en las organizaciones más moderadas. De modo que nosotros...

—Lo que nuestro partido hace no es terrorismo, sino acción armada revolucionaria...

Me sentí derrotada. El ceño fruncido, la mirada severa y el tono con que me regañaba indicaban que ningún argumento haría mella en él. Decidí cambiar de estrategia. Con aquella no llegaría a ninguna parte.

—Mira Daniel, yo tengo mucho miedo. La policía puede saber la amistad que mantengo con Beatriz, tengo dos niñas pequeñas que debo proteger, mi hermana incluso... Si detienen algún camarada y habla...

—Los camaradas no hablan...

Le miré en silencio unos segundos y comprendí que creía firmemente todo lo que decía. Empecé a sentirme desesperada.

—Pero ¿no puedes decirme cómo puedo conseguir un pasaporte?

Hizo un gesto de cansancio con la cabeza y en tono de aguantar con gran paciencia las ocurrencias de un niño o de un tonto, me explicó.

—Mira Natalia, los pasaportes no se fabrican como si fueran

churros. Es preciso obtener algún pasaporte de otra persona, falsificarlo mediante una técnica muy habilidosa que sólo dos o tres camaradas poseen y que se emplea para aquellos casos verdaderamente necesarios, que no es el tuyo. Tú no estás realmente perseguida...

No sabía qué argumento oponer a esta última afirmación que era cierta. Pero el instinto me decía que debía prevenir el problema antes de que se presentara, porque en ese caso ya no tendría solución.

—Pídelo como un caso excepcional... Al fin y al cabo yo me he ganado un premio. He llevado a cabo acciones peligrosas que han salido bien sin pedir ayuda al partido... ahora lo hago...

Daniel me miró con los ojos fruncidos y aquella demora en la respuesta y la expresión mezcla de pena y desconfianza me alarmaron.

—El partido no está contento con tu actuación...

—¿Cómo? —fue lo único que supe decir.

—Nunca has sido disciplinada, siempre planteas críticas y problemas...

No podía decir que estuviese muy equivocado.

—Pero en cambio he llevado a cabo acciones que han reportado mucho dinero y máquinas, cuando más los necesitábamos.

—Tampoco está contenta la dirección con tu actuación en esos casos... Han analizado las acciones y pecan de aventurerismo y ambición personal...

Cuando corría sin aliento por la calle San Antonio Abad hacia casa, ansiosa y asustada ante el retraso que estaba padeciendo, teniendo en cuenta que ya eran las nueve de la noche y aún debían irse las niñas con mi hermana, que esperaba muerta de miedo en casa, antes de que hiciera mi equipaje y saliera a encontrarme con Jaime, me parecía que la entrevista con Daniel había sido sólo un sueño, y que nunca había existido.

La dirección del partido había calificado de aventurerismo y ambición personal el robo del dinero y de las máquinas, pero se había quedado con las dos cosas. Decidían que mis acciones eran aventurerismo y ellos estaban enviando a los camaradas a realizar acciones armadas suicidas que sólo les conducirían a la muerte. Mi

conducta era reprobable porque adolecía de ambición personal, cuando de aquella fortuna que había pasado por mis manos no me había quedado ni una peseta, en momentos en que la penuria en mi casa era tanta que me había visto obligada a recurrir a las repugnantes citas con Pablo.

No recordaba apenas lo que le había gritado a Daniel, ni como había salido dando trompicones del bar. Sólo me quedaba grabada en la memoria para siempre la expresión despectiva y sarcástica de mi impávido responsable de célula, que ni siquiera se molestó en contestar a mis invectivas.

Cuando llegué jadeando al piso, Esther estaba a punto de un ataque de nervios. Había vestido y dado la cena a las niñas, sin embargo, y dos bolsitas con sus ropas preparadas esperaban en el sofá del comedor. No me entretuve en darle demasiadas explicaciones, que por otra parte cuando me vio llegar resultaban innecesarias.

—Te llamaré yo. Al bar donde trabajas mejor que a tu casa, pero depende de la hora que pueda. En los próximos días veremos cómo se desarrollan las cosas. Si vienen a registrar aquí es la señal de marcharnos... Yo arreglaré las cosas, no te preocupes. Tranquiliza a mamá, dile que he ido de viaje por cuenta de la empresa, quizá se lo crea. Yo también la llamaré. No he podido ir a verla, pero quizá mejor, porque de otro modo, ante una situación extraordinaria, sospecharía... Ya sabes lo lista que es...

Mi hermana no contestaba nada. Parecía hallarse en estado catatónico, aunque andaba con soltura, recogía los paquetes y le daba la mano a las niñas. Las despedí en el portal, y cuando las observaba alejarse calle arriba, después de un somero beso que me dejó el alma encogida, tuve que hacer grandes esfuerzos para no llorar. Pero no tenía tiempo para eso, los minutos pasaban a una rapidez mayor que nunca.

Recogí unas cuantas de mis cosas precipitadamente. Tampoco aquella era una huida definitiva, me dije. Sólo me iba por precaución. Podía ser que nadie resultara detenido, que el que lo fuera no me conociera ni nada tuviera que ver conmigo, o que en caso contrario no dijera nada. Quizá todas aquellas precauciones serían innecesarias y en unos cuantos días podría regresar, y entonces mi her-

mana y yo nos reiríamos de nuestros miedos. Pero un agudo tirón en el estómago, hundido en aquella parte de mis entrañas que siempre me advertía, desmentía mis optimistas deseos.

Cerré el gas y las persianas de las ventanas, bajé la basura, cogí la maleta y a las diez y media cerraba la puerta con llave y salía de casa furtivamente, sin saber cuando volvería.

CAPITOLO IX

—Quella è stata una decisione presa da quegli scriteriati del tuo partito, che non sanno come attirare l'attenzione e che vogliono sempre fare i martiri per comparire alla televisione olandese. Noi stavamo proprio negoziando con la direzione del carcere in modo da ottenere condizioni migliori per i detenuti...

Amparo mi guardava con la sua solita espressione ostile, con lo sguardo cupo e la mandibola serrata che con rammarico vedevo riprodursi sul volto di mia figlia María Rosa quando si arrabbiava. Quel pomeriggio mia cognata doveva mostrarmi chiaramente tutto il suo disappunto. Perché l'avevo disturbata chiedendole un favore, perché lo sciopero dei compagni del mio partito che si trovavano in carcere aveva ostacolato i piani del suo, perché nonostante il disprezzo che diceva di nutrire nei confronti della televisione olandese, anche il suo partito era ansioso di riceverne le attenzioni ed il mio ne ostacolava gli obiettivi. Perché in definitiva ero la cognata indisciplinata e sfacciata che si era azzardata a sfidare l'elegante società alla quale loro appartenevano con una separazione fuori da qualsiasi regola che imperasse tra i membri della borghesia barcellonese.

—Ti prego di riferirti ai dirigenti del mio partito con rispetto, nello stesso modo in cui farò io con i tuoi o chiudiamo qui la conversazione immediatamente...

Non ero molto sicura di non poter descrivere i dirigenti del mio partito con le stesse caratteristiche che avevo attribuito a mia cognata e forse anche le motivazioni dello sciopero,

che avrebbe causato tante sofferenze ai militanti detenuti in quello squallido carcere,

rispondevano agli obiettivi ai quali accennava Amparo, ma non potevo permetterle di insultarli e disprezzarli davanti a me e non solo perché Rafael era uno di loro, ma per un più semplice senso di lealtà.

—Voi, sempre a patteggiare con il potere, vero?

Il mio tono di disprezzo le diede più fastidio che qualsiasi altra mia osservazione.

—Noi abbiamo un senso della politica costruttivo che permetterà al popolo di arrivare al potere, mentre il tuo partito fallirà....

Mi ero già stancata di quella sterile conversazione. Feci un gesto con la mano e replicai.

—Guarda, lasciamo perdere questo argomento perché possiamo continuare fino a diventare vecchie dicendo sempre le stesse cose... Volevo solo sapere quali sono le condizioni attuali dei reclusi e se conosci qualche maniera di mettersi in contatto con loro...

Amparo vacillò un momento. Non riuscì a sembrare più umana perché ne era incapace, ma stava indubbiamente valutando se le convenisse o meno aiutarmi e se dalla sua condotta caritatevole avrebbe potuto trarre qualche beneficio.

—Noi abbiamo contatti diretti con i nostri detenuti, soprattutto perché non sono in isolamento...

—Uno di loro potrebbe darti informazioni sui nostri?

Si trattava di un favore semplice. Da tutte le carceri, gli avvocati e i familiari diffondevano le informazioni da una famiglia all'altra per la Spagna. Era quello che io chiamavo la posta della galera. Non avrebbe comportato nessuno

sforzo per Amparo chiedere ad uno dei suoi avvocati di informarsi tramite i clienti su com'era il clima della prigione dopo lo sciopero e su come fosse il regime restrittivo. Certamente non volevo farle percepire alcun interesse particolare per uno di loro, cosa che avrebbe significato diventare schiava delle pretese di Arturo. Amparo non avrebbe esitato un minuto a raccontare a suo fratello le mie questioni amorose. Nessun sentimento di solidarietà politica o umana l'avrebbe fatta stare zitta perché lei in realtà non provava niente del genere, né per me, né per il partito. Arturo avrebbe smesso di passarmi quella miseria di alimenti che avevamo pattuito e chi lo sa se non avrebbe minacciato di togliermi le

bambine. Sebbene tale possibilità non mi spaventasse molto, sicura com'ero che María Ángeles non fosse particolarmente disposta a sopportare le figlie di un'altra donna.

E neppure lui ne aveva bisogno. Mi ricordavo ancora con una certa soddisfazione il modo patetico in cui ci siamo salutati l'ultimo giorno in cui abbiamo vissuto tutti assieme, quando si presentò in casa accompagnato dal suo avvocato per farmi firmare l'accordo di separazione. Una volta concluso il colloquio ed accettati tutti i termini, Arturo si era permesso di guardarmi con altezzoso disprezzo e di minacciarmi.

—Per ora ti concedo la custodia delle bambine, ma vedremo cosa fare più avanti... giusto perché non dimentichi che sono mie.

In uno slancio di rabbia e con la lucidità datami dall'indignazione di fronte all'ingiustizia, gli gridai contro.

—Adesso, adesso te le porti via! Adesso le preparo e te le porti via! Così sarà María Ángeles a prendersi cura di loro!

Risi di gusto vedendo come quei due grandi e affascinanti uomini si mettevano rapidamente il cappotto ed uscivano correndo di casa senza dire una parola in più.

Ma ad uscire poi da lì con le bambine fui io, per vivere nella povertà in cui mi trovavo ora.

Quella conversazione tesa che stavamo continuando Amparo ed io era la conseguenza della mia telefonata, nella quale le davo appuntamento nella caffetteria di un hotel vicino a casa sua dove prima, quando eravamo ancora cognate e fingevamo di trattarci in modo affettuoso, ci davamo appuntamento. Questo incontro non violava le misure di sicurezza e non tradiva gli interessi del mio partito, dato che la nostra relazione familiare era pubblica e nota e dato che in fin dei conti le stavo solo chiedendo notizie sui nostri compagni.

Amparo ed io ci eravamo conosciute durante il primo anno di università, quel memorabile '68, quando lei era solo la illustre discendente del famoso avvocato Arturo Germanor de Andover y Casals ed arrivava all'epicentro della rivoluzione antifranchista direttamente dal collegio delle Teresiane, nel quale l'avevano devotamente educata per quattordici dei diciotto anni che avevamo. Prima della separazione da Arturo e prima che dimostrasse di essere tanto odiosa quanto era, mi faceva tenerezza ricordare le orrende calze di cotone marrone che indossava, le gonne fino al polpaccio, la pelle screpolata del viso e delle mani causata dai saponi con cui si lavava.

Si recava diligentemente a messa ogni giorno, aiutava il Domund (Domenica Mondiale delle Missioni), accendeva ceri in onore del Santissimo sacramento ogni mercoledì sera ed usava un linguaggio arcaico e bigotto inusuale; e senza che uno di noi se ne rendesse conto, all'improvviso, a pochi mesi dall'inizio dei corsi era affiliata ad una cellula del

PSUC (Partit Socialista Unificat de Catalunya) in cui me la trovai appena entrai a farne parte. Sostituì immediatamente quel modo di parlare devoto con uno estremamente rivoluzionario, iniziò a portare pantaloni e maglie sudice, continuò ad avere la pelle screpolata, forse ancor più screpolata.

Non si trattava di cose che l'avrebbero potuta far sembrare più attraente, cosa che le sarebbe servita di più. Era un mistero il motivo per cui Amparo e Arturo fossero tanto diversi, pur somigliandosi molto. Mentre Arturo era un ragazzo alto, con begli occhi neri ed i cui difetti come il naso troppo largo o il mento quadrato non ne sminuivano la bellezza maschile, Amparo non arrivava al metro e cinquantacinque, il naso ed il mento appuntiti la facevano somigliare alla strega di un racconto. Gli occhi scuri non avevano il dono della lucentezza ed i capelli paglierini, deboli e mediocri, le cadevano ai lati del viso come le orecchie ai cani pigri.

—È per questo motivo che non ti può vedere Ruth, perché è invidiosa di te— mi ripeteva spesso Rafael—. Non c'è paragone, cara...

Non riuscii mai ad accettare questo tipo di motivazioni, così spesso utilizzate dagli uomini. Le critiche sull'aspetto delle donne, i paragoni tra le loro diverse qualità e le caratteristiche che le rendono affascinanti mi sembravano comportamenti tipici degli adolescenti e dei maschilisti. Questo mi aveva insegnato mio padre, che rifiutava tassativamente le espressioni peggiorative sull'aspetto fisico delle persone.

—Sono motivazioni che hanno una base razzista, la stessa che discrimina le persone a seconda del colore della pelle, della statura, dei tratti somatici e sono anche motivazioni classiste, perché sembra che i poveri siano sempre brutti.

Per questo rifiutavo con indignazione i commenti di Rafael, che si prendeva gioco di me dicendo che i ragionamenti liberali di mio padre avevano per me un'importanza maggiore delle analisi materialiste, perché le abitudini delle persone non si possono eliminare solo per il buono ed ingenuo desiderio di vivere in un mondo in cui siamo tutti generosi e solidali allo stesso modo. L'invidia, l'odio, la passione, la meschinità, la stupidità, l'ignoranza, la mediocrità non solo esistono, ma sono lo zoccolo duro delle persone.

—Una cosa tipo la colonna vertebrale. Sono come l'acido ribonucleico, capisci? La sostanza della quale siamo fatti tutti.

—Allora perché ti dedichi alla rivoluzione? Perché sprechi tanto tempo e tanti sforzi, rischiando addirittura la tua libertà e la tua vita per cambiare il mondo, se non se lo merita nessuno?

—Oh, esattamente per questo, esmeraldita mia— una cafonata che mi diceva talvolta—. Per cambiarli.

—Tu non sei come loro...— protestavo io, struggendomi di tenerezza e di ammirazione per quell'uomo, fatto della materia più generosa e altruista che io avessi mai conosciuto.

—Fa parte della mia natura, come per lo scorpione...—, poi si metteva a ridere e mi abbracciava.

Il ricordo di quei giorni felici mi fece tanto male che dovetti chiudere gli occhi, per la paura che l'emozione mi facesse piangere in quello stesso istante, davanti a mia cognata, che mi scrutava come se volesse indovinare tutto quello a cui stavo pensando.

Mi aveva sempre sorpreso il fatto che Amparo, che era tanto austera nel modo di vestirsi e di porsi, mi osservasse continuamente come desiderando di vedere nei miei vestiti,

nella mia pettinatura o nel mio modo di fare i difetti che sapevo mi attribuiva. Sebbene questa non fosse una caratteristica esclusiva di mia cognata. Tutta la famiglia si comportava allo stesso modo, amici compresi. Faceva parte dei modi di fare della classe sociale alla quale appartenevano, sempre intenti ad esaminare minuziosamente e a criticare severamente tutti, dalla pettinatura all'abbigliamento, esattamente come per la casa, la macchina, il lavoro, la maniera di guidare e di mangiare. Nessuna azione era esente dalla costante vigilanza e dalle relative approvazioni o disappunti; ed erano più numerosi i secondi che le prime.

—Si credono tanto cosmopoliti perché appartengono alla città più moderna della Spagna e si comportano come bifolchi— commentai una volta in casa e davanti al mio stupore mia madre rispose in tono acido:

—Molti si danno delle arie, ma si comportano tutti allo stesso modo. In questa città qualsiasi ceto è soggetto al controllo sociale. Noi abbiamo sempre vissuto in quartieri modesti e, ciononostante, i vicini sempre mi hanno controllata, criticata ed infastidita più che potevano. Dovevo rispettare le regole da loro stabilite in ogni aspetto della vita quotidiana: da come portare fuori la spazzatura fino all'orario in cui mi sarei dovuta svegliare o andare a dormire. Mi ricordo dei commenti di disapprovazione che le vicine si permettevano di fare quando mi incontravano sulle scale se mi azzardavo a dormire la mattina fino a più tardi di quello che loro consideravano come accettabile per una donna rispettabile che lavorava. E che occhiate se aprivo la porta in vestaglia a quello del contatore o all'uomo che consegnava il butano. Dovevo essere sempre in ordine e pronta come quando andavo a visitare qualcuno. Pensavano di avere il diritto di poter ficcare il naso nella mia vita e nelle mie abitudini e facevano sempre la parte dei giudici, ma più fiscali di chiunque altro.

—Questo è il fascismo Micaela, te l'ho già ripetuto tante volte, il fascismo...— interveniva mio padre—. Il fascismo ha reso la Spagna una caserma. Tutti dobbiamo scattare al suono della tromba e agli ordini del sergente, che è il portinaio, il posteggiatore, il vigile, il capo ufficio, il preside della scuola... È un paese completamente militarizzato. Non abbiamo ricordato tante volte Micaela, che Franco emise un decreto nel trentanove che permetteva ai sergenti dell'esercito ribelle di ritirarsi con tutta la paga e diventare maestri di scuola elementare! Ne abbiamo visto più di uno in quegli orribili collegi degli anni quaranta, obbligare bambini di sette e otto anni a seguire le lezioni in cortile con

un bastone al posto del fucile... E li bacchettavano sulle mani, li lasciavano in ginocchio con le braccia incrociate e piene di libri. Uno di quei torturatori si compiaceva nel picchiare la testa dei ragazzi con la nocca e non a caso quando erano tranquilli e studiavano, e diceva scherzando se per caso!... Se per caso ti comporti male!... Oh, sì Micaela, ragazze, il fascismo ha causato la rovina della morale e dell'educazione del nostro Paese. Perché quei decreti e quei modi dittatoriali sono entrati nella testa delle persone. Sono diventati un modo di essere, di vivere, di giudicare tutti...

Tutta la vita trasformata in un campo di concentramento...

Mio padre, accompagnato dal suo solito entusiasmo, insisteva sulla corruzione dell'educazione che aveva provocato il fascismo, parlando mentre passeggiava nella sala da pranzo, senza guardarci, immerso nelle sue riflessioni. Mia madre non osava contraddirlo, ma nella sua espressione scettica si poteva percepire un dubbio che non esprimeva mai. Solo una volta la sentii rispondergli:

—Questa è l'educazione borghese europea, più che quella fascista. I miei fratelli hanno detto che in Svizzera e Belgio è uguale. L'ipocrisia domina tutti i rapporti umani e chiunque si vede obbligato ad agire conformemente alle regole sociali dominanti. Specialmente la classe media, quella che Hannah Arendt definiva come la peste dell'occidente... Addirittura le classi operaie, che in realtà vogliono imitare i borghesi. Ti ho già detto più volte che con l'educazione liberale non si sistema tutto... Serve una rivoluzione proletaria per estirpare non solo lo sfruttamento economico, ma anche la morale borghese che si è imposta...

Decisi di interrompere l'ispezione alla quale mi stava sottoponendo Amparo, in un silenzio ostile e severo, che doveva somigliare molto al silenzio imposto dalle suore del collegio.

—Bene, cosa mi rispondi? Puoi farmi il favore di verificare come stanno i detenuti del carcere che sono stati messi in isolamento?

Annui seriamente con la testa e disse solo:

—Ci proverò. Poi ti farò sapere.

Lunedì mattina mi sentivo terribilmente stanca, come fosse sabato. Avevo passato tutta la domenica a pulire casa, che era talmente sporca che temevo che le bambine avrebbero preso un'infezione strisciando sul pavimento, ma la stanchezza mentale era maggiore di quella fisica. Mentre lavavo mi scervellavo per trovare un modo di arrivare a Rafael, per risolvere i problemi economici, per liberarmi di Arturo, per lavorare per il partito in modo più produttivo. E soprattutto per il senso di colpa che mi provocava il non dare attenzione a mia madre e non dedicare abbastanza tempo alle bambine. Senso di colpa che era peggiorato al sapere che la povera Mercedes Mateu si trovava in prigione per

un crimine che non aveva commesso.

Dopo aver saputo la notizia, passai tutta la notte a logorarmi nel tentativo di trovare un modo per liberarla dalla responsabilità senza comprometermi. Ma fino a quel momento ero solo riuscita a sfinire me stessa.. E non volevo chiedere a Daniel perché temevo una sua reazione di completa indifferenza di fronte al problema. Mi avrebbe risposto qualcosa del tipo che in ogni battaglia ci sono delle

vittime ed avrebbe aggiunto che avrei dovuto essere contenta per aver evitato i sospetti. È molto meglio che ci resti questa Mercedes in carcere che tu, che svolgi un lavoro molto importante per il partito.

Quando finii di lavare, mi faceva male tutto il corpo e, cosa ancor peggiore, l'anima.

Come potevo liberarmi delle esigenze del mio Super-io che mi teneva prigioniera della necessità di fare di più, di essere migliore, di comportarmi il meglio possibile con tutti? Essere una buona madre, una buona figlia, una buona militante del partito, una buona compagna per il mio povero e incarcerato amore e notare che, tranne in qualche caso accertato, mi ero sbagliata in quasi tutto. Per questo ora dovevo fare di più. Dovevo correggere gli errori commessi precedentemente e superare gli enormi ostacoli che mi impedivano di... Mi impedivano di fare cosa? Quali erano i miei obiettivi ora?

All'improvviso mi sentii bloccata, senza idee, senza propositi. Il lavoro non offriva alcuna gratificazione e non mi si presentavano possibilità di un qualche cambiamento ora, quando la crisi economica che si era abbattuta da più di un anno sul Paese aveva fatto aumentare tragicamente il tasso di disoccupazione e un esercito di donne inutilmente cercava lavoro come segretaria. Mia sorella e le sue amiche dicevano che io avevo avuto fortuna ad essere stata assunta alla mia età, senza particolari conoscenze d'ufficio e nessuna di altre lingue, con due bambine per giunta, per aver trovato un impiego fisso ed abbastanza ben pagato.

—Ben pagato!— ripetei io sarcasticamente—. Ben pagato! E allora perché non mi bastava per arrivare a fine mese?

—Perché hai le bambine, ovviamente... Il tuo stipendio, se dovessi mantenere solo te stessa, sarebbe abbastanza...

Se dovessi mantenere solo me stessa... Pensare a tale alternativa era come lasciarsi trasportare da assurde fantasie. Soprattutto quando si aprì la porta dell'ufficio e l'inevitabile signor Pereda mi invitò ad entrare, interrompendo le mie divagazioni.

E non appena varcai la soglia mi afferrò per la cintura e cominciò a baciarmi come soleva fare nei giorni antecedenti l'agitazione causata dalla falsificazione degli assegni. Era entusiasta per aver risolto così rapidamente il problema. Sembrava che con la detenzione di Mercedes il direttore generale si fosse tranquillizzato e in ufficio non si sentiva già più parlare di ritorsioni o licenziamenti.

—Ruth... Ruth, quanto sei bella...— sprecando tutto il suo ingegno in tale frase—. Dobbiamo incontrarci nel mio appartamento, così non posso andare avanti...

Quando potei liberarmi abilmente da lui, gli risposi.

—Adesso non sarebbe molto opportuno...

—Perché no? Nessuno lo verrà a sapere... Domani pomeriggio, quando esci da qui recati a questo indirizzo...— e mi diede un foglietto di carta scritto di suo pugno che aveva già preparato—. Prendi un taxi, poi ti restituirò i soldi. Ti aspetto alle sei e mezza...

E si staccò bruscamente, andò alla scrivania e mi fece segno di uscire.

Mi sentivo nauseata quando tornai al mio posto. Pereda non mi aveva lasciato nessuna possibilità di rifiutare e neppure si era chiesto se sarei potuta andare a quell'appuntamento o se le mie figlie avrebbero avuto bisogno di me. Ma sarebbe stata una pazzia tenergli testa. Non solo era in gioco il mio posto di lavoro, ma in quel momento necessitavo anche della sua protezione per allontanare da me qualsiasi sospetto all'interno dell'azienda.

Il pomeriggio seguente, dopo essermi sistemata meglio del solito ed aver affidato le bambine a mia sorella, presi un taxi che mi lasciò davanti ad un edificio di via Aribau, di fianco alla Circonvallazione General Mitre. Il posto aveva tutta l'aria di essere destinato all'affitto di uffici ed a scopi simili a quelli cui il signor Pereda, che mi stava già aspettando, destinava il suo. Signor Pereda che, quando bussai alla porta, mi accolse nello stesso modo in cui lo faceva nel suo ufficio, ma questa volta per molto più tempo, ripetendo la solita litania.

—Ruth... Ruth, quanto sei bella...

Il fatto è che io non sapevo quando sarebbe finita questa lagna e

l'attività erotica che l'accompagnava, che, così ripetuta, stava diventando piuttosto monotona. Dovetti fare io il gesto di togliermi la giacca in modo che Eusebio mi lasciasse e sorrisse maliziosamente. Anche lui tolse la sua e si sbottonò la camicia. Dato che non continuava, mi fermai e gli chiesi sorpresa.

—Non ti spogli?

—No, non serve... E neanche tu, Ruth... Vieni qui...

Si appoggiò alla parete e mi tirò verso di sé. Si slacciò i pantaloni e ne fece uscire il pene eretto. Spingendomi con la mano mi obbligò ad inginocchiarmi e per capire quali fossero le sue intenzioni non fu necessario che mi dicesse:

—Leccamelo, su... adesso...

Si trattò di un affare da poco perché non durò molto. In poco più di un minuto potei staccarmi mentre lui si contorceva attaccato alla parete e si asciugava il trafelato membro con un fazzoletto che tirò fuori dalla tasca. Corsi al bagno e sputai più volte nel lavandino. Mi lavai

incessantemente la bocca, ma quando uscii mi sembrò che fosse ancora piena di liquido seminale.

Eusebio si stava sistemando la cravatta davanti allo specchio della camera e sembrava immensamente soddisfatto. Si avvicinò a me, mi abbracciò di nuovo. Prima che iniziasse con la solita solfa lo staccai energicamente e gli chiesi, spinto dalla curiosità provocata dal suo comportamento.

—Perché non hai voluto venire a letto con me?

Si schiarì la voce e sembrò turbato mentre rispondeva.

—Si tratta di una promessa, Ruth...

Il mio sguardo incuriosito lo obbligò a continuare.

—Mia moglie è stata molto malata ed io promisi alla Vergine dei Rimedi che se l'avesse salvata non sarei più andato a letto con altre donne.

Quando potei parlare con un tono normale, controllando l'ilarità che mi aveva assalito, mi azzardai a chiedergli:

—E tu credi di mantenere la promessa in questo modo?

Arrossì visibilmente e scosse la testa con fare triste, come a darmi ragione. In tono afflitto ammise.

—Oh, già lo so, già lo so!... Ma quando mi confesso il prete riconosce che mi reprimo già abbastanza e spero che la Vergine ne tenga conto... Niente mi piacerebbe più di venire a letto con te, cara Ruth! Bella come sei!...

Temendo che ricominciando con quella storia si eccitasse di nuovo e volesse riprendere da dove avevamo interrotto, mi affrettai a mettere la giacca, gli consigliai di non

accompagnarmi per prudenza in modo da evitare che ci vedesse qualcuno e mi diressi velocemente all'ascensore.

Una volta arrivata in strada, mi resi conto che non mi aveva dato i soldi del taxi.

CAPITOLO X

—Le Nazioni Unite hanno proclamato questo come Anno Internazionale della Donna. I dirigenti del regime non hanno altra scelta che permettere riunioni ed assemblee alle donne, perché se la Spagna fa parte delle Nazioni Unite, deve poter celebrare ricorrenze di questo tipo. Il PSUC ed il PCE si sono già mobilitati. Stanno riorganizzando il Movimento Democratico della Donna, che stava scomparendo sin dalla fine degli anni sessanta, ma possono radunare molte donne, soprattutto tutte le militanti, ed hanno risorse da vendere. Anche il PTE si è attivato e pensa di creare un gruppo simile. Bandera Roja e l'MC sono più distratti. Per noi non si tratta di una priorità, ovviamente, sappiamo che tutte queste cerimonie servono unicamente ad appoggiare il capitalismo e che le rivendicazioni femministe vengono sostenute dalle signore della borghesia, che vorrebbero vivere nello stesso modo degli uomini appartenenti al loro ceto sociale. Quando si farà la rivoluzione, qualsiasi essere umano sarà uguale, senza distinzione di classe, sesso o razza. Ma le riunioni e le assemblee che saranno organizzate richiameranno molte donne e noi saremo lì dove si riuniranno le masse per diffondere quello che pensiamo, per ispirare le più sensibili, in modo che la nostra voce e la nostra ideologia si facciano notare. Questo è un lavoro per voi... —Daniel guardò me, Inma e Bea , ripassando ancora una volta i nostri volti.

Io mantenni un'espressione di assoluta indifferenza ed iniziai a fissare lo sguardo sulla parete di fronte, proprio sopra alla sua testa. Non mi interessava quella missione. Mi avevano sempre annoiata le lamentele femminili,

spesso relative a piccole questioni domestiche. Sapevo che avevano ragione, lo sapevo bene data la mia esperienza personale, però non volevo dedicarmi alle vecchie rivendicazioni femministe, ma lavorare piuttosto per cambiare il mondo intero. Come sosteneva Daniel, io non volevo essere come gli uomini borghesi ma darci un taglio con loro e con lo sfruttamento che danneggiava la classe operaia.

Il lavoro del partito con le donne era di livello più modesto. Sapevamo tutte che quelle appena entrate venivano incaricate in modo da fare esperienza. Ed io non ero disposta, dopo due anni di militanza e dopo aver portato brillantemente a termine missioni folli e rischiose, ad essere mandata a riunioni in cui si parlava solo di bambini e di maltrattamenti da parte dei mariti.

Anche le mie compagne mi diedero l'impressione di non essere particolarmente attratte dall'incarico, ma Daniel inarcò le sopracciglia in un gesto di impazienza e ci disse:

—Bisogna decidersi...

Bea annuì in nome dell'obbedienza al partito ed addirittura Inma rispose.

—Bene, dimmi quello che devo fare...

—Ottimo, alla fine della riunione noi tre ci vediamo e decidiamo il da farsi.

Non mi fece pressione per fare in modo che mi unissi a loro ed una tale cortesia mi diede sollievo. Ma nell'aria serpeggiava l'idea che avesse fatto un'eccezione con me e questo infastidiva molti.

Dato che mi sentivo un po' in colpa per aver trascurato i doveri verso il partito, decisi di parlare della questione con le vicine di casa e le colleghe, per saggiare il terreno e riferire poi Daniel. Tra di loro nessuna leggeva i giornali, il livello di

coscienza sociale e politica era bassissimo, erano completamente disinformate riguardo le questioni più semplici e peggio ancora, plagiate dalla propaganda del regime franchista che veniva regolarmente diffusa attraverso radio e televisione. Per questo forse è stato positivo iniziare a formarle ideologicamente nel partito, attirandole con tematiche che le riguardavano molto più da vicino che quelle che ripetevamo senza sosta o che avevano sempre come protagonista il proletariato.

La collega con la scrivania più vicina alla mia nella sala d'attesa del Signor Pereda, con la quale avevo creato una certa intimità si chiamava Marta Rovellat, una ragazza molto giovane che non arrivava ai diciott'anni. Viveva in casa con i genitori ed il suo stipendio era indispensabile nella famiglia in cui doveva mantenere otto persone, contando i quattro fratelli e la nonna materna. Non si era mai lasciata andare in confidenze con me, ma se ne era uscita più di una volta con commenti che mi facevano pensare che la situazione in casa non fosse felice e che tra il padre e la madre ci fossero gravi tensioni.

Quella mattina le dissi.

—Ho letto nel giornale che le Nazioni Unite hanno dichiarato questo come l'Anno Internazionale della Donna. Vedi, siamo già in aprile e ce lo fanno sapere solo ora... — era un buon modo di accennare alla censura che ci opprimeva.

Marta mi guardò meravigliata e dimostrò un interesse che non mi aspettavo.

—E questo cosa implicherà?

Alzai lievemente le spalle, pensando che neppure io lo sapevo.

—Neanche io ne so molto. Penso si faranno riunioni, si incontreranno le mogli di chi sta al governo... —mi corressi immediatamente quando mi resi conto che con un approccio tanto sbrigativo non avrei attirato l'attenzione di Marta—. E verranno

autorizzati anche incontri per donne in cui possano parlare dei loro... dei nostri problemi...

—Sarebbe fantastico, no? Era ora che ci dessero la possibilità di raccontare come viviamo... che ci ascoltasse qualcuno, non ti sembra?

Mi sorpresi nel vedere quanto Marta sembrasse eccitata dopo quello che le avevo detto. La sua alterazione destò in me curiosità.

—Non ci ascoltano mai, gli uomini parlano sempre di loro, dei problemi delle donne nessuno parla. *Hola* e altre riviste di attualità simili fanno pensare che viviamo tutte in un film di Hollywood. Non so come lo possiamo tollerare...

L'espressione finale era amareggiata e risentita. Dovevo evidentemente indagare più a fondo per conoscere ulteriori dettagli della sua vita privata,

nella quale risiedeva senza dubbio la motivazione del disagio.

—Sicuramente, hai ragione... Io lo so molto bene, nella situazione in cui mi trovo... —lasciai in sospeso la frase senza spiegare come la situazione in cui mi trovavo, di vedova che non dipendeva da nessun uomo, potesse essere tanto particolare. Volevo suscitare in lei la voglia di confidarsi—. Ma tu, che sei single e vivi con la tua famiglia non hai ragioni per...

—Certo che ne ho! Cosa ne sai! Casa mia è un inferno... — si era sfogata senza riflettere e già se ne stava pentendo. Mi sedetti di fianco a lei, adottai l'espressione più comprensiva che potei, le presi la mano e le dissi con il tono più dolce possibile

—Mi dispiace, Marta. Non avevo idea... Se vuoi sfogarti.

Scosse la testa più volte, mentre gli occhi le brillavano. L'emozione l'angosciava quando rispose:

—No, non voglio infastidirti... È che certe volte è insopportabile...

Dovevo mantenere il clima di confidenza che si era creato, senza interromperla. Le strinsi ancora la mano e con lo sguardo la incoraggiai a continuare .

—Mio padre... mio padre ci terrorizza... Grida sempre, non gli va mai bene nulla, rompe cose in casa... E picchia mia madre... —quest'ultima frase quasi la sussurrò. Stava per piangere. Aspettai, ero tesa, la mia espressione seria, dopo questa confidenza mi sentivo anch'io mortificata.

—E a noi... soprattutto ai maschi... Mio fratello Javier è distrutto. È il figlio maggiore, io sono la più grande di tutti come già ti avevo detto, ma Javier è nato dopo di me e a quindici anni ha già problemi. È stato in trattamento psichiatrico perché mio padre lo picchia da quando era piccolo, proprio come gli altri, ma per proteggerli Javier le ha prese tutte... E mia madre... La ucciderà un giorno o l'altro...

La guardai sconvolta e incredula. Mi sembrava impossibile che quella sordida storia familiare, così simile ad un romanzo di Dickens ambientato nell'Inghilterra vittoriana si stesse svolgendo nella Barcellona del settantacinque.

—Però Marta, come fate a sopportarlo? Perché non ve ne andate tutti in un altro posto con vostra madre?

Marta mi fissò qualche secondo, con un'espressione che era una via di mezzo tra l'indignato ed il disperato.

—In un altro posto? E dove? Dove possiamo andare noi sette, una di settant'anni e quattro bambini dai quindici ai sette anni? Di cosa vivremmo?

—Tu lavori... — ma subito dopo averlo detto me ne pentii, vedendo il viso infuriato di Marta.

—Io sono l'unica! Sai di quant'è il mio stipendio? Diciottomila pesetas al mese! Credi che potremmo viverci tutti? In che casa? Pensi sia facile trovare un appartamento a Barcellona, senza soldi?

Mi sentivo angosciata di fronte ad una realtà che non avevo immaginato. Potevo capire che le donne sposate con un uomo egoista come il mio passassero gli stessi problemi che avevo passato io, però sempre con la possibilità di fuggire da una situazione simile anche a costo di perderci a livello economico, ma il racconto di Marta mi presentava una situazione di carcerazione, di tortura quotidiana, senza possibilità di soluzione. Peggio di quella dei nostri detenuti che si organizzavano collettivamente per opporsi alla direzione, che potevano contare sui comitati d'aiuto che avevano organizzato i familiari ed i partiti politici, che pubblicavano bollettini per denunciare le condizioni della prigionia e li facevano avere ai mass media, alle associazioni civili, addirittura alle parrocchie, alle organizzazioni internazionali per i diritti umani ed a tutta la stampa straniera che periodicamente ne riportava le lamentele; inclusa la tanto utilizzata televisione olandese. Ma Marta e la sua famiglia erano detenuti del quale nessuno si occupava. Erano inermi di fronte al potere incontrastabile

del pater familias, che disponeva della loro vita e dei loro destini senza remore, senza possibilità di liberarsi. I loro problemi non erano considerati di interesse pubblico in quanto ridotti all'ambito privato, in cui nessuno poteva intervenire. In seno al quel presunto focolare felice in cui si vivevano drammi quotidiani, alienanti, torture per le vittime, che potevano concludersi in una tragedia che nessuno avrebbe potuto evitare.

—Abbiamo già parlato con qualche avvocato, ma nessuno ci dà

soluzioni. Dovremmo pagare un sacco di soldi per far presentare a mia madre la richiesta di separazione e senza la certezza che poi gliela concedano... —abbassò la voce e con grande paura per il pericolo che stava per delineare, disse—: E se mia madre proverà a separarsi, mio padre la ucciderà.

Restammo un momento in silenzio. Avevo avuto l'impulso di risponderle che non era possibile, che era troppo spaventata, ma sentii un avvertimento da parte della mia coscienza e mi trattenni. Con che autorità potevo predire quello che sarebbe successo a questa famiglia che non avevo neppure mai visto, mentre la figlia terrorizzata di quel mostro piangeva di fianco a me?

La abbracciai forte e Marta sfogò la sua pena in un pianto compulsivo che con gemiti incontrollabili la muoveva. Mi fece tanta pena che anch'io piansi un po'. Si calmò poco a poco, io mi staccai da lei e le offrii il mio fazzoletto. Non sapevo cosa dire, ma non potevo lasciarla in quello stato, senza cercare aiuto per risolvere una situazione tanto triste.

—Marta, non potete rassegnarvi a sopportare una vita così senza fare niente... Conosco degli avvocati, mi consulterò con uno di loro e andremo a parlarci.

Mentre si soffiava rumorosamente il naso, mosse la testa in un gesto di scetticismo.

—Costano molto, non abbiamo più un centesimo. Abbiamo speso tutto quello che mia madre aveva risparmiato a costo di non comprarsi nemmeno un paio di calze, dato che mio padre le controlla fino all'ultimo centesimo e non le dà niente più che per il cibo quotidiano, sempre che basti... A me prende lo stipendio non appena entro in casa, ogni fine del mese...

—Questa volta non lo prenderà... —le assicurai e la sua espressione di sorpresa e speranza mi incoraggiò.

Jordi Puig Munné, l'avvocato di Rafael, mi ricevette quello stesso pomeriggio, dopo essere uscita dall'ufficio. Mi salutò cordialmente come sempre e ripeté la solita informazione, che consisteva semplicemente in un'assenza di nuove notizie, cosa che già mi aveva detto varie volte.

—Non posso parlare con Rafael. La direzione del carcere risponde alle mie istanze dicendo che si trova in isolamento. Volevo andare a trovarlo,

ma temo che sarà un viaggio a vuoto. Abbiamo mandato una lunga relazione sulla situazione dei detenuti ad Amnesty International, al Tribunale per i Diritti Umani di Strasburgo, al Mercato Comune con sede a Bruxelles, al Comitato per i Diritti Umani dell'ONU... e...—cercava tra i fogli sulla scrivania la cartellina con le copie delle petizioni...— non so, insomma, a chiunque, lo sai...

Lo sapevo. Avevamo passato molti anni ad inviare le stesse relazioni a tutte le organizzazioni internazionali, senza ottenere risultati migliori della pubblicazione di alcune citazioni ed articoli sui giornali europei. La maggior parte degli organismi dedicati alla salvaguardia dei diritti umani neppure ci rispondeva, mentre i relativi funzionari percepivano stipendi da capogiro e viaggiavano in tutto il mondo, coinvolti in missioni segrete delle quali non abbiamo mai saputo le conseguenze, alloggiavano in hotel lussuosi e mangiavano nei migliori ristoranti con i nostri soldi. I soldi degli ingenui e rassegnati cittadini del mondo, inclusi noi spagnoli che vivevamo sotto il regime franchista, senza ricevere l'appoggio o l'aiuto di coloro che ci avrebbero dovuto proteggere. Eccetto Amnesty International, la maggior parte erano organizzazioni di pura facciata con lo scopo di fingere un ordine internazionale che favoriva solo i governi e le potenze occidentali. Franco ne aveva ricevuto l'appoggio e la protezione per quarant'anni e niente sarebbe cambiato mentre era ancora in vita. Era evidente che sarebbe morto nel suo letto. La speranza che la situazione cambiasse entro poco tempo risiedeva nella possibilità che la morte avvenisse in breve, dato lo stato di salute del tiranno, prudentemente riportato da alcuni periodici.

—Come vedi è stato fatto tutto il possibile... —Jordi mi guardava aspettandosi un commento, era sorpreso davanti al mio silenzio.

—Certo Jordi, lo so. Sto cercando di avere notizie dal carcere tramite altri canali... ti farò sapere...

Jordi non mi chiese nulla. Sapevamo tutti fin troppo bene che era meglio non venire a conoscenza di molto.

—Anche l'idea dei notai è stata ottima. Ne abbiamo trovati due disposti ad andare al comando per vedere i detenuti. Uno di loro mi ha accompagnato questa mattina. Abbiamo colto di sorpresa i poliziotti.

Innanzitutto non si aspettavano che il notaio pretendesse di arrivare fino alle celle per vedere i prigionieri. Ma capendo che eravamo irremovibili e non ce ne saremmo andati, ci fecero andare nel corridoio e chiamarono il superiore per avere istruzioni sul da farsi. Nel giro di pochi minuti arrivò lo stesso Creix che doveva aver chiesto ad altri, forse al governatore o al settore legale della polizia; storcendo il naso e con modi bruschi mi ordinò di aspettare in una di quelle ripugnanti stanze che si trovano di fronte alla scalinata d'ingresso e portarono il notaio alle celle. In realtà entrambi stavamo tremando... che situazione! No?... — Rise un po' ricordandosi la scena. Lui ed il notaio senza respirare per la paura ed i poliziotti verdi per la rabbia a

causa di due intrusi, senza dubbio comunisti, che erano riusciti ad entrare nella loro tana, niente meno che la Direzione Superiore della Polizia, che fino a quel momento era stata il covo della repressione più impenetrabile.

—Creix venne da noi e rimase esterrefatto nel vederci lì, tanto seri e convinti del nostro diritto di esigere una visita ai detenuti. In realtà eravamo in grado di sostenerlo, ma io avevo la tachicardia ed il notaio mi confessò poi che gli si era seccata la bocca e che riuscì appena a parlare con i reclusi. Ma attenzione, dobbiamo avvertirli prima della detenzione... —si mise nuovamente a ridere e scosse la testa in segno di rammarico—. Che orrore, che Paese! Diamo già per scontato che li incarcereranno di nuovo... Perché quei poveretti, che sono tutti operai, quando si videro davanti un signore ben vestito, con l'orologio e la penna d'oro, che chiedeva loro le generalità legali, in modo da ottenere alcune procure per il processo, credettero si trattasse di un infiltrato della polizia che voleva carpire loro informazioni e rifiutarono completamente di dire una parola.

Entrambi ci mettemmo a ridere. Io ridevo senza riuscire a controllarmi. Mi contorcevo sulla sedia e gli occhi mi diventarono lucidi immaginando la scena del povero notaio che tanto generosamente aveva accettato di recarsi in quelle orribili celle medievali, dominando la paura, per incontrarsi con dei testardi e diffidenti operai che si rifiutavano di dirgli come si chiamavano.

Una volta sfogata la tensione ci tranquillizzammo.

—Ma è stato utile Ruth. Così il notaio ha visto in che stato si trovano, con ferite sul viso, i vestiti rotti, ha riportato tutto

nel verbale, anche il fatto che si siano rifiutati di parlare... —ricominciammo a ridere—. Però questo verbale non servirà per presentare una denuncia nei confronti della polizia. E allo stesso tempo a cominciare da ora non si azzarderanno a picchiarli ancora. Sanno che in un momento qualsiasi può arrivare un notaio a verificare come stanno...

Era un grande sollievo che mi aiutò a sentirmi meglio.

—Sono qui anche per parlarti di un'altra questione... Si tratta di una collega di lavoro...

Gli raccontai la storia di Marta, alla quale aggiunsi delle osservazioni personali che mi sembravano opportune. Ma mano a mano che parlavo, potevo notare che Jordi si disinteressava al caso. Quando ancora dovevo finire la mia esposizione stava già guardando altri documenti che teneva sulla scrivania e prendendo appunti riguardo altre cose. Conclusi rapidamente e rimasi a guardarlo in attesa. Ci mise qualche secondo a lasciare quello che stava facendo ed alzare lo sguardo.

—Sì, bene... —sussurrò—, è sempre la solita storia. Vengono presentati molti casi di questo tipo a noi avvocati e molti sono stati depositati presso il Tribunale Ecclesiastico... —e non aggiunse altro, dando per concluso l'argomento con un commento tanto insulso.

—Bene, ma ci sarà pur qualcosa che si può fare, no? Il fatto che ci siano tanti casi non significa che si possano trascurare.

—No, chiaro... —vacillò—. Bene. Se ti interessa tanto, dille che venga qui con sua madre.

—Le farai pagare la consulenza?

Jordi sorrise di fronte alla mia ingenuità.

—È ovvio, cara, altrimenti di cosa vivremmo noi avvocati?

—Ma a Rafael non fai pagare nulla.

—Si tratta di una questione politica, Ruth, non è lo stesso. Le separazioni sono come qualsiasi altro caso giuridico.

Era chiaro, ma a me sembrava che ci fosse una profonda ingiustizia in quella diversa ripartizione di aiuti e solidarietà dei legali tra i prigionieri politici e le donne che non avevano risorse. In fin dei conti Jordi non era un membro del nostro partito, se lavorava gratis per difendere i detenuti politici lo faceva spinto

dalle convinzioni democratiche e antifasciste, come molti altri nelle città della Spagna. Ma per difendere le donne servono gruppi di avvocati o meglio ancora un'istituzione statale o comunale che le protegga. Loro come tutti coloro che ne hanno bisogno. Era chiaro che finché non fosse stato cambiato quel sistema ingiusto in cui solo chi aveva soldi poteva permettersi aiuto e servizi, le disgrazie dei poveri non avrebbero trovato soluzione.

—Che chieda un avvocato d'ufficio... diglielo. Noi non possiamo sponsorizzare le questioni matrimoniali, altrimenti finiremmo sul lastrico in pochi mesi. Verrebbero qui centinaia di donne e non potremmo svolgere il resto del nostro lavoro...

—Centinaia? Ci sono così tanti casi?

Mi sentivo una completa ignorante in quel campo, nonostante la separazione da Arturo fosse stata tanto sgradevole non assunse mai le macabre caratteristiche della situazione di Marta e della sua famiglia. Certo, ero stata

obbligata a rinunciare a tutto, lo ricordavo amaramente; la mia casa, la mia macchina, la maggior parte dei mobili ed i libri. Ma non alle mie figlie, e questa allegra affermazione mi consolò

—Oh sì, ce ne sono molti! Evidentemente le donne non hanno risorse economiche per essere autonome ed in casi come questo... —non sembrava emozionato dall'argomento, sembrava piuttosto che volesse cambiare discorso—. Ma non ti preoccupare tanto Ruth, vedrai che finiranno per sistemare tutto tra di loro. La maggior parte delle donne torna con il marito... Se sapessi in quanti casi, dopo aver tentato di separarli per abbastanza tempo, vengono a trovarmi poi assieme e dicono che si sono riconciliati... Sono affari privati che ogni famiglia deve risolvere. Non ti intromettere, altrimenti sarai tu a farne le spese con loro... Questa collega si pentirà per averti raccontato la storia e non vorrà più parlarti...

Quando uscii dall'ufficio di Puig provavo un malessere indefinibile che mi opprimeva lo sterno e mi riempiva la bocca di un sapore amaro.

Marta mi aspettava la mattina seguente e si poteva vedere l'ansia sul suo volto.

—Sei andata dall'avvocato? Cosa ti ha detto? — mi assaltò con domande non appena varcai la soglia.

Tentai di assumere un'espressione di incoraggiamento, che neppure io sentivo.

—Dice che ci riceverà quando vuoi...

—Mi farà pagare la consulenza?

Non avevo altra alternativa che assentire e prima che potessi aggiungere altro, Marta scoppiò spinta dall'amarezza.

—Te l'avevo detto, te l'avevo detto... Non abbiamo più soldi, è impossibile... Mia nonna sta male... mio padre non vuole pagare un medico privato e la previdenza sociale non ci aiuta... Moriremo tutti senza che qualcuno ci dia una mano... —e senza aspettare la mia risposta corse piangendo verso il bagno.

Nel pomeriggio non tornai a casa, con la sensazione di aver fallito molto più che in qualsiasi altro compito per il partito.

CAPITOLO XI

—Franco è molto malato...

Il grave annuncio ci colpì come una rivelazione inaspettata e all'inizio incomprensibile. Daniel ripeté:

—Franco è molto malato. Questa volta veramente...

Il dittatore aveva già sofferto in varie occasioni a causa di diverse malattie di natura circolatoria penso, dalle quali era uscito piuttosto in forma, data la sua età; la maggior parte degli spagnoli nutriva qualche dubbio riguardo la vulnerabilità del tiranno, che aveva ispirato molte barzellette in cui gli venivano attribuiti poteri sovranaturali grazie ai quali avrebbe raggiunto l'immortalità.

—Questa volta ci siamo —specificò—. Sembra che da maggio stia veramente male, ma adesso è peggiorato ancora... Sicuramente non ne uscirà vivo stavolta... Dobbiamo prepararci per il giorno della sua morte...

La sua morte. La morte di Franco ci era sempre apparsa come un'eventualità se non impossibile, sicuramente lontanissima ed era ora imminente. Avremo dovuto affrontarla con l'inesperienza che si ha di fronte a qualcosa che non è mai stato neanche concepito e con la leggerezza tipica dei principianti. Mi ricordai di qualcosa che mi aveva raccontato Beatriz riguardo ad amici comunisti che l'anno prima, quando era scoppiata la Rivoluzione dei garofani, erano andati in Portogallo, entusiasti da ciò che sarebbe potuto accadere. Una volta lì si riunirono con molti capi della sinistra, con socialisti, con comunisti che, quando chiedevano loro cosa si sarebbe dovuto fare da quel momento in poi, rispondevano come immersi nella più assoluta confusione:

“Oh, ancora non lo sappiamo! È stato tutto così improvviso, così inaspettato! Non abbiamo ancora avuto tempo per riunirci, per valutare il da farsi, per prendere una decisione!

Gli amici di Beatriz commentavano tanto sorpresi quanto irritati:

—Ma come possono dire di non aver saputo che sarebbe successo? Che ancora non hanno preso una decisione? Nessuno nel partito si è mai posto il problema della fine della dittatura? Pensavano che sarebbe stata eterna, come raccontavano le barzellette? Perché un conto è che non sapessero della ribellione dell'Esercito, cosa che comunque sarebbe riprovevole per il loro servizio di informazione, ma indipendentemente dalla causa della caduta di Marcelo Gaetano, avrebbero dovuto contemplare nei loro programmi il da farsi nel momento di un cambiamento tanto importante per il regime...

Noi in particolar modo, pensai, perché nonostante le battute sulla longevità della tartaruga che ci faceva da Capo di Stato, la morte della sua persona sarebbe necessariamente avvenuta e si avvicinava ogni giorno di più. Il nostro partito o meglio, i capi invisibili, straordinari ed intoccabili del partito dai quali assorbivamo le linee guida per la retta via oltre alle istruzioni riguardo ogni azione, cos'avevano pensato di fare una volta giunto questo momento?

—Il direttivo ha già preparato un documento con l'analisi prevista ed ha ordinato l'azione immediata... —rispondeva Daniel alle mie domande non ancora formulate.

—Ed ha dichiarato la guerra popolare rivoluzionaria... — aggiunse con l'arroganza che tale dichiarazione meritava.

Restammo tutti in silenzio a contemplarlo come se non avesse detto nulla o aspettando piuttosto che dicesse molto di più, perché in realtà già quello che aveva appena annunciato era troppo. Ma anche Daniel se ne restava zitto, guardandoci con

un'espressione trionfante che indicava chiaramente quanto godesse del nostro stupore.

Fu Santiago il primo ad azzardarsi a fare una domanda.

-E questo cosa significa?

Daniel si girò a guardarlo e tardò qualche secondo a rispondergli, in modo da dare più enfasi a ciò che doveva dire ed evidenziare allo stesso tempo l'ignoranza di

Santiago, che era la stessa di tutti noi.

—Vuol dire che è arrivato il momento di lanciarsi nella lotta armata...

Ed allora fui io quella che, senza aspettare ulteriormente e quasi gridando dissi:

—Cosa stai dicendo?

Daniel si girò verso di me con calma, sorrise con condiscendenza e ripeté accentuando ogni parola.

—Il partito ha indetto la guerra popolare rivoluzionaria, il che significa che è giunto il momento della lotta armata contro la dittatura.

Mi sentii sprofondare in una voragine di pensieri contrastanti, di idee che apparivano e scomparivano senza che potessi controllarle, che si ammassavano tutte nella mia bocca per mescolarsi e convertirsi in un farfugliare confuso.

—No, no, non è possibile! Non è possibile! Non è il momento giusto... non siamo preparati... non ci sono le condizioni adatte...

—Perché, compagna Natalia? —mi chiese con calma Daniel mentre con un gesto della mano zittiva le obiezioni di Santiago e Inma, che volevano parlare.

—Perché non ci sarebbero le condizioni adatte? Si sta verificando esattamente ciò che aveva previsto il partito già qualche anno fa, per questo ha preso tale decisione... La caduta del dittatore, la conseguente caduta del regime, la disintegrazione degli organismi e delle istituzioni che erano state create per difenderlo, il timore dei settori oligarchici che vedono scomparire il loro stesso protettore, l'eccitazione della classe operaia di fronte alla situazione... Ed il ruolo del partito, che deve stare in testa alla folla. Noi abbiamo l'obbligo di metterci in testa alla rivolta. Ricordiamo, compagni, il ruolo che hanno giocato i bolscevichi nel dirigere le masse che si erano sollevate dopo la rivoluzione di febbraio...

—Ma qui non ci sono masse che si siano sollevate! — fu quello che riuscì penosamente ad articolare in mezzo al discorso di Daniel che, mano a mano che parlava, si infervorava sempre più.

—Voi, compagni, voi che siete il nucleo del partito e ciò che lo mantiene forte, dovete conservare il vostro spirito rivoluzionario nei momenti critici della lotta. Abbiamo aspettato questo momento

per molti anni. Tutto il lavoro che abbiamo fatto per diffondere la nostra ideologia ed il nostro programma tra le masse ora inizierà a dare i suoi frutti. È in questo momento che si stabilirà in maniera chiara quale partito è rivoluzionario e quale no, quale scende a patti con la borghesia, come quel partito comunista che sta organizzando un'alleanza con le forze della destra per creare

una presunta giunta democratica, alla ricerca di un posto al sole vicino ai potenti, raccogliendo le briciole che cadono dal loro tavolo e quelli che come noi sono sempre rimasti al fianco del popolo, noi che abbiamo affrontato qualsiasi tipo di pericolo per difendere gli interessi della classe proletaria...

Lo lasciai continuare qualche altro minuto snocciolare il solito discorso del partito, mentre cercavo di mettere ordine nella mia mente tra le argomentazioni che volevo esporre. Sempre che mi permettesse di farlo... Ed infine Daniel fece una pausa.

—Ma niente di tutto questo implica che si debba arrivare alla lotta armata...

—Fa parte della nostra filosofia compagna Natalia, non te lo ricordi? Sei entrata di tua volontà nel partito, proprio perché non eri d'accordo nel dare concessioni alla borghesia come invece vuole fare il PCE —rimarcò Daniel.

Il suo tono sarcastico mi ferì, ma non potevo distrarmi facendo l'offesa. Mi sentivo così confusa, così vulnerabile. Sicuramente avevo deciso di interrompere la mia precedente militanza nel PSUC dato che lo consideravo un traditore degli interessi della classe operaia. Tanto da aver accettato di buon grado la tesi di questo partito riguardo un'inevitabile lotta armata nell'ultimo assalto al potere. Ma ora non sapevo come spiegare che in realtà avevo considerato quelle come idee più retoriche che fattibili, impossibili da attuare in Spagna, almeno non immediatamente. Almeno, chiaro, non in quel momento.

Alla fine degli anni sessanta, quando a diciott'anni chiesi di poter entrare nel Partido Socialista Unificado de Catalunya mi vedevo sì difendere una barricata urbana o una trincea al fronte, mentre fantasticavo nel riprodurre gli eroici avvenimenti

delle rivoluzioni parigine del diciannovesimo secolo o quelli della Rivoluzione russa d'Ottobre.

Ma era troppo tardi, mi ripetevo, era troppo tardi! Quando rientrai? Quando Daniel venne a cercarmi, dopo la separazione da Arturo, per inserirmi nel nuovo partito che si era formato dalla scissione del vecchio PCE, proprio perché coloro che si erano dissociati accusavano i capi di aver tradito gli interessi della classe operaia... Ma dopo, più tardi, sempre tardi dato che il tempo passava e la situazione sociale ed economica della Spagna sembrava allontanare ogni giorno di più l'eventualità di insurrezioni armate, mi chiesi come si potessero articolare le pompose dichiarazioni rivoluzionarie riguardo all'ideologia ed al programma con gli obiettivi del partito nella realtà. E adesso! Cosa credevo che sarebbe successo? Avevo sempre saputo che il partito difendeva la lotta armata e lo accettai, ma perché ora mi sentivo così scandalizzata e così preoccupata? Era la paura che mi opprimeva lo sterno e mi seccava la bocca?

Mi chiedevo, in tutta onestà, se fosse paura quel rifiuto, quello scandalo che mi aveva provocato la dichiarazione di Daniel? Sì, era chiaro che si trattava di paura. Paura per il pericolo, per la mia responsabilità in quella scelta suicida. Paura per la mia vita, ma anche per il disastro al quale andavamo incontro con una terrificante incoscienza infantile. Si trattava di panico più che di paura nell'intuire che il partito si stava lanciando verso una catastrofe che lo avrebbe portato alla distruzione con una totale irresponsabilità. Avevo paura per il futuro e per la sopravvivenza del partito, per i miei compagni che avrebbero dovuto affrontare la detenzione e persino la morte, se non peggio. Sì, era chiaro, avevo paura, molta paura, ma non era forse questa la reazione più sensata, invece della sicurezza esaltata che dimostrava Daniel?

Quando tornai dai miei pensieri alla preoccupante realtà di quella notte e notai la confusione che era scaturita dal fatto che tutti i compagni volevano dire la loro, interrompendosi, cercando di sovrastarsi l'uno con l'altro durante gli interventi, mentre Daniel li contemplava in silenzio, fumando tranquillo con un sorriso di superiorità che non abbandonava, la scena mi sembrò una parodia di una commedia all'italiana degli anni sessanta. Eravamo in sei lì, sei persone adulte, alcune delle quali con ben più di trent'anni, come

José Antonio per esempio, che si pensava fossero mature e nel pieno uso delle proprie facoltà mentali, impegnate politicamente e coinvolte nella fragile attività di un partito minuscolo ed aggressivo, che non aveva alcuna possibilità di sopravvivere, mentre discutevano animatamente di un futuro improbabile che la nostra stessa cecità poteva trasformare in catastrofe.

Io non ero in grado di articolare in maniera tanto chiara queste idee. Si trattava più di un'intuizione, di una pressione a livello del plesso solare, un'angoscia che potevo percepire nella gola e nello stomaco e che non sapevo tradurre in parole. Tornai ad ascoltare Daniel che ripeteva:

—Vi ho già detto che il partito ha dichiarato la guerra popolare rivoluzionaria contro lo Stato fascista e capitalista ed è nostro preciso dovere stare in prima linea nella lotta, per guidare le masse verso l'obiettivo previsto... la presa di potere del proletariato...

—L'importante non è dichiarare guerra, ma vincerla... —mi sentii dire quasi senza averlo pensato.

Daniel si girò verso di me con uno sguardo torvo che non aveva più niente a che fare con l'indifferenza e la condiscendenza con cui ci aveva trattato fino a quell'istante.

—Questo è disfattismo compagna, lo sai bene. Se vai diffondendo idee di sconfitta come questa, demoralizzi i compagni...

—I compagni sono già sufficientemente demoralizzati senza bisogno che Natalia dica cose assolutamente sensate, compagno Daniel —gli gridò Santiago e di nuovo si creò una baraonda.

Per via del suo carattere moderato e conciliante, Beatriz cercava di calmare gli animi chiedendo a tutti di parlare a turno e di ascoltare Daniel con il rispetto e la disciplina dovuti al responsabile della cellula. La cosa più sorprendente fu per me vedere un'infervorata Inma che si mostrava assolutamente d'accordo con Daniel e che gridando affermava che chiunque avesse paura se ne sarebbe dovuto andare, perché lei aveva aspettato quel momento per tutta la vita ed era felice che fosse finalmente giunto. José Antonio sembrava avere dubbi ed essere infastidito, sebbene potessi appena capire quello che diceva in un tale pandemonio di grida, parole e gesti.

Me ne andai dal locale prima di tutti, senza che Daniel potesse fermarmi, indebolito com'era per la discussione che era scaturita tra

i compagni, ma disgustato allo stesso tempo a causa della mia disapprovazione nei confronti della decisione più importante che il partito avesse mai preso.

Quando arrivai a casa ero nauseata. Non sapevo se fosse a causa dell'angosciante notizia che ci aveva dato Daniel, a causa della discussione, a causa dei miei stessi dubbi o per tutto insieme. E mi dissi che l'unica cosa che non avevamo commentato e della quale non ci eravamo neanche rallegrati era stata la vera notizia: la morte annunciata di Franco.

Le bambine dormivano, la casa era silenziosa, non c'erano rumori in strada in un martedì alle dieci di sera. Sedetti al mio tavolo, aprii la macchina da scrivere che mi ero comprata quando ancora studiavo e che mi era costata due anni della misera paga che ogni settimana mio padre mi dava, inserii la carta, scrissi la data e cominciai: "Caro fratello", e già non sapevo più come continuare. Dopo vari minuti passati a guardare la tastiera senza aver aggiunto una parola, mi alzai e presi il telefono. Feci il numero di mia sorella e con sollievo ascoltai la voce di Esther che mi rispondeva.

—Posso passare da te?

Si notava che era turbata quando mi chiese:

—Quando?

—Anche adesso se ti va bene, esco tra qualche minuto.

—E le bambine?

—Le lascio dormire, non mi fermerò molto.

—Cosa succede? —la sua voce ora indicava apprensione.

—No no, volevo solo chiederti una cosa... ma non per telefono...

Esther capì e si tranquillizzò un po'.

—Va bene, vieni, ma non voglio andare a letto tardi, domani devo essere in facoltà presto...

Confortata dalla risposta misi il cappotto ed uscii velocemente da casa. Mia sorella non viveva lontano. Quando decise di andarsene di casa trovò un piccolo appartamento nella calle Tallers, piuttosto vicino alla Rambla, e scelse il quartiere proprio per non stare lontano da me e potermi aiutare con le bambine. Ma non aveva raggiunto senza conseguenze questa indipendenza, dato che mio padre,

nonostante le idee liberali alle quali era stato incorruttibilmente fedele per tutta la vita, non capiva perché una figlia nubile di vent'anni dovesse vivere da sola, separata dai propri genitori. E disgraziatamente, poco dopo il trasferimento di Esther nostro padre morì e mamma rimase sola, lasciando percepire con il proprio atteggiamento di ritenere in parte responsabile la figlia minore per la tristezza del marito, tristezza che lo avrebbe condotto poi alla morte. Ma Esther non avrebbe ceduto tornando alla casa dei genitori, una volta raggiunta la tanto desiderata indipendenza.

—Ho già quasi ventun anni! È ridicolo che continui a vivere con la mamma! Tutte le mie amiche se ne sono andate prima dei venti... Mamma è fantastica, ma sai anche tu quanto controlli cosa fai, cosa mangi, come ti vesti... E anche se non è una motivazione sufficiente, io voglio entrare e uscire come mi pare e piace e, soprattutto, frequentare liberamente amiche e amici. E se dovessi vedermi con qualcuno, come potrei portarlo a casa? Dovendo altrimenti cercare un appartamento arredato o altri luoghi schifosi, oppure dovendo chiedere un favore agli amici che hanno un monocale... Per favore! Cercherò di vederla il più possibile, le darò soldi... ma finché è ancora in salute, può vivere da sola... È ancora piuttosto giovane!

E la solitudine causata dalla brusca scomparsa del suo compagno, con cui aveva condiviso trent'anni, i più importanti di tutta la sua vita? Come si poteva compensare il silenzio, la mancanza, le interminabili ore vuote, la casa come assopita senza la sua voce, la sua presenza, i rumori che faceva, il fumo del tabacco che l'aveva ucciso ed al quale non aveva voluto rinunciare e contro cui neanche mia madre si era opposta, sottomessa sempre com'era alla volontà di mio padre che teneva in gran considerazione, servizievole, gentile, dedita fino alla fine nell'adorazione del marito?

—È che tuo padre era un santo Ruth, un santo. Nessun uomo è mai stato tanto buono, tanto devoto alla famiglia, tanto affettuoso, tanto legato alla moglie e alle figlie. Tanto onesto, integro, tanto coerente con i propri ideali... Oh no Ruth, nessuno potrà mai prendere il suo posto perché nessuno sarà mai come lui...
E mia madre, che in quel cruciale mille novecento settanta cinque aveva solo quarantotto anni, rinunciò a qualsiasi aspirazione

di iniziare una nuova relazione sentimentale, anche quando l'uomo che aveva controllato la sua vita sino ad allora non c'era più.

Non fu strano che i miei genitori finissero con l'innamorarsi in poco tempo e non solo perché erano gli unici maestri ed i due giovani più colti del paese, ma anche perché l'esperienza di emarginazione sotto la Spagna fascista e la fuga dai loro paesi di origine, perseguitati a causa delle loro relazioni familiari, li legò successivamente.

Il padre di Micaela Hermoso era un bracciante anarchico di uno di quei piccoli paesi dell'Andalusia dei signorotti, che fu assassinato da falangisti in un canaletto a pochi mesi dall'inizio della guerra, quando la popolazione cedette di fronte all'avanzamento delle truppe franchiste. La madre, con al seguito tre figli di otto, cinque e quattro anni, intraprese l'esodo in direzione di Ciudad Real che ancora non era stata conquistata dai ribelli, fuggendo dalla sanguinosa repressione che si era scatenata nel villaggio. Micaela, che era la più grande, si rese perfettamente conto di ciò che stava accadendo. Aiutò la madre durante il cammino a prendersi cura dei fratelli più piccoli, cercando luoghi

in cui nascondersi tra le piante, andando avanti per prima in modo da accertarsi che non ci fosse nessun pericolo, somministrando acqua ed erbe ai bambini in modo da calmarne i crampi causati dalla fame. Lungo il cammino incontrarono carri carichi di fuggiaschi come loro che permisero ai bambini più piccoli di salire per un tratto, ma nella città si perdettero ed era necessario affrettarsi, dato che le truppe fasciste si stavano avvicinando.

Durante quel terribile viaggio per le terre della Mancia, Micaela imparò chiaramente chi erano i nemici del popolo e non lo dimenticò più. Neanche quando, già arrivata a Madrid, aiutò a raccogliere sampietrini per costruire le barricate in difesa della città, né quando assistette atterrita alla sfilata trionfante dei moros a cavallo, dei falangisti e dei carlisti con il copricapo rosso nella Gran Vía, con il passo da vincitori nella capitale sconfitta, che per essersi opposta con tanto valore, venne ulteriormente umiliata con l'apposizione di un basco rosso sulla statua del Chisciotte in Piazza di Spagna.

Sua madre, Micaela Sánchez, sfamò i tre figli lavando scale,

pavimenti, piatti, cristalli, pareti, lenzuola, tovaglie e camice. E strofinò e lavò tanto che i suoi polmoni non ressero tutto quel respirare candeggina e detersivi ed i vapori delle pentole che scaldava sul fornello a carbone della cucina della pensione, dove in una sporca stanza dormivano tutti e quattro. Quando nel mille novecento quarantacinque il medico legale ne certificò la morte per tubercolosi, commentò:

—Le è andata anche troppo bene per avere un lavabo tanto pieno ed una dispensa tanto vuota.

Micaela del Amo aveva diciott'anni, aveva appena concluso gli studi magistrali che, grazie a tutto lo sfregare e lavare suo e di sua madre, alternato alle ripetizioni che impartiva a coloro che ripetevano il suo stesso corso, era riuscita a terminare. Esattamente come il padre di Anselmo, la madre di Micaela aveva vissuto fino a vedere sua figlia diplomata. Ma il messaggio di Micaela Hermoso Sánchez per la figlia sul letto di morte era stato molto più breve e coinciso di quello del piccolo borghese illuminato.

—Ricordati figlia mia che noi poveri abbiamo sempre la sfortuna di perdere e che i ricchi signorini non ti permettono mai, mai di vivere. E neppure ti dimenticano.

Micaela riuscì a far assumere nonostante avesse solo tredici anni Serafín, suo fratello più piccolo, ma dato che le leggi sul lavoro non erano state scritte per essere rispettate dalle imprese e dato che Francisco, il fratello di mezzo, a quindici anni già lavorava da più di uno in una fabbrica, ebbe il coraggio di presentare richiesta per un posto di supplente che restava libero nel piccolo paese di montagna in cui la maestra era in congedo per maternità, sperando di potersi preparare nel frattempo per qualsiasi concorso si presentasse.

Sentì la terza lacerazione della sua vita al separarsi dai fratelli, dopo la perdita successivamente del padre e della madre, quella mattina di una domenica, nella stazione di quel rachitico treno che percorreva a passo di tartaruga i sessanta chilometri che lo separavano da Madrid e che faceva solo due volte al giorno, uno di andata la mattina ed uno di ritorno nel pomeriggio, come se tutte le necessità che volesse soddisfare fossero quelle degli escursionisti che desideravano

vedere il paesaggio di quella che veniva chiamata montagna povera. Francisco le promise che si sarebbe preso cura di sé stesso e del fratello, con scrupolosità e onestà, Micaela si impegnò a scrivergli continuamente e ad andare a trovarli una volta al mese. Erano diventati adulti per sempre.

Non arrivò mai a presentarsi al concorso, perché quel posto da supplente la cui durata non avrebbe dovuto superare qualche mese, si prolungò quando la titolare della cattedra non poté rientrare ad occuparlo, molto più impegnata a crescere i propri figli che ad educare quelli di altre madri; così trascorsero i due anni che lei e mio padre impiegarono per conoscersi, innamorarsi e comprendersi, fino a decidere di sposarsi. E si verificò l'assurda situazione in cui, essendo mia madre una minore in quell'epoca che sembrava medievale, in cui la maggiore età non si raggiungeva prima dei ventitré anni, nonostante avesse terminato gli studi e potesse lavorare, necessitava di un familiare maggiorenne che ne avesse la tutela e desse il consenso alla celebrazione del matrimonio.

Lo stesso Stato che non si era mai preoccupato di prendersi cura e di mantenere l'orfana, preso in quel periodo di purismo legale le impediva di trovare il riparo e la protezione di cui tanto aveva bisogno tra le braccia di mio padre. Il parroco del paese decise di risolvere il problema per la via più rapida invece di intraprendere un assurdo ed interminabile procedimento di volontaria giurisdizione, in modo che il giudice desse il consenso al matrimonio. Convinto che fosse questo il cammino più appropriato ed onesto per una ragazza e specialmente per Micaela, e conoscendo bene Anselmo per il lavoro che svolgeva in paese, tanto da considerarlo un uomo onesto e a modo, decise di firmare il permesso lui stesso, perciò l'ufficiale dello stato civile non seppe cosa dire, comprendendo che, sottostante com'era alla giurisdizione ecclesiastica riguardo qualsiasi questione familiare, il suo compito fosse quello di obbedire al prete.

E fu così che, uno degli ultimi giorni del giugno del mille novecento quarantasette, quando le lezioni erano già finite, Micaela del Amo e Anselmo Jiménez si sposarono nella chiesa del paese. Lei portava un triste vestito con le maniche lunghe, grigio scuro, con un velo che le arrivava ai gomiti e lui un vestito nero che

si era fatto fare per il posto di maestro. Appaiono così, giovani e seri, prematuramente adulti, nella foto che mia madre mostra con orgoglio sulla credenza della sala da pranzo di casa.

Furono accompagnati da alcuni vicini e dai fratelli di Micaela. E tutti assieme andarono nella taverna del paese per mangiare qualcosa, che costò ad Anselmo quasi tutta la tredicesima del 18 luglio.

Due anni dopo Francisco, il fratello di mia madre, emigrò in Francia, stanco della miseria spagnola ed in seguito lo videro poche volte, fino a quando non si imbarcò per il Venezuela e sua sorella ne perse ogni traccia. Neanche Serafín tardò molto nel seguire un cammino simile andandosene in un altro Paese latinoamericano del quale neanche ricordo il nome. Ed io venni alla luce nel dicembre del mille novecento cinquanta nella casa del maestro di quel freddo villaggio di montagna, con il solo aiuto dell'ostetrica del paese vicino, più grande e quindi meglio preparato per tali eventualità e di due vicine, sempre disposte a farlo.

Fu allora che i miei genitori iniziarono a valutare un possibile trasferimento in un altro paese che offrisse più servizi e possibilità per il futuro della loro primogenita e dei figli che sarebbero potuti arrivare in seguito. Micaela aveva dovuto

lasciare il lavoro essendo ora sposata, come da legge; e lo stipendio di mio padre, che venne aumentato di cinquecento miserabili pesetas di sovvenzione per il matrimonio ed altre cento per la mia nascita, non permisero alla coppia molte leggerezze.

Se non quelle che loro stessi si concedevano grazie alla devozione per i libri e la cultura, le interminabili conversazioni, le passeggiate in campagna ed il prendersi cura dei bambini della scuola, ai quali mio padre si era dedicato con tanto impegno. E nel fare tutto ciò, mia madre l'aveva aiutato molto, lei che pur non percependo uno stipendio organizzava escursioni, insegnava igiene e cucina alle bambine, raccontava favole a tutti e divenne tanto indispensabile che quando se ne andarono, gli studenti ed i loro genitori piangevano quasi di più per la sua perdita che per quella del marito.

Anselmo Jiménez occupò inizialmente un posto a Villanueva de la Serena nella lontana Estremadura e dopo una breve permanenza, partecipò ad un concorso a Barcellona ed esaudì il sogno della sua vita,

giungere nella più avanzata, colta e progressista città della Spagna. Tanto fu l'entusiasmo dei miei genitori per essere riusciti ad ottenere ciò che con tanti sforzi avevano sperato, che all'apice della felicità ebbero il coraggio di mettere in cantiere mia sorella. Nessuno dei due ignorava i metodi contraccettivi, tanto liberale com'era mio padre e tanto prudente e socialista com'era mia madre. Per questo, durante i cinque anni successivi alla mia nascita, vivendo pendenti da concorsi e trasferimenti, si guardarono dal prendersi la responsabilità di avere un altro figlio ma, una volta arrivati a Barcellona, la mecca delle loro aspirazioni, sicuri di godere per sempre di una tranquillità economica, furono felici di generare un'altra bambina e di darmi così una sorella che chiedevo continuamente, stanca di essere sola in una società in cui le famiglie contavano i figli per cinque e

relativi multipli. Ma non di più, come diceva mia madre con fare serio.

—I bambini bisogna prima volerli ed essere sicuri di poter dare loro da mangiare ed un'educazione, senza problemi e con decoro. Mettere al mondo figli senza averci pensato sopra due volte, senza poter garantire loro né un pezzo di pane né un'istruzione, significa comportarsi come gli animali. E peggio ancora quando chi non può dare da mangiare alle proprie creature, le uccide. Io e tuo padre siamo sempre stati molto consapevoli della responsabilità che avevamo nella vostra educazione.

Ed ora io, mentre andavo a casa di Esther, mi chiedevo se tutti gli sforzi dei miei genitori avessero dato il risultato sperato, dato che la loro figlia maggiore non si aveva mai smesso, sin dall'adolescenza, di mettersi nei guai. Il più grave di tutti, quello che mi angosciava in quel preciso momento era quello che poteva portarmi definitivamente alla tragedia.

CAPITOLO XII

—È terribile!

Mia sorella era stanca, lo si poteva vedere dalle occhiaie e dalla trascuratezza generale, ma più di tutto in quel momento si notava lo stato d'allarme causato dal mio racconto. Non sapevamo cosa dire mentre ci guardavamo in silenzio, spaventate dall'agghiacciante futuro che aspettava il partito nel caso in cui avesse messo in pratica le deliranti decisioni prese.

—Credi che lo faranno veramente?

—Temo di sì... Daniel sembrava piuttosto sicuro e non accettava critiche.

—E gli altri?

—C'era un po' di tutto... Inma era la più esaltata, Beatriz come già sai, è obbediente e fedele al direttivo, qualsiasi cosa dica... José Antonio restava in silenzio nonostante fosse d'accordo e l'unico rimasto sbigottito quanto me dal tutto era Santiago.

—Quindi non è stata raggiunta l'unanimità...

Sorrisi di fronte all'ingenuità di mia sorella.

—Questo non significa nulla. Noi non siamo altro che una cellula relativamente grande e sebbene conosca le piccole dimensioni del mio partito, siamo un po' in più e non ho la minima idea di cosa ne pensino gli altri, dato che non posso contattarli perché non li conosco. Neanche che la base del partito sia completamente o per la maggior parte d'accordo con le decisioni prese dai vertici ha molta importanza. Sono tutti così stupidamente convinti della sua infallibilità, sicuri che le decisioni siano corrette, che la sua linea ideologica sia l'unica giusta e che se talvolta non si ottengono i risultati desiderati è per colpa di noi stupidi militanti che stiamo

alla base, siamo noi a non saper eseguire bene le intelligenti disposizioni che ci dà. E ci saranno sempre militanti fanatici e sottomessi che faranno tutto quello che viene loro ordinato. Inoltre dubito che ci organizzino in brigate armate, questo sì sarebbe insensato, perché non abbiamo né l'età né l'allenamento adatti per compiere azioni di questo tipo.

Esther si mordeva un labbro mentre mi ascoltava attentamente, con le ciglia aggrottate.

—Ma tu, perché stai in un partito di esaltati?

Stavo per rispondere con rabbia ad un'accusa così aggressiva, ma restai in silenzio perché in realtà non sapevo come controbattere. Tutti quei ragionamenti che ripetevo sull'imborghesimento del PSUC e sull'imprescindibile ricerca di un mezzo veramente rivoluzionario al servizio degli interessi delle classi operaie, mia sorella li aveva già sentiti decine di volte ed in quel momento capii quanto obsoleto ed inutile sarebbe stato ripeterglieli. La sua domanda aveva eliminato in me qualsiasi necessità di conoscere ciò che mi faceva scattare nel profondo, le motivazioni che avevo. La militanza nei partiti ai quali mi ero affiliata aveva risposto all'impulso di seguire gli insegnamenti di mio padre riguardo la difesa dei più deboli.

Nonostante fosse un liberale, Anselmo Jiménez non era mai stato un comunista e non nutriva molta simpatia nei confronti di tale fazione, che considerava composta di fanatici ed esaltati. No, era stata piuttosto nostra madre, quella dolce donnina bionda e minuta, ad inculcarmi la passione per la difesa della giustizia sociale.

I nostri genitori avevano preso veramente sul serio la responsabilità della nostra educazione. Non ci mancarono mai racconti, consigli e lezioni il cui scopo era renderci donne oneste e responsabili. E rivoluzionarie, aggiungeva mia madre, dato che quello era più un discorso da mio padre, sempre preoccupato com'era dell'aspetto etico.

—Te ne fai poco dell'etica quando non hai da mangiare — diceva con fare convinto mia madre.

—Oh no, non è vero! Si può continuare ad essere persone oneste anche nella povertà.

—Sì, chiaro — mormorava non convinta mia madre—, ma è

abbastanza comprensibile il furto quando hai la dispensa vuota.

—Sì, sì —diceva comprensivo mio padre— ovvio. È la società che crea i delinquenti. Ma noi siamo stati poveri per molto tempo e non abbiamo mai rubato niente a nessuno.

—Non tanto, mai tanto poveri —sottolineava mia madre. Perché il ricordo degli anni di fame che avevano dovuto sopportare lei ed i suoi fratelli le restava impresso nella memoria e mai si sarebbe potuto cancellare. L'esodo attraverso i campi della Mancía, mangiando erbe mentre fuggivano dalla guerra civile scoppiata nel paese e le interminabili ore passate da sua madre a lavare, con un pezzo di pane come razione di cibo.

—Non tanto poveri —ripeteva—. Quando ci siamo sposati avevamo già una casa ed uno stipendio. Siamo riusciti anche a comprarci un letto ed un corredo. No, non siamo mai stati tanto poveri.

E non aggiungeva che lui non poteva sapere cosa significhi essere veramente poveri per non infastidirlo, ma dal suo punto di vista suo marito e suo suocero erano sempre stati dei signorini, soprattutto se messi a confronto con la miseria di Micaela e Serafín, i suoi genitori, braccianti che non avevano né casa né terra nei campi dei possidenti, in cui venivano sfruttati come lavoratori stagionali.

—Bene, cara, non è il caso che ci mettiamo a competere in povertà... —borbottava mio padre, un po' infastidito per l'orgoglio nato dalla miseria vissuta di mia madre.

—No Anselmo, chiaro che no... Non volevo dire quello, volevo dire che è molto bello insegnare ai ragazzi il valore dell'onestà e

dell'etica, ma che se non viene fatta una rivoluzione sociale, sarà difficile esigere dell'etica da parte dei poveri... Soprattutto quando i benestanti rubano quotidianamente al popolo...

Mia madre si riferiva al contrabbando ed alla speculazione edilizia che suscitarono tanto scandalo a Barcellona nel decennio successivo alla guerra. E allora mio padre annuiva, dispiaciuto per la corruzione della sua stessa patria.

—Volevo fare la rivoluzione... —risposi umilmente, senza tutti i giri di parole di prima. —Bene, allora adesso avrai la possibilità di farlo... —e questa

volta il sarcasmo mi infastidì, sembrandomi inopportuno in un momento tanto preoccupante.

—Sei velenosa... —le risposi e mi alzai come per andarmene. In seguito Esther se ne pentì. Si alzò e mi prese per un braccio, tirandomi verso di sé.

—Non prendertela Ruth, non arrabbiarti... È che mi hai provocato...

Accettai le sue scuse e ci sedemmo nuovamente. La situazione nella quale mi trovavo era tanto pericolosa che non potevamo perdere tempo prendendocela per sciocchezze.

—Volevo fare la rivoluzione e non lanciarmi verso il suicidio. Non so se potrà mai cambiare il rapporto tra il potere della borghesia e del proletariato, io cercherò di fare in modo che accada tutta la vita, ma non sarà oggi, in Spagna; forse in America Latina o in Vietnam sì... e sicuramente non con dei poveretti armati come quelli del mio partito... Di questo sono assolutamente sicura. È un'idiozia dichiarare la guerra rivoluzionaria per il mio partito... ancor peggiore del sindaco di Móstoles quando dichiarò

guerra a Napoleone, perché alla fine tutto il popolo spagnolo lo appoggiò, mentre noi non riceveremmo neppure l'appoggio dei militanti del nostro stesso partito. Solo qualcuno forse, i più devoti e obbedienti, che verranno annientati e poi verrà data la caccia a noi, come se fossimo dei ratti. Siamo tutti in pericolo da adesso. La polizia non farà distinzione tra quelli che hanno seguito gli ordini del direttivo e noi che ci siamo opposti, sono sfumature che non la riguardano.

Esther mi guardava con gli occhi fuori dalle orbite dalla paura. Per la prima volta si rendeva conto della gravità della situazione e di come avrebbe potuto danneggiare tutti noi.

—Mio Dio! E adesso cosa facciamo?

La ringraziai per essere tanto interessata alla situazione, sebbene un certo senso di prudenza ci obbligasse a prendere precauzioni. Tutti conoscevano il forte legame che ci univa ed il rapporto di affetto e amicizia che avevamo. E come avevo appena finito di dire, la polizia non avrebbe fatto distinzioni.

—Se inizia questa cosiddetta guerra e viene in mente loro di organizzare un qualche attentato, dovrò nascondermi... —e non aggiungi "ed anche tu dovresti farlo", dato che

non sapevo come fare con le bambine. Pensavo a qualsiasi altra possibilità prima di valutare l'ipotesi di lasciarle al padre, nonostante il pericolo che stavamo correndo fosse tanto grande.

Esther non sapeva come aiutarmi. Si vedeva che era terrorizzata. Cercai di tranquillizzarla, mettendo un pò di serenità nei nostri animi.

—Esther, guarda, non è il caso che ci lasciamo la testa prima di essercela rotta. Dobbiamo conservare la calma ed agire con buonsenso e prudenza. Nel caso in cui le cose dovessero mettersi tanto male, dovresti restare con le bambine per un periodo... —

nemmeno io sapevo quanto sarebbe potuto durare questo periodo, ma non era il momento di spaventare ancora di più mia sorella—. La cosa più difficile è trovare un posto in cui potermi nascondere...

—Mio Dio! —tornò a ripetere Esther, senza sapere cos'altro aggiungere. Mi resi conto che si trovava improvvisamente presa dal panico e me ne stupii, ricordando che quando avevamo recuperato la macchina e il denaro si era dimostrata decisa e serena. O incoscente, mi dissi. Quello per lei fu come un gioco ed ora si rendeva conto che avrebbe potuto affrontare direttamente la polizia. Chiaro che non era lo stesso rubare un milione di pesetas che uccidere poliziotti, militari o qualcuno della Guardia Civil. Vai a sapere cosa volevano dire quei saggi capi con dichiarare la guerra popolare rivoluzionaria, come se fossimo nella Cina di Mao.

—Magari mi piacerebbe... —feci una pausa e presi fiato—. Vorrei —continuai— sapere qualcosa di Rafael.

—Non ne hai più avuto notizie?

—È da più di un mese che non ricevo una sua lettera. Da quando lo hanno messo in isolamento. Avevo chiesto a Daniel di informarsi ma non mi ha ancora detto nulla e adesso con tutta questa confusione se ne dimenticherà completamente. Oggi volevo scrivergli ma non mi è riuscito... dato che devo farlo come se fossi suo fratello... oddio! —e non poteva uscirmi una frase peggiore.

La mattina dopo mi sentivo come se mi avessero dato una bastonata. Mi facevano male gli occhi, la schiena e mi sentivo quasi

impossibilitata ad uscire, a sedermi, ad alzarmi. Cercai con ansia nel giornale le notizie nazionali e locali, temendo di veder pubblicato qualcosa sulla prima azione del Comando Rivoluzionario del Popolo: da come che ci aveva detto Daniel, questo era il nome scelto per i guerriglieri incaricati di compiere l'azione. Mi tranquillizzai ricordando però che era improbabile che avessero già iniziato, dato che ci avevano informato solo il pomeriggio del giorno prima. A meno che non l'avessero fatto con un certo ritardo e tutto fosse già pronto per cominciare. Pensare a tale possibilità mi provocò un brivido e cominciai a sudare vistosamente.

Non mi ricordavo quando avevamo stabilito di riunirci nuovamente. Me ne ero andata così preoccupata ed arrabbiata che non mi ero resa conto di quello che aveva detto Daniel. Avrei dovuto vedermi con Beatriz, che di sicuro lo sapeva. Ed avrei dovuto pensare in che buco andare a nascondermi se fosse stato necessario. Ma prima di fuggire avevo assolutamente bisogno di far arrivare a Rafael un messaggio. Non potevo sparire senza avergli dato mie notizie.

Mentre ero sommersa in questi pensieri angoscianti, quel viscido del signor Pereda apparve sull'uscio e con la sua voce più mielosa ed un gesto galante mi fece capire che voleva essere accompagnato al suo ufficio. A partire dall'episodio della nostra divagazione sessuale provavo una forte ripugnanza nei confronti di quell'uomo che una volta mi sembrava attraente. E non potevo né liberarmi di lui, né liberarmi dall'abbraccio con cui mi accolse non appena varcai la soglia del suo ufficio.

Di nuovo, come se un qualche trucco cinematografico ci avesse fatto tornare indietro a qualche giorno prima, Eusebio ripeteva la solita lagna: "Quanto sei bella!" e mi si strofinava contro compulsivamente. Io temevo che finisse con l'apparire la macchia sospetta sui suoi pantaloni, quando all'improvviso mi lasciò e si staccò da me ansimando.

—Ah, cosa mi fai fare Ruth, cosa mi fai fare!... —mi contemplava con uno sguardo lascivo e sorrideva— Ti fai mangiare con gli occhi... E sistemata così poi, così provocante...

Non avrei mai pensato che i miei vestiti, così sgualciti dai numerosi lavaggi e trasandati per la mancanza di tempo per sistemarli, potessero essere considerati causa di una situazione come quella. I pantaloni avevano il segno delle ginocchia da quanto li avevo usati,

alla camicetta mancava un bottone ed indossavo sempre scarpe senza tacco. Ciononostante Eusebio continuava a ripetere:

—È che mi provochi, mi provochi... Un uomo normale non può sopportare tutto questo... —allungò la mano ed infilò un dito nel buco lasciato dal bottone mancante della mia camicetta, ed allora capii qual era il motivo del suo eccitamento.

Mi allontanai con una smorfia di timidezza, tirai la stoffa e chiusi con la mano la peccaminosa apertura; sorridendo dissi:

—Oh, non era mia intenzione provocarti! Mi è caduto il bottone venendo in ufficio e ancora non l'ho potuto cucire!

—No no, cosa mi interessa, figurati! Sei bellissima... —e cercava nuovamente di mettere le dita nel buco che gli sembrava tanto invitante. Feci una finta con il corpo per sottrarlo alle sue bramose mani e mi diressi verso la porta.

—Non ti serve nient'altro?

Eusebio deglutì e si aggiustò i capelli prima di rispondere, con una certa timidezza.

—Sì Ruth... Mi piacerebbe vederti un'altra volta, nel mio appartamento... Domani, può andare?

Ero sul punto di sputargli addosso, ma un campanello d'allarme attivato improvvisamente dai neuroni me lo impedì. Un'idea, strana ma che forse mi avrebbe salvato stava prendendo posto nella mia mente. Cambiai rapidamente l'espressione indignata e disgustata che mi aveva provocato il suo invito e sorridendo nuovamente con fare furbo, risposi:

—Eusebio, ho due bambine... Devo stare con loro una volta uscita dall'ufficio e non ho abbastanza soldi per una tata... Bisogna aspettare che una vicina o mia sorella abbiano tempo per occuparsi di loro... Ti avviserò quando organizzerò tutto..., d'accordo? —ed uscii velocemente dall'ufficio senza aspettare la sua risposta, facendo solo in tempo a vedere con la coda dell'occhio che annuiva meccanicamente con la testa.

Mi sentivo terribilmente eccitata dall'idea che mi si stava sviluppando nella mente. Meno male che Marta non era in ufficio, sebbene la poveretta, dalla nostra ultima conversazione, sembrasse molto depressa e schiva ed assolutamente non volesse parlare con me delle faccende quotidiane dell'ufficio. In quel momento avevo bisogno

di concentrarmi ed organizzare ogni dettaglio di un piano che potesse farmi ottenere la protezione ed il rifugio di cui necessitavo. Almeno per qualche giorno.

Prima di dedicarmi alle noiose lettere che costituivano il mio lavoro quotidiano, di malumore pensai che quel taccagno del signor Pereda non era in grado di darmi i soldi per una bambinaia, nemmeno per poter approfittare di me nell'appartamento. E mi ricordai improvvisamente che mi doveva ancora i soldi del taxi.

Quel pomeriggio io e le bambine stavamo giocando a nasconderci dietro le poltrone della sala da pranzo, cosa che le divertiva enormemente, quandò suonarono alla porta. Non aspettavo nessuno e le uniche a farmi visita erano mia sorella e mia madre, che avvisavano sempre prima, andai quindi ad aprire piuttosto sorpresa ed allarmata.

Sul pianerottolo delle scale un uomo mai visto di media statura, robusto e barbuto, vestito in modo semplice, mi osservava con lo sguardo fisso. Aveva con sé un pacchetto che sembrava più un fagotto. Era molto serio ma accennò un lieve sorriso quando mi chiese:

—È lei Ruth Jiménez?

Lo guardai in modo deciso ma lui reggeva il mio sguardo. Chiese di nuovo, senza darmi il tempo di rispondere.

—Esmeraldita?

Gridai spaventata.

—Come sa lei...? Chi è? Da dove viene?

Finalmente un sorriso addolcì la sua espressione cupa.

—Sono un amico di Rafael, sono appena uscito dal carcere e sono qui per portarle un messaggio da parte sua. È stato lui a dirmi di chiamarla esmeraldita per farle capire che sono una persona di fiducia.

Senza volerlo mi lanciai su di lui e lo abbracciai gridando:

—Oh grazie, grazie! Finalmente ho sue notizie!

Entrammo in casa senza che quasi mi staccassi da lui e lo presentai alle mie figlie che, urlanti e spettinate, continuavano a giocare a nascondersi sotto le poltrone.

—Rafael è in cella d'isolamento per un'altra quindicina di giorni. Sta bene, anche se è un pò magro e stanco, come penso sia facile immaginare. C'è molta tensione in carcere, perché si è già sparsa la voce sulle condizioni di

Franco, così si specula su ciò che accadrà subito dopo la morte...
Lo sconosciuto, il cui nome mi guardai bene di chiedere, ci fece compagnia per un bel po'. Lo invitai a cenare con noi ma declinò, dicendo che lo aspettavano. Parlavamo mentre davo da mangiare alle bambine, che erano su di giri e stanche a causa di tutto quel giocare, ed avevano molta fame. Lo informai sugli ultimi ordini del direttivo del partito, che lui ancora non conosceva e ne sembrò poco soddisfatto, ma come molti altri militanti fedeli non si permise di criticarle. Mi diede una lettera di Rafael scritta su carta da lucido, ripiegata decine di volte, che doveva aver portato fuori dalla prigione nascosta in qualche recondito meandro dei vestiti ed io la misi via per gustarmela da sola. Era il miglior premio dopo tanti giorni difficili, sopportati in silenzio.

—Ci si aspetta che accadano molte cose quest'anno. La crisi economica peggiorerà, perché l'inflazione ha superato quello che credevano. Tante imprese stanno chiudendo e stanno licenziano moltissimi lavoratori. E la malattia di Franco ha fatto scattare tutti i campanelli d'allarme. Nell'Ambasciata degli Stati Uniti si stanno riunendo pezzi grossi di ogni partito, democratici cristiani, socialisti, filomonarchici di una o dell'altra parte. E anche a Parigi, dove Carrillo ha iniziato un'attività frenetica creando quella ridicola Giunta Democratica formata solo da lui e altri due. Uno dell'Opus come Calvo Serer. I socialisti si muovono all'interno della Piattaforma ed hanno contatti migliori. Sappiamo già che García Bloise ed il suo gruppo stanno tutti i giorni a Bruxelles parlando con i capi dell'OTAN, del Mercato Comune ecc... È importante non perdere neanche un minuto, altrimenti ci troveremo con tutto organizzato a sfavore del popolo. È importante mobilitare le masse, informare nelle fabbriche, sviluppare il lavoro nei sindacati... Ci troviamo in un momento critico...

Non fui così sciocca da chiedergli come avesse ottenuto tutte quelle informazioni, ma notai che non aveva menzionato la guerra popolare rivoluzionaria tra gli obiettivi da raggiungere in un simile periodo .

Infine si alzò, mi ringraziò per la birra e formalmente mi allungò la mano.

—Sono molto felice di averti conosciuta Ruth. Tu e le tue bambine, che sono incantevoli, ma non dobbiamo vederci più. Sicuramente la polizia mi controlla, sono uscito dal carcere in libertà condizionata e devo presentarmi ogni mese all'ufficio di sorveglianza, quindi non ti conviene farti vedere con me...

Ma mentre ci salutava sull'uscio di casa, io e le bambine gli facemmo pena. Ci vedeva così sole, così deboli, così povere e così abbandonate in quella misera sala da pranzo, che mi sussurrò:

—Se hai bisogno di qualcosa, mi troverai ogni pomeriggio alle sette nel bar Zurich in Piazza Cataluña. Ti aspetterò mezzora, mentre prendo un caffè. Puoi chiamarmi Jaime.

E senza aggiungere altro o darmi l'occasione di abbracciarlo ancora, scese gli scalini a due a due.

Più tardi, quando le bambine dormivano, tirai fuori dalla tasca del grembiule quel prezioso tesoro che la lettera di Rafael costituiva e la lessi innumerevoli volte fino all'alba.

CAPITOLO XIII

Quando Esther quella mattina chiamò, con voce tremolante mi chiese: —Hai letto il giornale? —, capii che era accaduto il peggio.

Il mese di luglio era piombato su tutti noi soffocandoci con un'ondata di caldo come non faceva da qualche anno, nessuno lo sopportava. Io non vedevo né Daniel né i miei compagni da più di un mese; vidi solo Beatriz quando andai a farle visita, preoccupata per il silenzio mantenuto da tutti.

Beatriz mi ricevette in modo cortese come sempre, anche se con una quasi impercettibile perplessità, un'introversione esasperata, maggiore rispetto al solito, compresi quindi che stava succedendo qualcosa che non voleva raccontarmi.

—Non so nulla di Daniel, non mi ha più richiamata. Avete fatto qualche riunione?

Beatriz non rispondeva e mi guardava appena. Le ci vollero diversi secondi prima di rispondermi.

—Sì, abbiamo fatto due riunioni...

—Perché non mi ha chiamata?

Beatriz alzò le spalle e con tono superficiale, come se quello di cui stavamo parlando non avesse avuto importanza, rispose

—Daniel non l'ha ritenuto necessario...

—Necessario? Non l'ha ritenuto necessario?

Stavo quasi per afferrarle le braccia e scuoterla, ma riuscii a controllarmi e dominare la rabbia abbastanza per dirle

—Gli sono andata in disgrazia, no? Dato che non ero d'accordo con quel piano demente della guerra popolare e tutto il resto della solfa, adesso

sono stata allontanata da qualsiasi questione del partito... Come fossi un'appestata...

Beatriz si puliva gli occhiali senza guardarmi, con un atteggiamento distaccato ed indifferente che non capivo se fosse finto o realmente sentito.

—Non è questo Natalia... Ma devi riconoscere che se non sei d'accordo con una particolare strategia, che di suo è così pericolosa, non devi neanche partecipare alle riunioni in cui si dibatte...

La guardai meravigliata. Non potei dissimulare il tono di rimprovero quando le chiesi

—Vuoi dire che prenderete parte ad azioni armate?

Beatriz terminò di pulirsi gli occhiali, se li sistemò con cura e con altrettanta calma rispose

—Non posso dirti niente Ruth, lo sai. Non me lo chiedere.

Ma non era possibile accettare una risposta così. Non volevo andarmene da casa sua dubitando che effettivamente Beatriz, Inma e José Antonio avrebbero potuto lanciarsi in strada a sparare. Afferrai per le spalle la mia interlocutrice e con delicatezza ed energia allo stesso tempo, rivolsi la sua testa verso di me, in modo che mi guardasse. Con la voce più dolce ed affettuosa che riuscii a simulare le dissi

—Beatriz, per favore, Bea, amica mia, non dirmi che sei d'accordo con una pazzia del genere... Non lasciarmi con questa angoscia... Non può essere che tu partecipi ad azioni armate. Non hai né l'età, né la preparazione, né... —la supplicai—: Per favore, Bea, per favore, non fare sciocchezze... Io ti voglio bene, non posso vederti... morire...

Alle mie ultime parole reagì e mi guardò. Sorrise moderatamente e scosse la testa. Si allontanò da me, deglutì e rispose

—Non preoccuparti Ruth, non farò sciocchezze... Ovviamente io non so... neanche potrei partecipare ad un comando di attacco...

Ma potrebbe partecipare ad uno di appoggio, che si esporrà esattamente come gli altri, pensavo tornando a casa. Sommersa dalla tormentata delle mie angosce e paure, mi sentivo ammalata, avevo tachicardia, mi tremavano le mani. Dovetti prendere una tisana e restarmene tranquilla un bel po', seduta in sala da pranzo, ed a sera inoltrata riuscii a pensare serenamente al mio piano d'azione.

Che dovevo attuare immediatamente, in quella torrida mattinata di luglio, dopo le notizie che il giornale riportava e che mia sorella, con voce tremante e quasi piangendo mi aveva appena comunicato. Eravamo rimaste d'accordo di trovarci a casa mia una volta uscita dall'ufficio e passai una giornata orribile rispondendo alle stupide lettere del signor Pereda. Fortunatamente il loro autore non si trovava lì, obbligato a recarsi in viaggio nella sede centrale in Germania. Quindi era l'occasione migliore per portare a termine i miei progetti.

In quel mese di luglio che trascorse nell'attesa che si scatenasse la tragedia, senza notizie né del partito né di Rafael, del quale solo mi restava la lettera che Jaime mi aveva portato, organizzai la mia resistenza. Qualche giorno dopo l'ultimo invito di Eusebio, riuscii a rivedere l'odiato appartamento e lì la scena si ripeté esattamente come la prima volta. Ma in quell'occasione aspettai ad uscire con lui, salii nel taxi in sua compagnia e approfittando di un istante di disattenzione presi le chiavi dell'appartamento che teneva nella tasca della giacca.

Quella notte ne feci delle copie e la mattina seguente, mentre si lavava le mani nel bagno privato di fianco all'ufficio, gliele rimisi nella tasca della giacca. La prima parte del mio piano era conclusa. Ora si trattava di portare a termine la seconda.

Tra la confusione dei turisti, dei pedoni e dei clienti del Zúrich, cercavo ansiosamente la figura robusta di Jaime. Lo vidi infine seduto ad un tavolo, mentre leggeva un giornale e dovetti reprimere l'urlo di sollievo che mi stava sfuggendo di bocca. Sedetti di fianco a lui senza dire nulla e quando alzò lo sguardo scoppiiai a ridere. Mi sentivo veramente allegra.

—Ciao, come stai?

—Bene, sono felice di vederti...

Lo ammirai perché non perdeva la compostezza.

—Non sapevo se ti avrei trovato... visto che sono pasati molti giorni...

—Sì, io vengo ogni pomeriggio a prendere il caffè... Ma hai avuto veramente fortuna, perché a partire da domani non verrò più...

Ci guardammo e ci capimmo. Smisi di sorridere e le espressioni serie di entrambi indicarono che sapevamo e pensavamo le stesse cose.

—Sono venuta per chiederti di aiutarmi a fuggire... Voglio andare in Francia. Sul momento non disse nulla e nemmeno cambiò l'espressione del viso, ma si poteva percepire una risata scintillare nel suo sguardo.

—Su piccola... tu vuoi andare in un bel posto... Quello che deve nascondersi sono io... E non so dove...

—No, non ho bisogno che tu mi metta in nessun nascondiglio, voglio che tu mi dica come posso ottenere un documento, un passaporto...

—E io perché dovrei saperlo?

—Tu fai parte del direttivo del partito. Potresti mettermi in contatto con la sezione relativa ai documenti.

Jaime mosse la testa con fare triste e preoccupato.

—Ascoltami Ruth. Quelli che come noi non hanno aderito alla pazzia della lotta armata sono isolati da qualsiasi contatto, e devono nascondersi soprattutto quelli che, come me, hanno

precedenti. Ho paura che la polizia venga direttamente a prendermi. Così troverebbe un colpevole senza sforzarsi troppo. Lo fissai qualche istante mentre cercavo ansiosamente di trovare una soluzione alla grave situazione in cui entrambi ci trovavamo. Infine decisi di includerlo nel mio piano.

—Ascoltami tu Jaime, ho un posto per nascondermi e posso metterci anche te. Non mi chiedere come l'ho ottenuto...

Un gesto della sua testa indicava che non aveva intenzione di farlo.

—Posso metterti lì per qualche giorno, due o tre, non so se anche di più... Poi dovrai fare per conto tuo.

Fece un altro gesto di assenso e non disse nulla aspettando di sentire la continuazione.

—Durante questi giorni staremo assieme, ma devo ottenere un documento per uscire dal Paese. Non possiamo restare lì molti giorni, diventerebbe una trappola per topi, quindi dobbiamo prepararci alla fuga... Ti basta darmi un contatto, solo un contatto... Poi mi arrangerò...

Mi guardò con compassione. Tirò fuori un foglio dalla tasca, vi scrisse un numero di telefono e me lo diede.

—Prendi, questo è tutto quello che posso darti...

Presi il foglietto e lo infilai in tasca.

—Dobbiamo nasconderci il prima possibile... Le detenzioni inizieranno subito. Ma prima dovrei mettermi in contatto con chi ci potrebbe dare i documenti... Questa sera, alle undici, ti aspetto a questo indirizzo. Non chiamare. Fatti trovare fuori dalla porta, io ti aprirò da dentro...

Jaime osservò bene il foglietto che gli stavo dando e lo bruciò nel posacenere. Mi alzai, gli strinsi il braccio e sussurrai prima di andarmene

—Buona fortuna... Forse ne avremo bisogno tutti...

Quando, una volta a casa, guardai il numero che mi aveva dato Jaime, mi resi conto che era effettivamente quello di Daniel.

Quel pomeriggio sembrava non finire mai in ufficio. L'assenza di Pereda contribuiva ad aumentare la noia abituale, interrotta gli altri giorni dalle trovate del signore. Avevo già concluso le lettere che mi spettavano, ma l'aver finito il lavoro non mi permetteva di andarmene. Le pretese di una puntualità quasi paranoica imposte dal capo, non si adattavano alla necessità di sfruttare con rendimento il tempo degli impiegati. Così noi dipendenti sprecaamo migliaia di ore l'anno, quando non ci era stato assegnato nessun compito dai nostri superiori, ma dovevamo restare inchiodati alla nostra scrivania.

Avevo già letto decine di volte quello che La Vanguardia Española riportava sull'attentato che era stato commesso il pomeriggio del giorno prima contro uno della Guardia Civile, in una strada di Badalona. Non c'erano dubbi sulla provenienza politica del fatto, poiché gli autori avevano lasciato un volantino in cui il nostro partito rivendicava l'azione, assicurando che in quel modo iniziava la guerra popolare rivoluzionaria ed invitando il popolo a sollevarsi contro la tirannia. A questa breve informazione seguiva la solita solfa del giornale che condannava l'accaduto e, cosa ancor più preoccupante, si minacciavano possibili rappresaglie verso gli autori dell'attentato. Io sapevo quanto terribili potevano essere.

In quel momento Marta entrò nell'ufficio, mentre continuavo a leggere il giornale mi chiese

—Dicono qualcos'altro sull'Anno Internazionale della Donna?

Mi ero completamente dimenticata di tale evento. Non ci avevo più pensato, angosciata ed assorta com'ero dopo gli ultimi avvenimenti e la necessità di risolvere i miei problemi, e sicuramente non facevo caso alle notizie che menzionavano le manifestazioni con cui veniva ricordato. Sfogliai velocemente le pagine e cercai nelle sezioni Società ed Internazionale fino a

trovare un articolo lunghissimo e confuso sulla Prima Conferenza Internazionale sulla Donna che si stava tenendo in Messico.

—Quì c'è un servizio sul Messico, dove si sono riuniti gli esponenti dei vari governi...

—No, io volevo sapere se viene fatto qualcosa anche in Spagna...

—mi interruppe triste. Il suo tono di voce lasciava trasparire la delusione e l'ansia che provava. Ricordai le ultime conversazioni che avevamo avuto e mi sentii in colpa per non averle più prestato attenzione, quando sicuramente i problemi che aveva in famiglia non si erano risolti.

—Come vanno le cose a casa? —chiesi, cercando sul suo volto qualche traccia degli ultimi dispiaceri.

Marta fece una smorfia di fastidio e mosse le mani come per allontanare la paura e l'angoscia che provava.

—Sempre peggio... In questi ultimi giorni mio padre è intrattabile. Io penso che per di più giochi, perché questa settimana a malapena ha dato a mia madre soldi, senza dare quasi spiegazione... Ma lei non vuole credermi... È ottusa... —il tremore della voce indicava che era prossima al pianto.

—No, Marta, sta solo cercando un modo per sopportare la situazione... Potresti chiedere un avvocato d'ufficio. Qualcosa dovrete pur fare, non è possibile arrendersi ai maltrattamenti di tuo padre senza far niente... Vuoi che ti scriva la lettera per l'Ordine degli Avvocati? —mi animai all'idea di poterle essere utile, volevo animare anche lei.

Marta, con fare diffidente disse solo

—Se ti sembra il caso...

—Sì cara. Io scrivo la lettera e tua mamma la firma. Successivamente la porterai

all'Ordine degli Avvocati tu stessa. È meglio che inviandola per posta, arriva prima e ti dà modo di dire alla segretaria che non ti

inviino la risposta a casa, così tuo padre non ne saprà nulla. Dille che tornerai personalmente per sapere che avvocato ti hanno dato. L'attività e, in questo caso, un'attività utile, mi diede nuove energie. Scrisi tutto d'un fiato la lettera e prima di porre l'interrogazione chiesi a Marta

—Come si chiama tua mamma?

—Mari Carmen Arrufat Sánchez.

E quasi senza motivo, nonostante si dica che le intuizioni siano semplicemente dei pensieri razionali elaborati molto in fretta, tornai a chiederle

—Quanti anni ha?

—Quaranta.

—Dov'è nata?

—A Barcellona.

—Dimmi data e luogo di nascita. Anche quelli di tuo padre.

Marta rispondeva obbedientemente ad ogni mia domanda senza sospettare nulla. Neanch'io avrei potuto dire con certezza cos'avessi in mente con quell'interrogatorio. Sapevo che nessuno dei dati era necessario in quel primo momento in cui si trattava solo di chiedere un avvocato d'ufficio, ma presi scrupolosamente nota in uno dei miei taccuini e senza che Marta se ne rendesse conto, lo riposi nella mia borsa. Poi la tranquillizzai, ripetendole le istruzioni delle pratiche che doveva fare.

—Soprattutto assicurati che non scrivano a tua madre o al vostro indirizzo. Tuo padre potrebbe prendere la lettera. Guarda, qui c'è l'indirizzo dell'Ordine degli Avvocati. Domani, quando esci dall'ufficio, vai lì. La segreteria chiude alle due di pomeriggio, farai in tempo ad arrivare.

La vidi più tranquilla quando terminammo la conversazione e forse anche un po' animata di fronte alla prospettiva di ricevere un aiuto. Anche se contava di poter disporre della mia protezione sempre, senza sapere che era l'ultimo pomeriggio che avremmo

passato assieme. Mi sarebbe piaciuto salutarla in modo più formale, ma non potevo farlo

se volevo sparire senza essere cercata per qualche giorno. Quando già in strada la vidi girare l'angolo, sentii una fitta di dolore per la perdita della sua amicizia. Che era solo la prima di molte che avrei provato da lì in poi lasciando le persone a me più care.

Nonostante tutto, chiamai Daniel. Ero quasi sicura che non mi avrebbe dato alcun aiuto, ma non potevo permettermi il lusso di sdegnare una qualsiasi opportunità, per remota che fosse. La prima cosa della quale avevo paura era di non trovarlo ed in realtà avrebbe dovuto essere così, se avessi avuto un minimo di buonsenso. Ma era lì, come se si fosse trattato di un qualsiasi altro giorno. La sua solita voce, profonda e misteriosa, mi chiese chi fossi e, quando lo seppe, rimase un attimo in silenzio. Poi, molto seccato aggiunse

—Cosa vuoi?

—Devo vederti, non posso dirti niente per telefono.

Non oppose molta resistenza, anche se avrebbe potuto rifiutarsi. Ma dopo mezzora si trovava nel solito bar in cui ci davamo appuntamento. Era visibilmente dimagrito e non si era fatto la barba. Il suo aspetto, molto più trascurato del solito mi fece temere che facesse parte di uno di quei comandi di azione, forse di quello che aveva fatto l'attentato del pomeriggio precedente. Senza dubbio sembrava sereno, controllato come sempre, per quanto continuasse a fumare. Non aveva un'espressione amichevole quando mi chiese

—Cosa vuoi?

—Ho bisogno di un passaporto con un altro nome.

Non si mostrò sorpreso di fronte alla mia richiesta, ma rispose con una domanda assurda

—Perché ne hai bisogno?

Dominai la collera per essere all'altezza del suo autocontrollo e dissi

—Per andare in Francia.

—Perché?

Mi sembrò abbastanza, tanto che le parole mi uscirono di bocca a scatti e con un tono molto più acuto di quanto volessi.

—Secondo te? Per uscire da tutta questa pazzia. Non voglio che mi

catturino quì come fossi un ratto, adesso che inizieranno le detenzioni a rotta di collo.

Mostrò fastidio alzando solo un sopracciglio e dando nuovi e meccanici tiri alla sigaretta. E mi irritò molto di più quando mi rispose

—Tu non hai niente a che fare con questo. Non hai motivo per andartene.

—Guarda, Daniel, non puoi essere tanto ingenuo. Adesso nessuno di noi è al sicuro. Chiunque sa che la polizia arresterà tutti, anche quelli che non fanno parte del nostro partito; che entrerà come una furia nelle organizzazioni più innoque, dalle Commissioni Operaie alle parrocchie. Cosa può volere più di una provocazione come questa per perlustrare ogni angolo dell'opposizione! — vedendo un'espressione dubbiosa e diffidente sul suo volto ricorsi alla citazione del precetto assoluto—: Su, questo Lenin lo spiegava chiaramente già ai suoi tempi! Il terrorismo serve solo a far sì che la repressione infierisca su tutta l'opposizione, anche sulle organizzazioni più moderate. Di modo che noi...

—Quello che fa il nostro partito non è terrorismo, ma un'azione armata rivoluzionaria...

Mi sentii sconfitta. Le ciglia aggrottate, lo sguardo severo e quel tono di rimprovero indicavano che nessuna argomentazione lo avrebbe colpito. Decisi di cambiare strategia. Con quella non sarei arrivata da nessuna parte.

—Guarda, Daniel, io ho veramente paura. La polizia potrebbe sapere dell'amicizia che lega me e Beatriz, ho due bambine piccole alle quali devo pensare, oltre che a mia sorella... Se arrestano uno dei compagni e questo parla...

—I compagni non parlano...

Lo guardai in silenzio per qualche secondo e capii che credeva fermamente in tutto ciò che diceva. Iniziai a sentirmi avvilita.

—Ma non puoi dirmi come ottenere un passaporto?

Con un gesto annoiato della testa e con il tono di chi sopporta pazientemente le trovate di un bambino o di un imbecille, mi spiegò

—Guarda, Natalia, i passaporti non si fanno come fossero

frittelle. Bisogna ottenere un passaporto da un'altra persona, falsificarlo con una tecnica complicata che solo due o tre compagni conoscono e che si usa solo nei casi in cui è veramente necessario, non come nel tuo. Tu non sei effettivamente ricercata. Non sapevo che argomento opporre a quest'ultima affermazione, che era vera. Ma l'istinto mi diceva che dovevo prevenire il problema prima che si presentasse, altrimenti in quella situazione non avrei avuto una via di fuga.

—Dì che si tratta di un caso eccezionale... In fin dei conti mi sono meritata un premio. Ho portato a termine azioni pericolose che

sono riuscite bene e senza chiedere aiuto al partito... ora lo faccio...

Daniel mi osservò con uno sguardo cupo e quel ritardo nel rispondermi, oltre all'espressione che era una via di mezzo tra la pena e la diffidenza mi spaventarono.

—Al partito non è piaciuto il tuo comportamento...

—Che? —fu l'unica cosa che riuscii a dire.

—Non sei mai stata disciplinata, critichi sempre e crei problemi...

Non potevo dire che si sbagliasse di molto.

—Invece ho portato a termine azioni che hanno procurato molto denaro e macchinari quando ne avevamo più bisogno.

—Neanche il direttivo è stato contento di cos'hai fatto in quelle occasioni... Ha studiato le azioni e pensa che pecchino di avventatezza e di ambizione personale...

Mentre correvo senza fiato in calle San Antonio Abad diretta verso casa, ansiosa e spaventata per il ritardo, considerando che erano già le nove di sera e le bambine dovevano ancora andare con mia sorella, che aspettava terrorizzata in casa, prima di fare la valigia ed uscire per incontrarmi con Jaime, mi sembrò che la chiacchierata con Daniel fosse stata un sogno, che non fosse mai avvenuta.

Il direttivo del partito aveva classificato come azzardati e spinti da ambizione personale il furto del denaro e dei macchinari, ma se li era tenuti entrambi. Erano arrivati alla conclusione che le mie azioni erano state pericolose e loro stavano mandando i compagni a commettere azioni armate suicide che li avrebbero portati solo alla morte. La mia

condotta era riprovevole perché peccava di ambizione personale, quando di quella fortuna che mi era passata per le mani non mi ero tenuta neanche una peseta, in un periodo in cui la miseria in casa era talmente tanta che mi ero vista obbligata a ricorrere ai ripugnanti incontri con Pablo.

Quasi non ricordavo ciò che avevo gridato a Daniel e neanche come fossi uscita barcollando dal bar. Mi rimaneva impressa nella memoria solo l'espressione sprezzante e sarcastica dell'impavido responsabile della cellula alla quale appartenevo, che neanche si era scomodato a rispondere alle mie invettive.

Quando, ansimante, arrivai all'appartamento, Esther era sul punto di una crisi nervosa. Malgrado ciò aveva vestito e dato da mangiare alle bambine, oltre ad aver preparato due borse con le loro cose che aspettavano sul divano della sala da pranzo. Non mi misi a darle molte spiegazioni, che d'altra parte risultarono inutili quando mi vide arrivare.

—Ti chiamerò io. Meglio al bar dove lavori che a casa tua, ma dipende dall'ora in cui potrò farlo. Nei prossimi giorni vedremo come si svilupperanno le cose. Se vengono a fare perquisizioni qui, è segno che dobbiamo andarcene... Sistemero tutto, non preoccuparti. Tranquillizza mamma, dille che sono in viaggio per conto dell'azienda, magari ci crede. La chiamerò anch'io comunque. Non sono potuta andare a farle visita ma forse è meglio così perché altrimenti, di fronte ad una situazione straordinaria come questa, avrebbe sospettato qualcosa... Sai quant'è sveglia...

Mia sorella non mi rispondeva. Sembrava essere in uno stato catatonico nonostante si muovesse con disinvoltura, raccogliesse le cose e desse la mano alle bambine. La salutai sul portone e mentre la osservavo allontanarsi in cima alla via, dopo un bacio frettoloso che mi lasciò l'anima intorpidita, dovetti sforzarmi molto per non piangere. Ma non avevo tempo per tutto questo, i minuti volavano più rapidi che mai.

Riunii di fretta alcune delle mie cose. Non si trattava di una fuga definitiva, mi dissi. Me ne stavo andando solo per precauzione. Forse chi sarebbe stato arrestato non mi conosceva o non aveva mai avuto niente a che fare con me o, in caso contrario, non avrebbe detto niente. Magari tutte quelle precauzioni erano inutili e sarei potuta tornare a casa nel giro di qualche giorno, e allora io e mia sorella

avremmo riso delle nostre paure. Ma una fitta acuta allo stomaco, sprofondata in quella parte delle viscere che mi avvertiva sempre, smentiva i miei desideri ottimisti.

Chiusi il gas e le persiane delle finestre, portai giù la spazzatura, presi la valigia e alle dieci e mezza chiusi la porta a chiave ed uscii di casa furtivamente, senza sapere quando ci sarei tornata.

1 Aspectos generales de la traducción

1.1 Perspectiva histórica

El hombre siempre ha traducido como necesaria búsqueda de comunicación.

Desde la Ilustración, muchas “ciencias nuevas” que antes se incluían en el “saber humanístico”, han nacido. Unos ejemplos son la psicología, la sociología, la antropología y, nunca última, la traductología.

No se puede hablar de un nacimiento del nada, es mejor definirlo como un procedimiento de diferenciación entre disciplinas o en el ámbito de una misma. Ya eran presentes más o menos, pero de forma intuitiva y global.

Desde el momento de la diferenciación, cada una ha logrado y superado etapas que han delimitado su sector, rindiéndolas autónomas, para repartirse luego entre subdisciplinas; cada una ha definido parámetros, sectores similares o diferentes, códigos y canales de comunicación. En este recorrido de diferenciación de la traductología, dos entre otros estudios pueden considerarse fundamentales: *Saggi di linguistica generale* de Roman Jakobson de 1959¹ y *Un approccio semiotico alla traduzione* de Aleksandăr Lûdskanov de 1968². No son los únicos autores que discuten y publican disertaciones sobre el significado y el ámbito de la traducción (Cary, Capan, Babel, Steiner, Munni, Nida...); por supuesto, gracias a Jakobson, la ciencia de la traducción no es estrictamente lingüística, se desliga de la teoría y de la crítica literaria, considera como vana la búsqueda de los equivalentes: son todas conquistas fundamentales.

Con Lûdskanov se afirma que la traducción es una ciencia, es decir que se puede estudiar e investigar con método científico. Su norma de comunicación forma parte ahora de la semiótica³.

Repasar los diferentes tipos de traducción (palabra por palabra, libre, adecuada, funcional...) sería interesante; en la búsqueda de una estrategia traductiva para transformarla en método personal, un traductor debería asimilar los criterios para transferir todo en su trabajo basándose, por lo tanto, en las lecciones de los mayores exponentes: Peeter Torop (traducción total), Umberto Eco (negociación), Anton Popovič (proceso comunicativo), Federica Scarpa (traducción precisa, utilizable, adecuada, aceptable), Margherita Ulrych (análisis cronotópica), Valentín García Yebra (papel de la práctica con respecto a la teoría), Eugene Nida (equivalencia dinámica y formal) por ejemplo, hasta llegar a Bruno Osimo que de estos autores condensa la precisión metodológica sin olvidar la importancia del “acto creativo” del que hablaba Steiner.

En el párrafo siguiente se reanudarán tanto los autores anteriores como otros nuevos, para evidenciar los aspectos y las conquistas fundamentales en la teoría de la traducción, que se recordarán más adelante, presentando el texto de partida y el texto de llegada, es decir los elementos del presente trabajo.

¹ JAKOBSON R. (1959), *On Linguistic Aspects of Translation*, Cambridge, Mass. Harvard University Press

² LUDSKANOV A. (1967), *Un approccio semiotico alla traduzione* a cura di Bruno Osimo, 2008, Milano, Hoepli

³ *Ibid.*

1.2 Perspectiva teórica

Intentar definir o elegir una entre muchas teorías de la traducción a la que atenerse para proveer una base teórica fiable al método que utiliza quien se dispone a traducir.

Ante todo es preciso aceptar que no hay certeza de método sino rigor y un criterio correcto; día a día los estudios enriquecen las diferenciaciones.

Es posible ahora plantear dos interrogativos fundamentales: ¿qué significa traducir y cual actitud debe mantener el traductor?

Una primera explicación viene de Lúdskanov⁴. El traductor siempre intenta sustituir la forma lingüística (lenguaje natural del prototexto) con el lenguaje natural del metatexto, de manera que el texto resultante transmita el mismo contenido, tenga el mismo poder emocional y afectivo.

Así es posible afirmar que el procedimiento que solemos llamar “traducción” constituye una transformación o sustitución de elementos lingüísticos del mensaje en el lenguaje natural del prototexto con elementos naturales del metatexto, conservando la misma información.

Traducir significa comprender la estructura de un prototexto, conocer el sistema del idioma en el que está expresado, transferir en el metatexto relaciones análogas a las que se esperan en el lector en la lengua de partida; seguir las etapas fundamentales en el proceso traductivo para identificar la “información invariable” y para limitar a lo más el residuo⁵.

Es necesario conocer los fundamentos de las distinciones que unos teóricos como, por ejemplo, Jakobson que en 1953 (diferencias interlingüísticas, intralingüísticas, intersemióticas) o Torop en 1995 (intertextual, intratextual, metatextual) hicieron; Osimo en 2001 (mental, verbalizante, deverbalizante).

Resulta interesante disponer de los recorridos traductológicos que, aunque salven el aspecto creativo de la interpretación, conduce desde el análisis semiótico al resultado final.

Según Lúdskanov, “[...] cualquier traducción necesita de una elección [...], y la libre elección es creatividad”⁶.

Anton Popovič lo corrobora, cuando declara que “El carácter creativo individual de la traducción [...] implica la psicología también, la psicolingüística”⁷.

Al mismo tiempo el traductor, una vez leído el prototexto, estudiado el contexto histórico y todo lo que puede contribuir a documentar el texto de origen; una vez aclarada la dominante y las subdominantes debe llevar un análisis lingüístico esmerado del texto, no sólo para decodificarlo, sino para contextualizarlo en la época, en las obras del autor o en la fuente, en el estilo o en el sector interesado, saliendo de esta manera del ámbito del puro análisis lingüístico. Es decir que el traductor debe recuperar las informaciones y las expresiones, elementos de la lengua natural que le permitan aislar la información traductiva necesaria.

De la lengua natural del prototexto se pasa a otra lengua natural: la del metatexto; en esta cadena el traductor es transformador de la forma y no de la sintaxis.

La ideología del traductor, que puede conocer o ignorar su condición, puede interferir decodificando el texto. Sin embargo Popovič pone en guardia sobre tal actitud, comparándola a la de un mediador en un contexto psicológico.

⁴ LUDSKANOV, A. (1967), *Un approccio semiotico alla traduzione* a cura di Bruno Osimo, 2008, Milano, Hoepli, p. 41

⁵ Cfr. Op. cit, p. 52

⁶ Cfr. Op. cit, p. 60

⁷ POPOVIČ, A. (2006), *La scienza della traduzione – Aspetti metodologici. La comunicazione traduttiva* a cura di D. Laudani e B. Osimo, Milano, Hoepli, p. XII

Pero una vez tomada conciencia de ese riesgo, el traductor podrá empezar su trabajo siguiendo “señales e indicaciones”, es decir respetando esos indicios que transmiten al lector lo que el autor quería decir al final de la obra⁸.

¿Cómo es posible asegurar que lo que se ha traducido en el lenguaje natural del metatexto corresponda a lo que se entendía en el prototexto? La traducción es una compleja actividad de análisis y síntesis que, según la funcionalidad del texto de llegada, puede tener o no tener éxito. La traducción funcional para obtener la equivalencia funcional (Lûdskanov), para asegurarse que durante la síntesis la información invariable que llega al receptor sea aceptable con respecto a su cultura y transmita la de partida en un proceso interdisciplinario de decodificación y codificación incesante (se mencionará también en la 3ª parte).

Cada autor que ha estudiado este proceso podrá dar su propia respuesta a la pregunta inicial; de todas maneras, la posición de Umberto Eco, autor cuyas obras se han traducido en una multitud de idiomas, crítico y traductor a veces, bien consciente de la importancia de “decir casi lo mismo”⁹.

Identifica en la “negociación” la estrategia más eficaz para lograr un buen producto final.

Bruno Osimo también, retomando la lección del maestro e interpretándola con la de los autores que ha traducido, reconoce la imposibilidad total de traducir de manera fiel y prefiere buscar la “correspondencia entre concepto y término”¹⁰.

Supera además la contraposición entre traducción creativa y traducción científica devolviendo a la primera su valor, respaldada por la teoría semiótica y por un método correcto.

Así los esfuerzos de las teorías sobre la traductología encuentran confirmación y aplicación en la perspectiva aplicada.

⁸ Cfr. POPOVIČ, A. (2006): Op. cit, p. XXVII

⁹ ECO, U. (2003), *Dire quasi la stessa cosa – Esperienze di traduzione*, Tascabili Bompiani, p. 79

¹⁰ Cfr. POPOVIČ, A. (2006): Op. cit, p. XIV

1.3 Perspectiva aplicada

Al parecer la traductología aplicada proporciona al traductor una estrategia metodológica practicable y verificable, técnico-científica y así menos filosófica o doctrinal con respecto a las perspectivas históricas o teóricas.

Su naturaleza de ciencia en evolución es en realidad la motivación por la que la traductología se enriquece de contribuciones mayores y lejanas (lingüística, estudios sobre las funciones de la mente y del lenguaje, estilos de aprendizaje...). Su aplicación también ha generado diferentes interpretaciones y otras producirá gracias a la intensificación de los intercambios económicos y culturales entre los países orientales.

Sería oportuno ante todo esbozar el campo de acción para elegir la estrategia más adecuada: traductología aplicada no es lingüística, empieza en ella pero sigue según el camino indicado por la distinción idiomas/palabras de Saussure y por la referencia a los campos semánticos, a la semiótica, a la funcionalidad del pasaje desde el prototexto al metatexto, a los que los expertos de la disciplina se refieren. El objetivo es individuar unas categorías traductológicas que permitan elaborar plantillas metodológicas que, a su vez, permitan comprender y dominar las interferencias entre macroestructuras y microestructuras tanto en la lengua de partida como en la de llegada.

A este propósito no se pueden olvidar las dos tesis contrapuestas de Leuven Zwart y de Peeter Torop¹¹. A nivel metafórico la primera se puede comparar al ampliarse de las olas en un espejo de agua: se analizan los cambios sintácticos y semánticos que una microestructura produce sobre las macroestructuras y sobre el texto en su totalidad. Su praxis necesita de un análisis del término con el que se está trabajando en una relación de contraposición, de modulación o de cambio morfológico. Sin dudas este modelo no está superado, sino que sigue presentando aspectos correctos.

En cambio la tesis de Peeter Torop menciona el análisis cronotópico que, basándose en unas categorías fundamentales, estudia la conexión entre los elementos lingüísticos y las estructuras del texto, pero empezando por la individuación de la dominante, es decir por una visión total¹².

La categoría a la que Peeter Torop se refiere (palabras conceptuales, campos expresivos, deícticos, expresiones funcionales, intertextualidad y realia), implican una preeminencia del estudio del prototexto en la búsqueda de la equivalencia del término.

Como en la perspectiva teórica de la traducción, en la aplicada también ayudan el “sentido común” de Umberto Eco y la tercera vía de estandarización propuesta por el profesor Bruno Osimo.

Sugiere un cuadro sinóptico de los cambios traductivos admitiendo los aspectos de las dos tesis que considera eficaces, enriqueciéndolos con sus indicaciones didácticas y metodológicas¹³.

De todas maneras es importante recordar, como sugiere Umberto Eco, que es preciso ante todo interpretar y luego traducir. Para interpretar a nivel lingüístico es necesario buscar antes las informaciones sobre la estructura, sobre el tipo de composición, sobre el estilo, sobre la organización gramatical y morfosintáctica del texto de partida.

Este trabajo preparatorio depende de la competencia lingüística del traductor, como también de la especificidad del texto más o menos cerrado.

En el capítulo 4 de su obra *La traducción especializada*, la profesora Federica Scarpa presenta desde un punto de vista didáctico las bases de la traducción en el momento operativo, conduciendo en los primeros pasos en la cuidadosa observancia del procedimiento basado sobre precauciones teóricas precisas y fiables¹⁴.

¹¹ VAN LEUVEN ZWART, K. *Translation and original. Similarities and dissimilarities* in Target, n. 1:2 (1989) y n. 2:1 (1990), Corso di Traduzione, a cura di B. Osimo, lezione 30

¹² OSIMO, B. (2004), *Traduzione e qualità. La valutazione in ambito accademico e professionale*, Milano, Hoepli, p.91

¹³ OSIMO, B. (2001), *Propedeutica della traduzione. Corso introduttivo con tavole sinottiche*, Milano, Hoepli, p.106

¹⁴ SCARPA, F. (2008), *La traduzione specializzata – Un approccio didattico professionale*, Milano, Hoepli, cap. 4

Desde las fases de su creación (programación, estructura, búsqueda terminológica, revisión) indica estrategias y procedimientos ilustrados con ejemplos prácticos, es decir que recuerda las diferenciaciones en la transposición para sugerir una cuidadosa elección del léxico, estrategias morfosintácticas, formas modales. Recuerda incluso que se mencione como el traductor pueda adoptar, tal vez de manera no consciente, préstamos y calcos.

El texto de Federica Scarpa forma parte de las obras fundamentales para la preparación del futuro traductor, precisamente porque le ayuda a lograr estos requisitos traductivos que aportan dignidad a la profesión.

Por todas estas motivaciones deben pertenecer al bagaje de “señales e indicaciones” de los que se hablaba antes y del proceso traductivo como instrumento de trabajo.

1.4 Señales e indicaciones

1.4.1 Dominantes y cronotopos

Definir las diferentes directrices como “señales e indicaciones” facilita las distinciones entre lo que se considera obvio (los señales) y lo que funciona en cambio como indicador.

Después de una precisa documentación sobre el autor y sobre el contexto, la primera señal que se busca es la “dominante”¹⁵, en la definición propuesta por el profesor Bruno Osimo: “Es el elemento del prototexto que se considera fundamental para una determinada traducción hacia una determinada cultura [...] es la individuación [...] del nivel o del elemento al que se entrega la unidad del todo”.

Resulta a menudo complicado aislar del todo la trama, enredada, sobre todo en los textos literarios, con el “objetivo”, con las tesis que el autor quiere afirmar¹⁶: la dominante queda, sin embargo, “[...] el objetivo principal del traductor [...]”. La reproducción integral de las informaciones y garantiza su integridad [...]”.

Muchos autores han utilizado el término “cronotopo”, que puede ser al mismo tiempo “señal” e “indicación”: es señal porque indica al traductor idioma, tiempo, espacio, tipologías textuales del prototexto para interpretarlo de manera correcta; es indicador porque en el metatexto se inserta entre los criterios de traducibilidad de Torop, es decir que da las directrices para llevar el proceso traductivo de manera correcta.

Los cronotopos permiten al traductor localizar el texto de partida. Por ejemplo, el cronotopo temporal sitúa la trama, delimita las diferentes condiciones comunicativas entre prototexto y metatexto, así como entre autor y lector final; permite verificar el contexto de las situaciones; limita el peligro, para el traductor, de situar en un contexto histórico o de modernizar el resultado del propio trabajo. El cronotopo temporal a su vez, si se expresa de cualquier forma sintáctica o morfológica ayuda a comprender, sobre todo en un texto literario, la psicología de los personajes, la evolución de los acontecimientos, la dominante misma del autor.

El cronotopo además delimita el ámbito de lo que no se puede traducir, del residuo y de los realia, absorbe así el traductor en buscar la estrategia mejor para resolver el problema.

Como se verá en el análisis del texto, en la obra de Lidia Falcón los cronotopos son imprescindibles porque la estructura se compone de una ininterrumpida mención a flash back, cuya interpretación depende de las señales que la autora ha dejado.

Realia y residuos, en la traductología, no son neologismos, sino que han adquirido significado en parte lejos de la etimología. Su definición adopta significados diferentes según los autores.

Se puede considerar el realia como un “[...] elemento típico de la cultura de partida [...]”o, de manera más específica, “[...] palabras que denotan cosas materiales culturo-específicas [...]”¹⁷

¹⁵ OSIMO, B. (2003), *Manuale del traduttore: guida pratica con glossario*, Milano, Hoepli, p. 118

¹⁶ TOROP, P. (2009), *La traduzione totale – Tipi di processo traduttivo nella cultura* cura de Bruno Osimo, Milano, Hoepli, p.216

¹⁷ Cfr. TOROP, P. (2009): Op. cit. En *Glossario*

1.5 Los realia

Los realia se pueden considerar como un “elemento típico de la lengua de la cultura de partida” o pueden denotar “cosas materiales específicas a nivel cultural [...]”; pueden ser marcadores culturales o estar incluidos en el “cronotopo psicológico del grupo en objeto”.

Falta uniformidad de interpretación también en el ámbito a los que los realia, como señales, pueden pertenecer; de hecho, cuando el autor escribe, no se pone en la óptica de la traducibilidad de su propio texto; el realia se utiliza cuando el texto se considera cerrado, especializado, cuando trae a la memoria del lector modelo un continuum histórico, político, geográfico perceptible que aporta “color” al texto. Sin embargo el realia se utiliza también porque, aunque no sea sólo un término, queda “insustituible” en la lengua de partida que habitualmente se habla (es importante no confundirse con el idiolecto).

El problema surge así para el traductor: ¿cómo traducir esos términos? Según Torop depende de la estrategia traductiva y del criterio de traducibilidad que se utiliza. Si el traductor quiere mantener estilo y tono del original, no hará sustituciones.

Hoy en día la cultura multimedia nos obliga a superar la pereza mental y, día tras día, nos lleva a aceptar nuevos términos.

Mucho depende también del grado de tolerancia hacia los extranjerismos del idioma receptor; según el profesor Bruno Osimo, el italiano es un polo de culturas que absorbe todo, en el que utilizar una palabra extranjera parece sacar del provincianismo.

Por estas como por otras motivaciones resulta imposible adoptar una estrategia traductiva específica para, es necesario transformar el término según el valor que tiene el texto de partida, así como según el efecto que el autor quería obtener en el lector modelo, es decir en el receptor del idioma de llegada.

Considerando su contenido, es evidente que en la novela de Lidia Falcón, casi todos los realia que así se puedan considerar, hacen referencia a un conocimiento mínimo de la propia historia por parte del lector español; sin embargo, como se dirá también más adelante, unos realia pertenecen al “color” de la lengua española o no tienen un término equivalente en la terminología italiana.

Traducidos o introducidos en perífrasis u otras formas morfosintácticas pierden parte de su significado.

A este punto se introduce la duda sobre la elección que el traductor debe tomar frente a la posibilidad de una pérdida o de un residuo. Los autores de la ciencia de la traducción dan indicaciones diferentes, a veces contrastantes, pero complementarias.

Hablando de “información traductiva necesaria” Ludskanov acepta que pueda existir “intraducibilidad interlingüística”; Peeter Torop piensa que el traductor pueda no traducir en el metatexto, sino utilizar el aparato paratextual; incluso según Lefevere “en cualquier forma de comunicación, que conlleve o no traducción, hay una pérdida”, que puede ser relativa o total y que puede aumentar conforme a la distancia temporal y geográfica de las culturas que se comparan (cronotopos)¹⁸. Umberto Eco ofrece un amplio abanico de ejemplos con el capítulo 5 de su obra *Decir casi lo mismo*¹⁹.

Para diferenciar el ámbito del residuo como “señal” es oportuno volver a unas referencias de base: se traduce desde una cultura a otra (Osimo); cada traducción es subjetiva (Osimo); cada texto tiene un contenido que se comunica de manera activa y un contenido que la cultura y el contexto comunican de manera pasiva, que resulta ser obvio por el receptor (sentido común).

¹⁸ LEFEVERE, A. (1975), *Translating Poetry: seven strategies and a blueprint*, Amsterdam, Van Gorcum, p. 105

¹⁹ ECO, U. (2003): Op. cit.

1.6 Indicaciones o parámetros

La metáfora de las indicaciones en el camino del traductor permite considerar indispensables como líneas guía unos aspectos que los expertos de traductología reconocen: parámetros, la equivalencia, la cultura de partida y la de llegada, la connotación y la negación como etapas aglutinantes.

De Peeter Torop es el mérito de haber puesto la traducibilidad como base, agrupando en seis parámetros las indicaciones que de otra manera habrían sido dispersivas: lugar, tiempo, espacio, texto, obra, determinación socio-política. Por cada una de estas categorías ha indicado las estrategias que se pueden aplicar²⁰.

Tabella 1.2 La traducibilità della cultura

Parametri di traducibilità	Strategie traduttive
Lingua: categorie grammaticali <i>realia</i> etichetta di conversazione associazioni visione del mondo	nazionalizzazione (naturalizzazione) transnazionalizzazione denazionalizzazione <i>mélange</i>
Tempo: storico dell'autore degli eventi culturale	arcaizzazione storicizzazione modernizzazione neutralizzazione
Spazio: sociale geografico psicologico	concretizzazione percettiva: localizzazione visualizzazione naturalizzazione esotizzazione neutralizzazione
Testo: segnali di genere testuale livelli cronotopici narratore e narrazione aura espressiva del personaggio lessico dell'autore e sintassi sistema dei mezzi espressivi	conservazione/non conservazione della struttura (gerarchicità degli elementi e dei livelli) conservazione-non conservazione della coesione
Opera: complementarità dei metatesti (libro): presupposizione	versione dei lettori chiarimenti interstuali commentari interlineari commentari speciali alla fine commentari sistematici generali compensazione metatestuale
Manipolazione sociopolitica: norme e divieti (<i>editto purificata</i>) giudicatività (tendenziosità) del metaetatesto	purificazione (tendenziosa) dei testi orientamento dei testi

Sin dudas la traducción siempre empieza comprendiendo el objetivo del autor, de las dominantes y de lo que el lector se espera; los parámetros permiten acercar de manera lógica el prototexto al lector del metatexto.

²⁰ TOROP, P. (2009): Op. cit. pp. 77-78

En la novela de Lidia Falcón por ejemplo, novela que se puede considerar contemporánea en el contenido, así como en las problemáticas y parecida al italiano a nivel etimológico, son relevantes la narración (texto) y situar dentro de un contexto histórico, como se dirá también en la tercera parte de este trabajo.

Autores diferentes (Jakobson, Lotman, Peirce, Lefevere, Komissarov) han reconocido como parámetros las mismas categorías, que difieren quizás en los términos.

Se puede afirmar que los parámetros permiten al traductor identificar las referencias espacio-temporales y culturales del texto de partida para volver a codificar los conceptos según los criterios para definirlos como explícitos o implícitos²¹.

Tabella 6.8 Alta traduzionalità (adeguatezza)

Prototesto (autore)	Cultura altrui
differenza cronotopica	<—senso della mediazione
Metatesto (lettore)	Cultura altrui nella propria

Tabella 6.10 Bassa traduzionalità (accettabilità)

Prototesto (autore)	Cultura altrui	
differenza cronotopica	i	<<—senso della mediazione
Metatesto (lettore)	Appropriazione della cultura altrui	

6.8 - Explicación

El investigador de la traducción Toury ha introducido una distinción entre los conceptos de “adecuación” y “aceptabilidad”, que derivan del concepto de “traducibilidad” de Popovič. En la traducción interlingüística surge una diferencia cronotópica entre el prototexto y el lector del metatexto. El lector puede recorrer esta diferencia, acercándose al prototexto como a un elemento de la otra cultura, haciéndose cargo de este acercamiento, aprendiendo durante el proceso nuevos elementos de una cultura ajena. O es el prototexto – gracias a la mediación del traductor – que “se acerca” al lector, transformando los elementos de la otra cultura que contiene y asimilándolos a su propia cultura (del lector). Una estrategia que sigue el primero entre los dos planteamientos, es decir que preve la preservación del prototexto como expresión de una cultura diferente y según la cual el traductor ayuda al lector en recorrer la diferencia cronotópica entre sí mismo y el original, a nivel altamente traductivo.

El metatexto traductivo (adecuado) mantiene muchas características del prototexto: a menudo se pueden notar la exotización, el situar en un contexto histórico y, en general, el extrañamiento cultural. La lectura es más comprometida pero enriquece más, es más fecunda en la dialéctica de la semiósfera. El traductor mantiene cuanto más posible las características de “otra cultura” del prototexto, permitiendo al lector comprender el texto por lo que es: expresión y parte de una cultura ajena. No se cumple ningún intento de hacer pasar el metatexto por un original. El lector se enfrenta con un texto más difícil de insertar en las categorías y en los esquemas de la propia cultura, quizás poco fluido pero rico de estímulos para la mutua fecundación entre culturas en la dialéctica propio/ajeno de la semiósfera.

I Los *realia* se mantienen y no se sustituyen, los nombres propios no se adaptan, los deícticos se mantienen intactos, en la sintaxis se intenta reproducir la construcción estándar con una construcción

²¹ OSIMO, B. (2001), *Propedeutica della traduzione. Corso introduttivo con tavole sinottiche*, Milano, Hoepli, pp. 102-103

estándar, [...]

6.10 - Explicación

La lectura del metatexto resulta ser más fácil pero implica un menor enriquecimiento cultural. El traductor tergiversa las características ajenas al prototexto, simplificando la lectura del texto que ya no se percibe como ajena. En casos extremos, puede haber un intento implícito o explícito de hacer pasar el texto por un original. El lector se enfrenta con un texto que puede asimilar de manera más simple, un texto más leíble.

Los *realia* se sustituyen con los *realia* de la cultura receptora o estandarizados (un *muffiti* se puede transformar en un bollo o en un dulce genérico o en una tarta pequeña), los nombres propios tanto personales como geográficos se adaptan (León Tolstói, Nueva York), la sintáxis y el léxico se estandarizan, el metro y otros eventuales artificios poéticos se sustituyen con formas difundidas en la cultura receptora, los registros y los idiolectos que crean la polifonía del prototexto se uniforman, los elementos históricos se modernizan y los exóticos se localizan. Las repeticiones se eliminan con el pretexto de que en la cultura receptora resultarían desagradables. Refranes, locuciones y metáforas se sustituyen con refranes, locuciones y metáforas parecidas (equivalencia funcional de Nida) o eliminados y traducidos en formulaciones explícitas.

El traductor no es sólo el responsable de una estrategia más o menos traductiva: a menudo es la cultura receptora que establece las normas de traducibilidad. Pueden intervenir factores de orden político, el hecho de que ciertas culturas sean dominantes o recesivas en un dato momento histórico o el hecho de que en un área prevalezca la cultura de la apropiación de las otras culturas *versus* la cultura de la comparación y del intercambio.

No olvidando la norma de la negación²² como compromiso.

Esta permite aislar el contenido nuclear de la parte de texto que se traduce, decidir según las propiedades de un término (esenciales, diagnósticas, accidentales) como elección sintáctica y morfológica para avanzar en la connotación del término seleccionado en el texto de llegada. El resultado será una inaprensible equivalencia. La búsqueda de la equivalencia es, en efecto, uno entre los objetivos que más se han discutido en la ciencia de la traducción. Federica Scarpa observa como la equivalencia traductiva se pueda definir como un concepto dinámico, es decir la máxima correspondencia semántica funcional y socio-cultural que se puede obtener entre texto de partida y texto de llegada.

“El objetivo de la traducción [...] es la producción de un texto cuyo sentido y cuya intención comunicativa sean los mismos en la original como en la cultura de llegada; el mismo valor socio-comunicativo que el original había en la cultura de partida”²³.

Al traductor le corresponde establecer una jerarquía entre diferentes soluciones de equivalencia con el objetivo de conseguir el mismo “valor”.

Trabajando sobre la obra de Lidia Falcón la elección resulta ser delicada, dado que tanto el contenido de la dominante como el contexto político-histórico hoy en día siguen siendo muy actuales a nivel ideológico también en la cultura de llegada; es fácil caer así en el error de interpretar desde el punto de vista del lector modelo italiano.

Durante esta fase es fundamental delimitar la denotación (contexto histórico antes y después del franquismo) y dejar que la connotación se filtre para permitir la lectura por parte del lector de llegada.

²² ECO, U. (2003): Op. cit. p. 231

²³ SCARPA, F. (2005): Op. cit. pp. 93-94

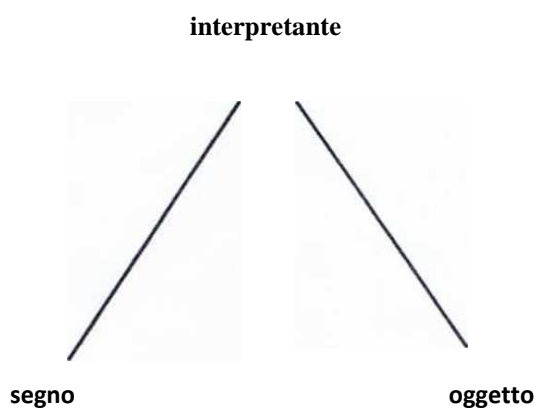
1.7 El proceso traductivo

El objeto de estudio principal de la ciencia de la traducción es el proceso traductivo, ya que de él derivan las cuestiones que más se han debatido en este ámbito. El campo de investigación es amplio; de cada afirmación hecha por los autores que han tratado el tema se pueden sacar unas indicaciones que deben pertenecer a ese “bagaje indispensable”, a esa “base de partida” a las que se hacía referencia en la introducción. Se mencionarán rápidamente porque se emplean en la traducción de la obra de Lidia Falcón, objeto del presente trabajo.

La primera pieza de este complejo puzzle es la conquista de Peirce, padre de la semiótica, por el que la traducción se basa en la relación entre tres elementos: el signo, el objeto, el interpretante. Este último en el sentido de signo interpretante y no como persona interpretante.

In che senso un oggetto fa da tramite per significare qualcos'altro? Per capirlo occorre conoscere la triade fondamentale di Peirce, quella tra —>segno, —>interpretante e —>oggetto. Tale triade differenzia la semiotica peirceiana dalla —>semiologia saussuriana, che prevede uno sdoppiamento *signifiant- signifié*:

Per «semiosi» intendo (...) un'azione, o influenza, che è, o comporta, una collaborazione di tre soggetti, come un segno, il suo oggetto e il suo interpretante, senza che questa influenza tri-relativa sia in alcun modo risolvibile in azione tra coppie (1931-1958, 5:484)²⁴.



Esta relación se subdivide en dos momentos fundamentales: la fase de análisis en la que el traductor se dirige al prototexto para comprenderlo en todos sus aspectos y la fase de síntesis en la que se proyecta el prototexto en el lector típico del metatexto.

Empezando por esto se podría abrir una mención de los estudios que han intentado aclarar el vínculo que hay entre lector tipo del prototexto y cultura receptora en el metatexto, recordando así la importancia de las categorías que se han analizado antes (cronotopos, equivalencia, dominante...), corriendo el riesgo de perder en concisión.

Es imprescindible comprender si, al término del proceso de análisis y síntesis la información del receptor es la misma o “casi” la misma de la que el remitente ha dado; por lo tanto es importante atribuir el

²⁴ OSIMO B. (2001), *Propedeutica della traduzione. Corso introduttivo con tavole sinottiche*, Milano, Hoepli, p. 30

mismo significado a los signos que se traducen de imágenes en el primer sistema (análisis) en conceptos en el segundo sistema (síntesis)²⁵.

La conquista lograda por la traductología es que, a pesar de ser un proceso mental y subjetivo, es de todas maneras científico.

Se puede definir como un proceso científico porque utiliza un método: prevé una decodificación del significado identificando los segmentos del texto original que se quieren traducir (palabras, frases, párrafos...); y una codificación en el idioma de llegada, cuyas reglas morfosintácticas se deben respetar. Cada fase se comprueba.

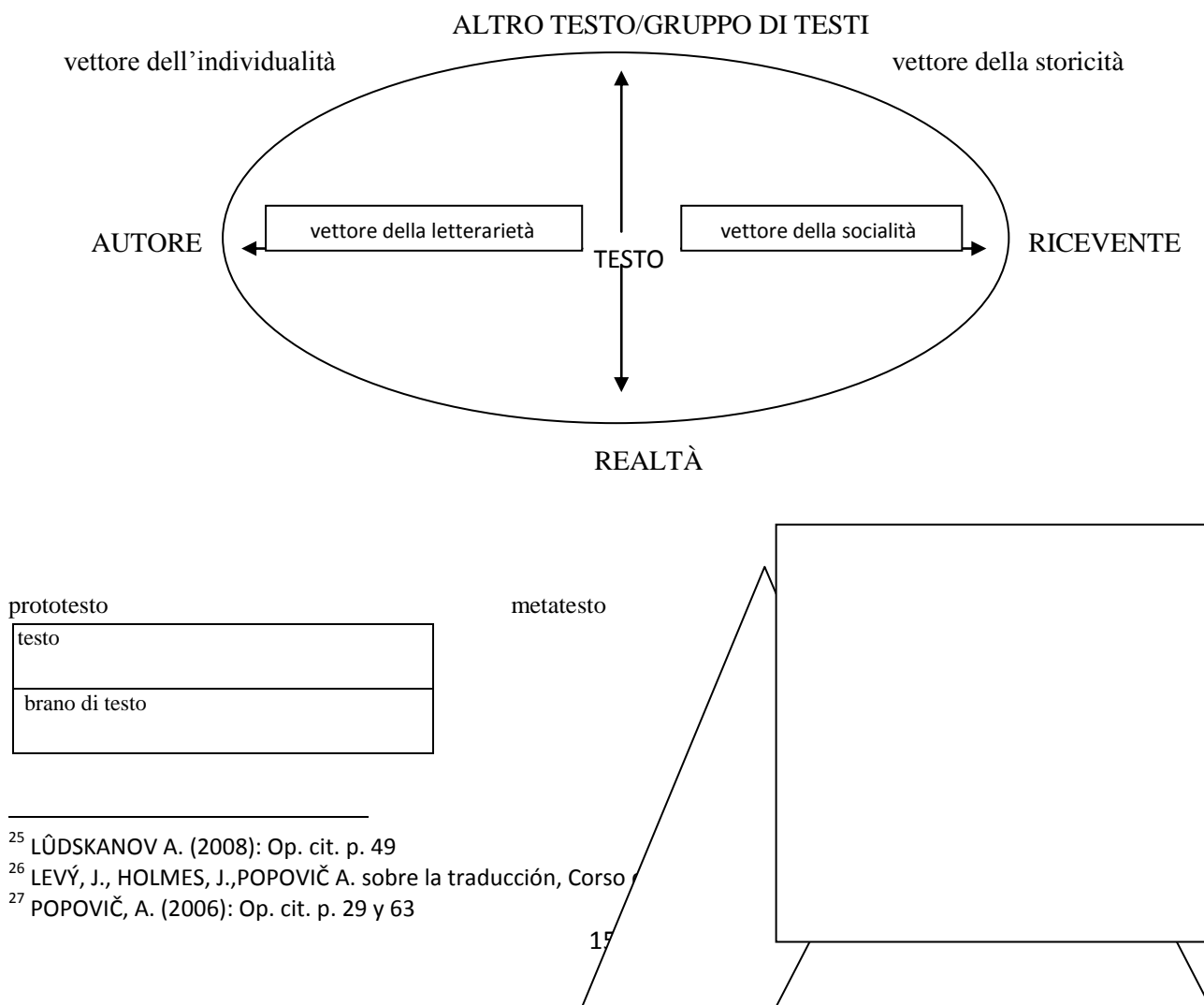
En la base de la decodificación es necesario tener un conocimiento profundo de la gramática, de la semántica, de la sintaxis, de las expresiones habituales y de otros aspectos importantes del idioma de origen.

Lo mismo vale por el idioma de llegada, que será probablemente la lengua materna.

Pero entre el original y la traducción se trabaja con material mental que pide al traductor una serie compleja de elecciones semánticas, cada una recuerda referencias intertextuales e intratextuales. Después de una elección provisional se retoma el segmento sucesivo, comparando siempre todo con el texto global que se debe analizar antes y con las prioridades que se atribuyen al contexto cultural, al contexto del autor (poética), a los elementos verbales precedentes y sucesivos (co-texto)²⁶.

En la búsqueda de la síntesis y de la funcionalidad, muchos autores han intentado visualizar las fases de este proceso con esquemas más o menos exhaustivos.

Figura 3.1 Modello della comunicazione: aspetti e relazioni²⁷



²⁵ LÛDSKANOV A. (2008): Op. cit. p. 49

²⁶ LEVÝ, J., HOLMES, J., POPOVIČ A. sobre la traducción, Corso

²⁷ POPOVIČ, A. (2006): Op. cit. p. 29 y 63

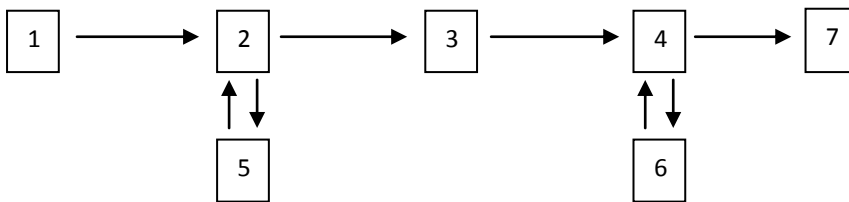
capoverso
frase
sintagma
parola
morfema
Fonema/grafema

Las indicaciones del profesor Bruno Osimo son simples y adecuadas para este trabajo, hechas desde el punto de vista de los estudiantes, en una actitud didáctica (*Manuale del traduttore*).

28

traduzione adeguata (modello)							
ricoc		ifica		trasposizione			
analisi		sintesi		analisi		sintesi	
dominantica	autonoma	dominantica	autonoma	dominantica	autonoma	dominantica	autonoma
<i>pastiche</i>	citazione	stilizzazione	perifrasi	adattamento	parafraasi	<i>burlesque</i>	allusione
1	2	3	4	5	6	7	8

Figura 2.10 Il proceso comunicativo intralinguistico²⁹



Partendo da una fonte di informazione data (1) e da certe regole (5), l'emittente genera un testo verbale (3); dal canto suo il ricevente (4) decodifica partendo da certe regole (6) questo testo ed estrae l'informazione che veicola (7).

30

traduzione adeguata							
ricodifica				trasposizione			
analisi		sintesi		analisi		sintesi	
autonoma	dominantica	autonoma	dominantica	autonoma	dominantica	autonoma	dominantica
precisa	macrostilistica	traduzione-citazione	microstilistica	descrittiva	tematica	libera	espressiva

²⁸ TOROP, P. (2010): Op. cit. p. 153

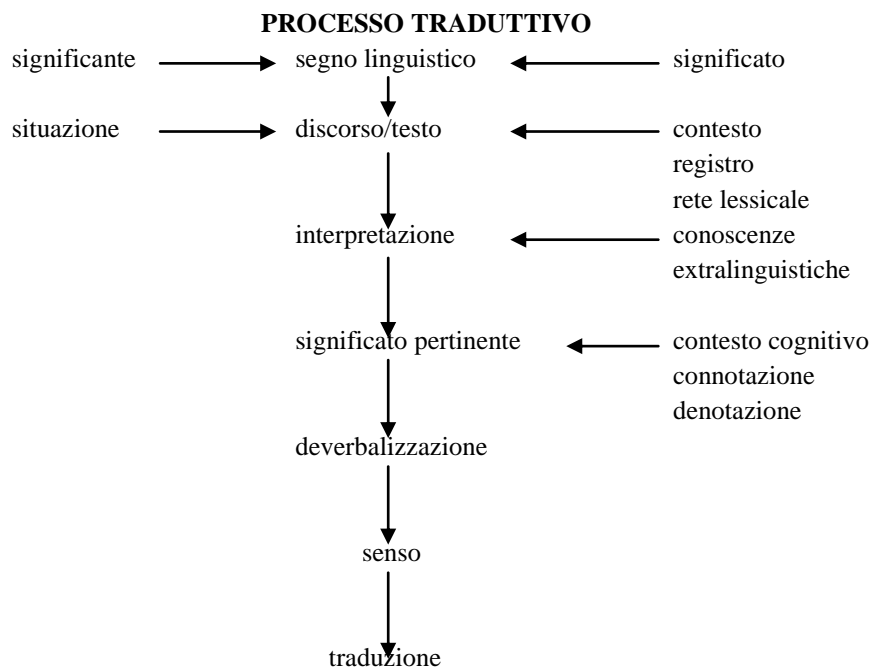
²⁹ LÛDSKANOV, A. (2008): Op. cit. p. 43

³⁰ TOROP, P. (2010): Op. cit. p. 104

Fases del proceso mental de la traducción³¹:

- 1) signos gráficos comparados con el repertorio del cerebro hasta encontrar una correspondencia;
- 2) recuperación de la memoria de los aspectos semánticos de las diferentes acepciones de la palabra;
- 3) individuación de las conexiones con las palabras que la preceden y siguen intentando sacar el significado de una unidad semántica más amplia de la palabra, por ejemplo, la frase;
- 4) ideación de cómo se puede articular el contenido semántico de la misma frase en la lengua de llegada, hacer que resulte reconocible el contenido en la propia lengua;
- 5) crear un proceso mental que transforme un material mental convertido y verbalizado otra vez;
- 6) comprobación que las unidades semánticas que dividen el texto tengan coherencia entre ellas y con respecto a los micro textos de referencia. Deverbalización. Reverbalización;
- 7) revisión del trabajo hecho sobre todo en la lengua de llegada, en la que los automatismos o los errores pueden ser involuntarios; es necesaria una “separación” crítica que se pueda realizar en cinco niveles, en colaboración con un revisor.

Las sugerencias de Margherita Ulrych en *Terminología de la traducción* quedan como base de partida³².



³¹ OSIMO, B. (2003), *Manuale del traduttore: guida pratica con glossario*, Milano, Hoepli, pp. 48-52

³² DELISLE, J., LEE-JAHNKE, H., CORMIER, M. (2002), *Terminologia della traduzione* a cura di Margherita Ulrych, Milano, Hoepli, p. 163

Recorriendo las indicaciones de este cuadro se retomará como ejemplificación la traducción de unos términos que Lidia Falcón ha utilizado en los capítulos traducidos en este trabajo.

2. Análisis del texto original

2.1 Introducción

Esta no es la primera obra de la escritora Lidia Falcón que nunca ha parado su lucha por la defensa de los derechos de las mujeres con muchas otras publicaciones como, por ejemplo, *La violencia que no cesa*, *La vida arrebatada* y *Asesinando el pasado* entre otras, con entrevistas, conferencias, peticiones, grupos de trabajo.

De cualquier modo sería un error considerar la novela sólo como un acto de denuncia; en parte lo es, pero el traductor, para presentarla a un eventual lector italiano, antes debe conseguir descubrir sus temáticas y la estrategia compositiva más allá de la aparente tesis principal.

Los personajes y sus conductas se pueden comprender sólo insertados en un contexto histórico que se puede resumir a través de unas etapas fundamentales: el Caudillo Francisco Franco está muy enfermo, todos esperan su muerte inminente:

“-Esta vez es la definitiva –remarcó Daniel-. Desde mayo parece que se encuentra muy mal, pero ahora ha empeorado... Seguramente de esta no sale... Hemos de prepararnos para el momento de la muerte...” (p. 120)

Aumentan las huelgas y los atentados, los militantes a los que la protagonista pertenece se organizan en partidos más o menos resueltos a cambiar el régimen con diferentes estrategias.

Beatriz menciona la revolución de los claveles del año anterior en Portugal:

“[...] el año anterior, cuando se produjo la revolución de los claveles en Portugal, se fueron a Lisboa entusiasmados ante los acontecimientos” (p. 120)

Para comprender el cronotopo psicológico que se debe traducir es necesario recordar que en esa misma época la represión fue muy dura, los que estaban en contra y los disidentes debían huir al extranjero como hizo Ruth, la protagonista para evitar la cárcel, que tanto Rafael como Jaime experimentaron:

“-Soy un amigo de Rafael, acabo de salir de la cárcel y vengo a traerle un recado de su parte. Es él que me dijo que la llamara esmeraldita para que usted supiera que soy de confianza.” (p. 140)

1936-1939: la Guerra Civil, primera prueba efectiva en Europa de la oposición entre dos ideologías (comunismo-democracia). Este acontecimiento queda constantemente en los recuerdos, evocados por numerosos *flashes back* de los padres de Ruth, Anselmo y Micaela, pobres pero al mismo tiempo instruidos (profesores), transmiten a las hijas Ruth y Esther los valores de esa burguesía que se oponía al régimen, que dará a España la fuerza para cambiar el contexto político e histórico.

1936-1975: la dictadura de Francisco Franco. El Generalísimo, apoyado por las clases más acomodadas, por la Iglesia y por el Ejército, consigue evitar la intervención en la Segunda Guerra Mundial, cierra el país en la autarquía, fuente de pobreza y en los 50-60 retoma las relaciones con los Aliados, empezando así el desarrollo que lleva a la revitalización de una clase media a menudo corrupta; mientras tanto a la ciudad llegan masas desde el campo, creando asentamientos organizados mal y creando al mismo tiempo malestar (del que se habla también en los capítulos traducidos), causa de huelgas y protestas.

El Generalísimo dirige el pasaje a la monarquía constitucional, Generalísimo que señala a Juan Carlos de Borbón su sucesor. La educación y la formación de la protagonista se desarrollan entre los años 50 y 70.

La ideología del franquismo ha impregnado minuciosamente la cultura española, utilizando estrategias educativas precisas: filas de “delegadas” iban a los pueblos más aislados para instruir a las jóvenes al culto del hogar: la mujer sometida al hombre y a la Iglesia llega a ser el eje del conservadurismo y la base en la que el poder cuenta para conseguir orden y obediencia³³. Este es el clima que es necesario conocer para coger la dominante en la traducción y para reducir lo más posible pérdidas y residuos.

La dominante llega a ser completa con el análisis de la figura de Marta, joven colega de la protagonista a la que se abre, contando experiencias de violencia, género y prepotencia perpetradas en el ámbito familiar. Es posible captar una subdominante, la “pequeña historia” es parte de la historia nacional porque los personajes ejemplifican sus aspectos salientes:

“-Pero Marta, ¿cómo lo aguantáis? ¿Por qué no os vais todos, con vuestra madre, a otro sitio? [...]

-¿A otro sitio? ¿A dónde? ¿Dónde nos vamos a meter siete personas, una de setenta años y cuatro niños de quince a siete años? ¿De qué vamos a vivir?” (p. 113)

La estrategia traductiva indicada en la primera parte como “base de partida” o “señales e indicaciones” ha exigido una decodificación minuciosa y la consiguiente recodificación de términos ideológicos individuados en el contexto histórico, siguiendo la estrategia traductiva del profesor Osimo³⁴.

“dictador, tirano, comunistas, revolución de los claveles, dirigentes de la izquierda, socialistas, sindicalistas”

“dittatore, tiranno, comunista, Rivoluzione dei garofani, capi della sinistra, socialisti, sindacalisti” (p. 120)

“dictadura, jefe del Estado, dirigentes del partido, guerra popular revolucionaria”

“dittatura, Capo di Stato, capi [...] di partito, guerra popolare rivoluzionaria” (p. 121)

“camaradas, bolcheviques”

“compagni, bolscevichi” (p. 122)

Estos y muchos otros ejemplos recuerdan la elección traductiva final: la negación (Umberto Eco) como procedimiento para transferir un contenido cultural específico, compartido probablemente por el lector italiano, pero sin los mismos “matices” semánticos.

³³ ZUCCHINI E. 2007, *Le donne spagnole negli anni del primo franchismo. L'organizzazione, le dirigenti, la formazione dei quadri*, Università di Bologna, (<http://amsdottorato.cib.unibo.it/570/1/zuliani.pdf>)

³⁴ OSIMO, B. (2003), *Manuale del traduttore: guida pratica con glossario*, Milano, Hoepli

2.2 La autora

Lidia Falcón O'Neill nace en Madrid poco antes del inicio de la Guerra Civil en España. Hija de una escritora, periodista y traductora y de un líder comunista, nieta de una anarquista, feminista y escritora, crece entre mujeres, cuyos maridos habían muerto durante la guerra.

Su familia vive y sufre una verdadera diáspora: con el marido en exilio y el cuñado muerto en la guerra, su madre le cría cuidando al mismo tiempo de su abuela, de su tía y de sus primas, en un ambiente en el que la mujer siempre ha sido todo.

Estudia y se licencia en Arte Dramático, Derecho, Periodismo y es doctora en Filosofía; líder internacional del feminismo español, sigue luchando por los derechos de la mujer y a favor del divorcio.

Como abogada defiende a los trabajadores en las luchas sindicales, que alterna con continuos viajes clandestinos a Francia, para mantener un contacto con los exiliados antifascistas.

Milita en el Partido Socialista Unificado de Cataluña y en otra escisión del Partido Comunista y, a consecuencia de su activismo político bajo el régimen, le encarcelan dos veces durante casi dos años.

Publica sus primeros artículos en defensa de la dignidad de la mujer a los 14 años, desarrolla su batalla en el feminismo creando *Vindicación Feminista y Poder y libertad*, fundando y dirigiendo a principios de los 80 el Partido Feminista de España.

Como escritora ha publicado hasta ahora 39 obras, entre las cuales *Cartas a una idiota española*, *Los Nuevos Mitos del Feminismo*, *Amor, Sexo y aventura en las mujeres del Quijote*, *Los hijos de los vencidos*, *Viernes y 13 en la calle del Correo*, *Camino sin retorno*, *La vida arrebatada*, por ejemplo.

Como periodista, colabora con *El País*, *El Mundo*, *Público*, *Interviù*, en la radio participa en programas de Radio Nacional, Cadena Ser, Catalunya Radio y en la televisión en Telemadrid, en la Televisión Española o Tele 5, entre otras.

Gracias a sus inagotables fuerza y actividad, escribe también muchas obras de teatro y tiene conferencias en toda Europa, en universidades norteamericanas, en África, Latinoamérica y Asia, incluso por organizaciones como la Comunidad Europea y la ONU.

Su agudeza y su formación le permiten escribir libros que son al mismo tiempo testigo crítico y objetivo de la época que ha vivido, llena de sucesos y de cambios políticos, culturales y sociales que se han producido en la España contemporánea.

Es posible distinguir de manera bastante evidente la preparación de carácter periodístico de la autora en su manera de escribir y de desarrollar los acontecimientos en sus cuentos, utilizando incluso la ironía como método para describir el punto de vista de quien ha aprendido a luchar sin parar.

2.3 Resumen

Los capítulos que he traducido de *Al fin estaba sola* presentan un período bastante decisivo en la vida de la protagonista, un período en el que hará unas elecciones que cambiarán para siempre su existencia y la de las personas que la rodean. Ruth, una mujer con dos niñas pequeñas que trabaja como secretaria en una empresa, milita al mismo tiempo en un partido revolucionario de izquierda. No obstante las relaciones con la familia de su ex marido siempre hayan sido hostiles, se ve obligada a pedir ayuda a Amparo, ex cuñada con la que antes fingía una relación de respeto recíproco para obtener noticias de Rafael, su pareja que está en aislamiento en la cárcel con otros militantes del partido. Reflexiona así una vez más sobre el epílogo del matrimonio fracasado, sobre la tipología de personas a las que se ha ligado durante la universidad y sobre las diferencias que siempre ha advertido entre ella y los que pertenecían a la burguesía barcelonesa.

En muchos de sus pensamientos parece que Rafael la acompañe siempre, con recuerdos e incesantes *flash-back* de sus conversaciones, al punto de pensar más y más veces al amor que siente por él.

Entre las voces interiores que llenan sus reflexiones y la empujan a ir adelante persiguiendo sus ideales, están además el padre Anselmo, ya muerto pero mencionado siempre por las ideas liberales y democráticas que intentaba comunicar a sus hijas y la madre Micaela, ella también maestra, de índole socialista, que mucho había sufrido y vivido cuando era joven por culpa de la represión franquista.

Con Ruth trabaja Marta, una chica que tiene muchos problemas en casa, que debe sustentar su familia con un mísero sueldo, cuyo padre pega a los hijos y a la madre; el deseo de conseguir ayudarla permite a la protagonista evadirse temporalmente de los problemas que la afligen, como en el caso de Eusebio Pereda, su jefe, cuyo acosos no son rechazables. La breve relación que nacerá entre ellos adquiere unos rasgos de sometimiento, dados por la imposibilidad de negarse sin arriesgar a pagar consecuencias.

La celebración del Año Internacional de la Mujer proclamado por las Naciones Unidas brinda la ocasión de discutir tanto con Daniel, el líder de la célula del partido en el que milita Ruth, como con ella misma. Utilizando esta celebración, intentará provocar determinadas reacciones en Marta, atormentada por las cuestiones que atañen a su familia y angustiada por el miedo de que su padre, antes o después, mate a su madre. Así consultan a un abogado que sigue los juicios de los detenidos del partido, Jordi Puig Munné, pidiéndole asistencia jurídica gratuita para su compañera de trabajo pero sin éxito, dado que se trata sólo de uno entre miles de maltratos en España en aquel período.

El capítulo XI empieza con Daniel, el responsable de la célula del partido, que anuncia la muerte próxima de Franco, añadiendo también que ha llegado la hora de prepararse para declarar la guerra popular revolucionaria. Esto provoca diferentes tipos de reacciones pero, sobre todo, provoca la repartición de ellos en dos bloques principales: el primero, favorable, está constituido por Daniel, Inma, una joven y atractiva chica de la burguesía barcelonesa y Bea, amiga de Ruth desde la universidad; el segundo, constituido sólo por Ruth misma y Santiago, un hombre de extracción social media-alta, él también poco propenso a las acciones violentas. Durante la reunión hay un enfrentamiento verbal bastante fuerte entre los militantes y hallarse en esa situación lleva a la protagonista a reflexionar sobre las motivaciones que la animaron cuando decidió entrar en aquel partido, en ese partido en particular, cuando Daniel mismo se fue a reclutarla a su casa, inmediatamente después de que su matrimonio con Arturo se acabara. De aquella unión nacieron María Rosa y Amparo, la primera con el nombre de la abuela y la segunda con el de la tía.

El miedo por lo que puede pasar atormenta a Ruth y, junto con otros problemas como la falta de dinero, la poca atención que está convencida de dedicar a las hijas y las cuestiones de trabajo, la agobian diariamente.

Llama a su hermana Esther que, como ella, lleva el nombre de una figura femenina fuerte de la Biblia, se va a su piso y la informa sobre lo que podría pasar. Esther es una joven estudiante universitaria que desde poco tiempo ha logrado la independencia, yéndose a vivir sola y dejando así también a su madre, viuda, sola. Sus padres, un modelo de sentido común contra el régimen, una pareja de nivel cultural alto que representa para la protagonista un constante ejemplo, se habían conocido trabajando como maestros en la aldea en la que vivían y de la que luego habían debido escaparse a causa de la represión franquista; su alto nivel cultural y las orígenes humildes siempre han condicionado la educación de Ruth y Esther, crecidas en un clima muy socialista, liberal, democrático y anti-totalitario.

Una pelea con la hermana hace reflexionar a la protagonista sobre las motivaciones que la llevaron a entrar en el partido en el que está, sobre los ideales revolucionarios que sigue pero que, al mismo tiempo, nunca le habrían hecho compartir una acción armada violenta.

En la oficina Pereda la persigue para poder estar solo con ella, la cita en el piso que utiliza para las aventuras extraconyugales pero no está interesado en ayudarle a nivel económico. En cuanto regresa a casa, se presenta un desconocido que le da una carta de Rafael desde la cárcel y le hace comprender que es una persona de confianza; se queda a cenar con ella y las niñas, hablan del partido y de otros asuntos políticos y, aunque ni conozca su nombre, el desconocido le explica dónde puede encontrarlo si necesita de algo.

Integrantes de su partido matan a un Guardia Civil y Ruth se entera gracias a una llamada de su hermana, que acaba de leer la noticia en el periódico. Después de la última reunión del partido a la que había participado y en la cual se había opuesto de manera firme a eventuales acciones, Daniel no la había ni convocado ni informado sobre las últimas decisiones que habían tomado.

Así decide ver a Bea para pedirle explicaciones pero la actitud de esta, indiferente y fiel como siempre al partido, no tiene mucho que ver con la amiga de toda la vida que Ruth conocía.

Empujada por el pánico, empieza a llevar a cabo su plan para salvarse; va a la oficina y, después de un encuentro con Pereda, le roba las llaves del piso en el que se encontraban para hacer un duplicado. Luego ve a Jaime, el desconocido que le había traído la carta de Rafael, le dice que tiene un sitio en el que pueden esconderse y le da la dirección del piso; le pide el enlace de alguien en el partido que pueda proporcionarle unos documentos falsificados para expatriarse y sólo luego se da cuenta de que el número que Jaime le había dado es lo de Daniel.

El día después en la empresa Marta le pide informaciones sobre la celebración del Año Internacional de la Mujer, utilizándolo como pretexto para desahogarse y hablar otra vez con Ruth de los problemas familiares que la agobian. La protagonista empieza a activarse, le explica a quién puede dirigirse y pide todos los datos de la madre de Marta, de los que necesitará más adelante para los documentos falsificados que le sirven para huir en Francia.

Ve a Daniel para pedirle ayuda pero se halla a enfrentar una barrera de fanatismo político, que no la considera tan importante para merecer documentos nuevos.

Desesperada pero resuelta en salvarse, corre a casa donde la esperan su hermana y sus hijas, ya listas para mudarse temporalmente a casa de la tía. Explica la situación a su hermana, saluda a las niñas y se encierra en casa, sin saber cuándo podrá volver.

2.4 Los personajes

En la presentación a este trabajo he mencionado el propósito que Lidia Falcón explica en la introducción a su novela: recordar nuestra historia, revelar los sufrimientos que las mujeres han padecido.

Este mismo propósito se realiza de manera natural en la trama que cuenta las adversidades que Ruth afronta, pero se realiza también en la interacción de los personajes destacados o secundarios que contribuyen a esbozar universos complementarios y diferenciados: el femenino y el masculino.

Desde un punto de vista global la Autora trata los dos “mundos” de manera diferente, mucho más detallado y con muchos matices en las componentes psicológicas y afectivas el femenino; más unívoco o tipificado el de los personajes masculinos.

Con un breve resumen quiero esbozar algunos de sus rasgos particulares útiles para la comprensión de los cinco capítulos que he traducido. De la Ruth protagonista y portavoz de los objetivos femeninos de una generación que ha nacido y ha sido educada bajo el franquismo, que asistió a la gran transformación, hablaré más de una vez: es ella la que cuenta, reflexiona, al fin queda sola después de haber intentado dar lo mejor en el compromiso político, en la familia, en las relaciones con los hombres.

Esther es la hermana menor que nació de una elección responsable de Anselmo y Micaela, que no traían hijos al mundo sólo para procrear, como el régimen esperaba, sino para dar una hermana a Ruth. De ella será siempre la denodada partidaria, también en los momentos más peligrosos, en el caso del robo para subvencionar la célula, en la protección de las hijas hasta pagar personalmente con la tortura cuando tendrá que cubrir la fuga de la hermana mayor, a la que obedece con abnegación; por eso le parece que esta la traicione y abandone. Con este personaje la autora presenta el papel de las mujeres que se han encontrado entre reforma y conformación pasando entre diferentes etapas, hasta ceder al banal aburguesamiento.

En la novela se mueven otros personajes femeninos que forman un puzzle cuyas fichas son diferentes porque proceden de clases sociales diferentes. Marta, por ejemplo, es la verdadera proletaria, vive en una familia que oculta en su interior la violencia de género, problema contra el que Lidia Falcón lucha desde hace mucho tiempo; al final el padre matará a la madre. En esta penosa experiencia, la chica encontrará la voluntad para dedicarse al activismo político encarnando una de las nuevas libertades que cada vez más la mujer española consigue: la de expresar públicamente los vínculos afectivos homosexuales. Sin embargo se liará con Mercedes, a la que habían culpado del robo que Ruth hizo. Inma y Bea son de extracción social burguesa, pero aunque la segunda demuestra ser una amiga fiel, una activista verdadera, está sumisa a las elecciones del líder; la primera en cambio representa a las revolucionarias de fachada, que nacieron ricas, falsamente proletarias, que al final vuelven a su status social pisoteando también a las amistades (Inma traicionará a Ruth con Rafael) e incluso apropiándose del dinero del partido al que pertenecía para asegurarse el bienestar al que estaba acostumbrada.

En este personaje se basa la crítica velada de Lidia Falcón contra esas mujeres que se declaran alternativas sólo para seguir la moda o sentirse diferentes, que al final quedan fieles a su clase social y a las ventajas que tienen.

En la figura de Amparo, la cuñada de la que habla en el capítulo IX, se reflejan esas mujeres que a menudo cambian totalmente de status e ideología, demostrando ser cada vez portadoras de los valores justos,

de la línea correcta. Es como si fueran la conciencia que habla a los otros callando sus perplejidades. Por lo menos se puede reconocer la honradez del compromiso.

En cambio parecen completamente en las antípodas los dos personajes de Micaela, la madre, de que se habla mucho en el Capítulo XI y de María Rosa, la hija aburguesada de la que se habla en los capítulos conclusivos que no han sido traducidos.

Micaela es la mujer española, fuerte, disponible, sabia, realista: se enfrenta a las innumerables dificultades que en su Pequeña Historia reflejan la Gran Historia de España.

Es testigo de cada momento de viraje: la República, la Guerra Civil, el Franquismo, la Transición, la Monarquía Constitucional. Se doblega, se adapta, obedece sin cambiar su persona, honrada y disponible con la hija Ruth, con la que sin dudas compartía muchas elecciones. Parece también que la autora la mire de manera bondadosa, satisfecha, porque Micaela es la parte mejor de España.

Desafortunadamente la nieta María Rosa parece no haber aprendido nada de su abuela y de su madre, llega a criticarla acusándola de haberla privado del bienestar que la clase de su padre le había proporcionado. Con esta acusación la joven anula todas las privaciones de la madre y no reconoce la profunda honradez de la abuela.

Los personajes masculinos son tipificados.

Daniel es el puro, el líder político, el compañero que da la línea guía y pide a los otros un sacrificio, traicionar los valores humanos fundamentales. En su personaje se esconde la pregunta principal de Ruth: “¿es justo sacrificar a los afectos para el ideal?”. En el enredo entran otros personajes masculinos, algunos sólo mencionados como Jordi u José Antonio. Entre todas se destacan dos figuras: Anselmo, el padre, y Rafael, la pareja de Ruth. Los dos representan al hombre español, educado en una sociedad capitalista, patriarcal, en la que la honradez, la apertura mental, la sinceridad de las ideas está impregnada de la conciencia de ser el macho, es decir, la guía que debe elegir también para la mujer, sea la esposa, la hija u la amante. Se trata de personajes positivos, aunque Rafael al final revela su naturaleza infiel en las relaciones amorosas; todavía Ruth le agradece la ayuda económica el sostén en la educación de las niñas.

Su jefe, el señor Pereda, es avieso de manera casi patética con respecto a su mujer y a su fe, pero su comportamiento ejemplifica lo que las mujeres españolas a menudo debían aguantar en el mundo del trabajo.

La línea educativa que Pilar Primo de Rivera introdujo condenaba a las mujeres a ser las protectoras del hogar, voluntarias para el bien social, dependientes en todo del hombre de la familia. También cuando se le permitía trabajar debían ser sumisas porque en cada momento habrían podido perder el empleo.

Pereda es la representación de los hombres que aprovechan de esta ventaja garantizada y protegida no sólo por el poder, sino también por la Iglesia Católica.

En la novela aparecen además otras figuras masculinas positivas, aunque por mencionadas: Jaime y Santiago. El primero verdadero militante, paga personalmente por sus ideas, pero sabe mantener la rectitud en compartir las ideas políticas de los militantes de la célula. Formará parte de la estafa que proporcionará el dinero del banco y será él mismo el que lo sacará, llevando su traje más elegante, esmerado y seguro de sus elecciones.

De alguna manera Santiago atenúa el juicio sobre la clase burgués que “flota” en toda la novela.

2.5 Tipo de texto

Al fin estaba sola aún no se ha traducido y publicado en Italia, probablemente porque se considera demasiado alineado, demasiado en temas que en Italia parecen anticuados.

Aunque los cinco capítulos elegidos por la traducción puedan confirmar en parte esta sensación, en realidad la novela en su conjunto se presta a diferentes lecturas que evidencian algunas peculiaridades: narrativa propiamente dicha, histórica, ideológica, bajo cierto punto de vista también policíaco.

Durante el pasaje del prototexto al metatexto ha sido necesario ejercer, a través de una metodología puntillosa: las líneas guía que se han evidenciado en el párrafo relativo al proceso traductivo para identificar, decodificar y transferir en diferentes posibilidades semánticas el contenido de los núcleos mínimos y de los conceptos clave, para recodificarlas utilizando la praxis de la negación que Umberto Eco propone.

Bajo el punto de vista literario (la estructura se analizará más adelante), *Al fin estaba sola* cuenta los avatares de una mujer del siglo XX que sufre los cambios históricos de su propio país, construye un recorrido de autognosis, necesaria en su papel de cura que la naturaleza, la historia, la cultura y la conciencia personal le han proporcionado.

A través de los personajes, unos positivos (Ruth, Esther, Micaela, Jaime), otros negativo (Eusebio, Amparo, Daniel, Jaime...) la autora sondea el ánimo humano. No hay un desenlace feliz y tampoco héroes, pero se percibe la reflexión sobre un siglo apasionante a nivel de progreso, pero triste por las elecciones humanas.

Sobre ellas se cierne la lectura de los aspectos históricos que, para la traducción, ha requerido una esmerada documentación preliminar y ha evidenciado unos realia demasiado diferentes con respecto a la lectura del lector italiano para poderse traducir sin pérdidas semánticas.

El capítulo XI puede ser un ejemplo para comentar las elecciones traductivas hechas.

“Michela Hermoso había tenido un padre jornalero anarquista en uno de los pequeños pueblos de la Andalucía caciquil, que fue asesinado por los falangistas a los pocos meses de iniciar la guerra, cuando la población cayó ante el avance de las tropas franquistas.” (p. 128)

El caciquismo distinguió de manera negativa la sociedad española por muchas décadas, en particular en las regiones del sur.

Durante la Segunda República (1931-1936) se sancionó una reforma agraria para reducir la influencia de los caciques en el trabajo de jornaleros y quinteros, pero tampoco el Franquismo consiguió mitigar su poder.

Traducir “caciques” habría sin dudas llevado a una pérdida semántica: el término italiano “latifondista” no recuerda la violencia y el poder negativo que siguen presentes en España; “signorotti” habría otorgado un matiz semántico casi noble comparado con el significado de “feudatario” en Italia. En la traducción al italiano la elección ha caído sobre “signorotti”, consciente de la pérdida semántica.

Incluso la oración “En aquel terrible periplo por las tierras de la Mancha [...]” (p. 128), en la traducción hay una pérdida. En este caso significado y significado no coinciden perfectamente, dado que en el significado italiano se pierde el valor casi épico de un fenómeno que hizo mover una buena parte de la población, entre sufrimientos indecibles en un territorio desolado.

La traducción del término “moros” (p.128) marca la distancia entre cultura del lector modelo español y cultura del lector empírico italiano. Este, sin una nota explicativa, nunca comprendería quiénes eran los moros, es decir la milicia especial que contribuía a crear sobre la figura del Caudillo un halo de intocabilidad, de violencia, así como de respeto reverencial, cuya percepción para los españoles queda sin variar.

Igualmente diferente de la cultura italiana es la comprensión del gesto demostrativo del hombre que puso la boina roja sobre la cabeza de la estatua del Don Quijote. El gesto revela el desprecio por la otra ideología que a menudo ha originado, en la Guerra Civil española, acontecimientos de una violencia casi inenarrable.

Los españoles han superado, aunque no olvidado. Esto se puede observar en muchas otras referencias históricas presentes en toda la novela.

Es normal preguntarse a este punto si las implicancias ideológicas favorecen una lectura más política.

Lidia Falcón es, sin duda, una feminista coherente, es una mujer de izquierda: en parte la protagonista de la novela se le parece, pero esta obra no es expresión de una ideología.

Los contenidos podrían dejarlo entender, sobre todo en los cinco capítulos traducidos: Marta, la colega de Ruth, es víctima de violencia de género.

Los protagonistas masculinos no son exactamente heroicos; el capítulo XIII es un enfrentamiento de ideologías a través de los personajes (Beatriz, Daniel, Ruth, Esther, Anselmo y Micaela) tienen opiniones diferentes con respecto a la ética.

En muchos puntos se puede notar la crítica a la Iglesia o a los representantes de las organizaciones internacionales; los aspectos ideológicos son funcionales a la construcción de la figura de Ruth: su educación llega de Anselmo y Micaela; sus elecciones dependen de su ética; los acontecimientos que crean la trama conducen a la argumentación sobre la tesis fundamental: “al fin estaba sola”.

Para poder comentar la función del texto leído en su totalidad y traducido en los cinco capítulos, es necesario presentar a la autora, el contenido que ella nos ha proveído, los personajes a los que ha encargado su narración.

2.6 Función del texto

Es necesario aclarar una primera diferenciación que surge interpretando el término “función” en el texto.

Según la autora Lidia Falcón es ante todo una obra narrativa; sin embargo en su contexto cultural e histórico es también una obra representativa de una élite que comparte la misma idea; sin duda tiene una función conativa, con objetivos precisos; al final revela consecuencias argumentativas que quizás no resultan evidentes enseguida (la soledad de la mujer) ligadas a la dominante y a la connotación de los acontecimientos.

Desde el punto de vista del traductor la “función” se presenta en parte diferente, porque el contexto cultural del lector modelo italiano no es igual; así si dejamos las muchas funciones implícitas que la autora podría haber puesto en su novela, el traductor necesita reconocer los factores extratextuales e intertextuales, la estructura, el lector modelo, estilo y registro para traducirlos con la mejor equivalencia al lector italiano, aplicando siempre las indicaciones generales que antes hemos resumido en “señales e indicaciones” (1.4).

Los factores extratextuales necesarios para interpretar son, en general, identificables reducidos al nivel denotativo: la emisora Lidia Falcón comunica a un destinatario en una novela narrativa (medio, canal) los hechos de la historia imaginada y del propio país (donde) referidos a una etapa que va de 1920 más o menos hasta hoy. El objetivo se deduce de la dominante y sale en la connotación de unos acontecimientos, dado que por lo menos el último período histórico vivido por Ruth, la protagonista, coincide con la experiencia de la autora.

En la construcción de la trama se revelan también las subdominantes que introducen en la trama misma, a través de la estrategia textual del flash back, también décadas anteriores.

“La madre, con tres niños de ocho, cinco y cuatro años, inició el éxodo a pie en dirección a Ciudad Real [...]”

“La madre, con al seguito tre figli di otto, cinque e quattro anni, intraprese l'esodo in direzione di Ciudad Real [...]” (p. 128)

Pasado, presente y futuro se actualizan en la narración recordando la subdominante: la historia individual refleja la historia del país.

2.7 Lector modelo al que se dirige el texto

Entre los factores intratextuales indicados por Federica Scarpa³⁵ es imprescindible destacar “el nivel de conocimiento específico” que, según el emisor, los destinatarios tienen.

La autora da por sentados unos conocimientos que constituyen parte de la diversidad entre lector modelo español y lector modelo de la lengua de llegada.

El lector español conoce o ha vivido la Guerra Civil y el Franquismo; ha desarrollado una mentalidad; percibe la moral religiosa católica como base cultural; sigue sufriendo una tradición muy ligada a la familia y a las relaciones entre generaciones.

Estos aspectos no manifestados aparecen parcialmente en el campo semántico del lector italiano que ha vivido de manera diferente el periodo histórico del que se habla. De todas maneras, “cada realidad de la que se ha hablado es interpretada, tipificada, porque cada texto lleva un contenido activo y uno que se comunica de manera pasiva.

“hija soltera”

“figlia nubile” (p. 127)

Si bien externa, la autora sabe que cada español nacido después del 1930 recuerda de inmediato ese sistema educativo.

Durante la traducción a su vez se han preferido las indicaciones mencionadas antes, del profesor Osimo³⁶: traducción, deverbalización, reverbalización, pensando en el lector italiano interesado ante todo en leer una novela e interesado quizás en conocer ahondamientos relativos, independientemente del texto de llegada.

Por la autora en el texto de llegada el lector modelo pertenece a la burguesía culta que se expresa y comprende un léxico cuidado y específico.

³⁵ SCARPA, F. (2008): Op. cit.

³⁶ OSIMO, B. (2001), *Propedeutica della traduzione. Corso introduttivo con tavole sinottiche*, Milano, Hoepli

2.8 Estilo y registro

“La concepción estilística de los medios expresivos indispensables para individualizar las reglas que se siguen durante la elección de los elementos y de la manera en la que se combinan en el texto. Sin un acercamiento sistemático al estilo, este concepto adquiere un carácter casual y el análisis estilístico queda empírico y subjetivo [...]”.

Popovič afirma además que “[...] los significados lingüísticos, la connotación, la denotación son el punto de partida para una evaluación estilística de las operaciones traductivas y de este modo la formación del traductor debe ser multidisciplinar”³⁷.

Esta última reflexión nos vuelve a llevar al principio de este trabajo: “¿qué base de partida debe construir un traductor para lograr un resultado aceptable?”. “Multidisciplinar”, dice Popovič, que sea precisa en reconocer los elementos y las estructuras que se repiten en el texto para traducir y que constituyen su característica estilística.

En *Al fin estaba sola* es posible individualizar estas construcciones estilísticas con bastante nitidez.

En primer lugar la estructura de las secuencias: a menudo dialogales, con inicio a efecto de las escenas (marco teatral); períodos breves, cortados como el de la lengua hablada (al principio de los capítulos traducidos).

Incluso los diálogos entre los personajes vuelven a proponer la estructura con períodos breves, a menudo dejados en suspenso.

“-Desde luego, tienes mucha razón... Yo lo sé muy bien, en mis condiciones...-”

“-¡Pues sí! ¡Tú que sabes! Mi casa es un infierno... -”

“-Sicuramente, hai ragione... Io lo so molto bene, nella situazione in cui mi trovo...-”

“-Certo che ne ho! Cosa ne sai! Casa mia è un inferno...” (p. 112)

Las secuencias descriptivas son infrecuentes, reproducen las escenas como si fueran pinturas teatrales; por esta razón la autora es escenógrafa y nos enseña lo que la protagonista cuenta.

Además con la tipología del *flash back* encadena los recuerdos uno en el otro retrotrayendo la acción en un juego que parece no acabar.

Otra característica para reproducir en la traducción es la repetición de imágenes, de subordinadas, de términos en los períodos.

El término “miedo” se repite una decena de veces en pocas páginas porque la autora quiere comunicar la ansiedad creciente de la protagonista que pone en peligro su vida y la de sus hijas.

El ritmo de la narración es apremiante; esto confirma la tipología textual narrativa y, bajo unos aspectos, menciona el género “policíaco”. Sin embargo en la novela los indicios están diseminados, parecen casuales aunque se retomarán en la trama, revelando ser imprescindibles.

Dos ejemplos: los datos del registro civil preguntados a Marta; la copia de las llaves del piso secreto del Señor Pereda ayudarán a Ruth a salvarse.

En general es posible decir que en el metatexto no ha sido necesario aportar cambios estilísticos evidentes: la autora es contemporánea; la cultura de referencia entre prototexto y metatexto es parecida; se ha respetado la variante semántica; el residuo se nota más en el ritmo que en la estructura. La pérdida parece ser mayor por lo que atañe al estilo, se puede notar en las connotaciones irónicas de unas situaciones.

La protagonista es una mujer guapa que no vacila en utilizar su belleza para sobrevivir en un mundo que sigue dominado por hombres. Se aburre durante las reuniones feministas en las que se habla de “pequeños

³⁷ POPOVIČ, A. (2006): Op. cit.

temas domésticos” (p. 110); define a su cuñada como “educada santamente” (p. 100) en el colegio de las Teresianas, cuñada que hablaba de manera “piadosa” (p. 101).

Dado el compromiso y la militancia de la Señora Falcón, es evidente la sutil ironía con la que se refiere a algunas mujeres políticamente “comprometidas”, que, sin embargo, son burgueses.

Se ha identificado también al lector modelo como “burgués-intelectual” (ver 2.7).

El marcador principal de esta característica es el registro medio-alto de su novela en el complejo, de las reflexiones ideológicas, de los diálogos.

“La decadencia del dictador, la decadencia por consiguiente del régimen, la desintegración de los organismos e instituciones creadas para defenderlo, el miedo de los sectores oligárquicos que ven como desaparece su protector, el envalentonamiento de las clases populares antes la situación...”

“La caduta del dittatore, la conseguente caduta del regime, la disintegrazione degli organismi e delle istituzioni che erano state create per difenderlo, il timore dei settori oligarchici che vedono scomparire il loro stesso protettore, l'eccitazione della classe operaia di fronte alla situazione...” (p. 122)

También los personajes más difíciles se describen con un registro medio-alto, sobre todo por la elección de los términos eficaces, pero no groseros: “baboso”, “voz untuosa”, “repugnancia”, traducidos con “viscido” “voce mielosa” y “ripugnanza” (p. 138).

Es previsible que el lenguaje de Ruth sea utilizado, porque ella también se puede considerar medio-burguesa, hija de personas cultas; sin embargo una de las cualidades de “Al fin estaba sola” es el pudor de la narración, que denota un registro siempre equilibrado, del estilo esencial, de la trama cautivante y nunca banal.

3 El texto de llegada

La traducción de los cinco capítulos elegidos de la obra de Lidia Falcón no quiere ser exhaustiva con respecto a los contenidos; de todas formas es oportuno volver a presentar aquí las dos diferentes perspectivas que la profesora Federica Scarpa ha señalado: traducción como texto derivado del texto de partida y la traducción como texto independiente en la cultura de llegada.

Criterios de calidad traductiva³⁸

ámbito teórico-didáctico	ámbito profesional
(énfasis en el texto)	(énfasis en el destinatario)
meticulosidad	mesura (texto derivado)
utilizo	aceptabilidad (texto independiente)

Si en el ámbito profesional pueden obrar criterios como el economicismo o el tiempo que el destinatario tiene, en el ámbito teórico nunca deben faltar meticulosidad y la posibilidad de uso que, aunque dejando al texto de llegada el “skopos” del autor, igualmente deben mantener un texto que en la lengua de llegada tenga la misma aprobación en la cultura de partida.

Las peculiaridades del español que han quedado se deben atribuir a la identificación y al traslado de la dominante, de los cronotipos, de los realia y de las particularidades sintácticas de la lengua que no se pueden traducir.

Durante la traducción estilo del autor y color quedan como peculiaridades a las que solo se puede acercarse.

³⁸ SCARPA, F. (2008), *La traduzione specializzata – Un approccio didattico professionale*, Milano, Hoepli, p. 207

3.1 Búsqueda y traslado de la dominante

Ya se ha anticipado en este trabajo que en *Al fin estaba sola* es posible individuar una temática principal a la que se pueden relacionar otras temáticas secundarias que constituyen las argumentaciones.

Queda bastante evidente en:

“[...] Mientras fregaba, me atormentaba sin descanso buscando una manera de acceder a Rafael, de resolver mis problemas económicos, de liberarme de Arturo, de trabajar para el partido con más eficacia. Y sobre todo el sentimiento de culpa de abandonar a mi madre y de no dedicarle suficientes horas a las niñas.” (p. 104)

A excepción del evidente cambio de puntuación que la forma interrogativa necesita, no se han operado cambios sintácticos significativos, a parte de la repetición de “remordimiento/culpabilidad” necesario para alcanzar más fluidez en la lengua de llegada.

El papel del cuidado maternal prevalece sobre el cariño con respecto a la hermana en la expresión “[...] –y no añadí y tú también, [...]” (p. 136): la traducción requiere el uso de un diccionario fraseológico.

Con los encuentros con Daniel y con los miembros de la célula revolucionaria, se destacan unas temáticas secundarias que se pueden identificar aplicando el procedimiento básico: análisis (produce la imagen); decodificación (produce el concepto); nueva codificación, hasta la síntesis. Cada parte traducida se confronta sucesivamente con el contexto a través de la negación.

Temática secundaria: la aportación de la mujer a la célula es accesoria.

“El trabajo de partido con las mujeres era de menor categoría. Todas sabíamos que se le encargaba a las recién ingresadas para que fueran adquiriendo experiencia. Y yo no estaba dispuesta a que después de años de militancia y de haber realizado esforzadas y arriesgadas misiones cumplidas brillantemente, [...]” (p. 110)

No es importante si la protagonista ha llevado a cabo acciones arriesgadas por su compromiso político; como cada mujer española debe aceptar compromisos para mantener incluso su puesto de trabajo.

A nivel sintáctico, aquí ha sido necesario invertir complementos y sujeto.

Los problemas familiares de Marta, la compañera de trabajo, introducen otra temática secundaria: la violencia de género.

“-Mi padre... mi padre nos tiene aterrorizados a todos... Grita continuamente, todo lo encuentra mal, rompe cosas... Y le pega a mi madre... [...]” (p. 112)

“En el seno del supuesto dulce hogar se vivían dramas cotidianos, despersonalizadores, torturantes para las víctimas, que podían concluir en una tragedia que nadie pensaba evitar.” (p. 113)

En este caso la connotación con el compromiso de la autora es evidente. La incapacidad de solucionar el problema aniquila el remordimiento de Ruth. Al “¿Me cobrará?” (p. 119) se ha preferido sustituir una perífrasis aunque menos incisiva.

El tema principal encuentra otra confirmación en la constatación de que, después de tanta abnegación, después de la muerte del marido también la madre de Ruth “estaba sola”:

“Y mi madre, que aquel año crucial de mil novecientos setenta y cinco sólo tenía cuarenta y ocho años, abandonaba toda pretensión de iniciar una nueva relación sentimental, incluso cuando ya ni siquiera existía el hombre que había dirigido su vida hasta entonces.” (pp. 127-128)

En italiano se podía necesitar de una construcción libre; he preferido la negación con la perífrasis y el cambio morfológico “entregada hasta el final en adorar al marido”:

“E mia madre, che in quel cruciale mille novecento settanta cinque aveva solo quarantotto anni, rinunciò a qualsiasi aspirazione di iniziare una nuova relazione sentimentale, anche quando l'uomo che aveva controllato la sua vita sino ad allora non c'era più.” (pp. 127-128)

3.2 Búsqueda y transformación de los cronotopos

Los cronotopos temporales que se encuentran también en los cinco capítulos aquí traducidos son muy precisos y ampliamente explicados en la parte que atañe al contexto histórico.

La autora les menciona a pagina 127: el 1975 es el año en el que se desarrollan los acontecimientos. En la página 131 el 1950 es el año en el que nace la protagonista; el clima de violencia de la Guerra Civil y del Franquismo.

La búsqueda de la transposición de los cronotopos geográficos ha quedado limitada por el hecho de que la autora misma reduce al mínimo las referencias geográficas. Quizás es posible percibir cierta “soberbia” de los de la ciudad con respecto a los provincianos.

“Micaela Hermoso había tenido un padre jornalero anarquista en uno de los pequeños pueblos de la Andalucía caciquil, [...]” (p. 128)

Pero sobre todo con Amparo se menciona la burguesía barcelonesa. Tanto el análisis como la decodificación del término “Mancha” merecen referencia a parte, que se profundizara más adelante.

La búsqueda y la transposición de los cronotopos resulta ser interesante en este trabajo para situar la figura de Daniel. ¿Se trata de un cronotopo psicológico o solo de un militante particular, igual a como habrían podido ser los que participaron en los movimientos de protesta en el resto de Europa?

“-¿Por qué, camarada Natalia? –me preguntó con toda parsimonia Daniel, y con un gesto de la mano acalló las protestas de Santiago y de Inma que querían hablar a la vez.” (p. 122)

Parece ser más un cronotopo psicológico porque Daniel no se limita a una actitud ideológica y despreciativa con respecto a las mujeres, sino que representa lo que resulta del machismo inculcado por la educación franquista y el pensamiento ideológico ciego de quien piensa ser portador de nuevos mensajes y no se da cuenta de estar reproduciendo patrones que en apariencia rechazan.

“Ellos están imbuidos de su infalibilidad, tienen la seguridad de que sus decisiones son correctas, de que su línea ideológica es la única justa [...]” (pp. 133-134)

“Daniel me dirigió una mirada asesina [...]” (p. 125)

En este caso se ha aplicado un cambio morfológico y sintáctico al mismo tiempo, del complemento directo al complemento de modo. En español el periodo resulta ser más incisivo.

“-Los camaradas no hablan...” (p. 151)

3.3 Búsqueda y transposición de los realia y de los residuos

La transposición de los realia marca la elección traductológica; las posibilidades son diferentes: neologismo, seudo calco, calco semántico, perífrasis.

Al contrario, algunos autores prefieren mantener el término en lengua de partida señalando la intraducibilidad al traductor utilizando la letra cursiva, las comillas o la nota en el metatexto. La elección de la estrategia depende del supuesto grado de cultura del receptor y de la especificidad del término.

En la traducción de los cinco capítulos se han realizado distintas transposiciones:

“[...] ni cuando vio aterrada el desfile triunfal de los moros a caballo, los falangistas y los carlistas de rojas boinas por la Gran Vía, con el paso de vencedores sobre la capital derrotada al fin, que con tanto valor se había opuesto a su conquista que cometieron la ofensa de ponerle una boina roja a la estatua del Quijote en la plaza de España.”

“[...] né quando assistette atterrita alla sfilata trionfante dei moros a cavallo, dei falangisti e dei carlisti con il copricapo rosso nella Gran Vía, con il passo da vincitori nella capitale sconfitta, che per essersi opposta con tanto valore, venne ulteriormente umiliata con l'apposizione di un basco rosso sulla statua del Chisciotte in Piazza di Spagna.” (p.128)

Tiene un valor simbólico en la cultura española y un lector medio italiano lo entiende si conoce las coaliciones y la violencia que han marcado la Guerra Civil. De esta manera la transposición ha sido literal pasando el sustantivo “la ofensa” al verbo que transmite la sensación de humillación a la que he añadido el adverbio “ulteriormente”, con valor que refuerza. La estrategia adoptada con el término “caciquil” ha sido diferente; se ha traducido con “signorotti”, dejando una pérdida semántica.

“[...] en uno de los pequeños pueblos de la Andalucía caciquil, [...]”

“[...] uno di quei piccoli paesi dell'Andalusia dei signorotti, [...]” (p. 128)

Se ha cambiado la forma morfosintáctica sustituyendo con un complemento circunstancial un atributo: en este caso el término habría parecido ser impropio con respecto a la cultura de la lengua de llegada y he preferido evitar la nota al pie de la página.

Por los términos “Mancha” y “moros” (p. 128) he dejado los sustantivos en la lengua de partida: “Mancha” porque se conoce también fuera de España y “moros” porque lleno de contenidos culturales e ideología que no tenían un equivalente en italiano, no habría sido adecuado.

No es casual el hecho de que la mayoría de los términos que se pueden considerar como realia se reúnan en el recuerdo que pasa de la narración de los padres de Ruth y que, entonces, ya es historia.

3.4 El color – Fraseología - Puntuación

El color, en el sentido de viveza, intensidad, particularidad del periodo que se pueden relacionar más bien con el idioma español que con el estilo de la autora, se pueden notar en los diálogos, en la brevedad de los periodos en los que la puntuación es mayor con respecto a la forma italiana.

A esto se añaden las interacciones, las marcas discursivas, las metáforas y las muletillas (bueno, claro, vamos...). Más adelante se trataran algunos de estos términos:

“[...] y me cubrí de sudor.”	“[...] e cominciai a sudare vistosamente.” (p. 138)
“-Ruth, Ruth, qué guapa eres –”	“Ruth... Ruth, quanto sei bella...” (p. 106)
“-¿Cientos? ¿Tantos casos hay?”	“Centinaia? Ci sono così tanti casi?” (p. 118)
“[...] ¡Vamos, que no!”	“[...] Per favore!” (p. 127)
“-¿Me cobrará?”	“-Mi farà pagare la consulenza?” (p. 119)

Los ejemplos que se acaban de citar evidencian la concisión de la lengua española con respecto al italiano, su mayor vitalidad, que los españoles combinan con una entonación a menudo enfática o que responde a una percepción diferente de los matices de los sonidos.

Los tiempos verbales que se utilizan más son pretérito imperfecto, pretérito perfecto traducidos con el *imperfetto*, el *passato remoto* o el *trapassato prossimo* italianos. Quizás porque por la autora tienen la intención de poner una distancia entre ella y la protagonista, retomando el papel de autora con un punto de vista exterior.

Por lo que atañe a la puntuación, he buscado la equivalencia “funcional”, consciente de las diferencias que no se pueden pasar al italiano en el que, en el caso del signo de interrogación, por ejemplo, se utiliza solo al final de la pregunta y no tiene la función de subrayar la interrogación indirecta como en español, lo mismo se puede decir por el principio del discurso directo.

Volviendo a tratar el tema del “color” de la lengua española y de las dificultades que se pueden encontrar a la hora de traducirlo a la lengua de llegada, se pueden señalar unos ejemplos:

“[...] Y si tengo un ligue ¿cómo voy a meterlo en casa?”
“E se dovessi vedermi con qualcuno, come potrei portarlo a casa?” (p. 127)

Además del cambio morfológico, se han debido utilizar formas fraseológicas condicionales que no se suelen utilizar mucho en lengua de partida.

“[...] comprometidas políticamente y embarcadas en la frágil barquichuela de un partido minúsculo y agresivo, [...]”

“[...] impegname politicamente e coinvolte nella fragile attività di un partito minuscolo ed aggressivo, [...]”
(p.125)

En este caso se trataba de traducir al mismo tiempo la metáfora con el sentimiento de fragilidad y peligro, evitando la cacofonía de “imbarcate/barchetta”. Se ha preferido sustituir “barco” con “actividad” y el verbo sobrevivir con “possibilità di sopravvivenza”.

La expresión que ha sido quizás más comprometida para traducir es:

“[...] pero se notaba una risa que titilaba en el fondo de sus ojos.”

“[...] ma si poteva percepire una risata scintillare nel suo sguardo.” (p. 146)

Se ha llevado a cabo una elección complicada entre “scintillare, brillare o tremolare” sustituyendo “sguardo” al literal “fondo degli occhi”, menos agradable con respecto a la expresión española.

3.5 Términos particulares y su traducción

Un listado de términos que evidencien como el mismo vocablo pueda asumir funciones diferentes sería largo; los siguientes son solo unos ejemplos.

En español “mujer” es una muletilla, una marca discursiva frecuente, una alocución que refuerza la afirmación:

“No hay más que comparar, mujer...”, traducido por un irónico “cara”:

“Non c’è paragone, cara...” (p. 101)

“-Pues claro, mujer, [...]”, questa volta più derisorio

“-È ovvio, cara, [...]” (p. 117)

La expresión que parece ser más cariñosa es la de Ruth con respecto a Marta:

“Sí, mujer. Yo escribo la carta y la firma tú mamá.”

“Sí cara. Io scrivo la lettera e tua mamma la firma.” (p. 148)

La elección de no traducir el término “pesetas” merece un discurso aparte:

“[...] y el sueldo de mi padre, aumentado en las miserables quinientas pesetas de subsidio de matrimonio [...]”

“[...] e lo stipendio di mio padre, che venne aumentato di cinquecento miserabili pesetas di sovvenzione per il matrimonio [...]” (p. 131)

“Claro que tampoco es lo mismo robar un milloncito de pesetas, [...]”

“Chiaro che non era los tesso rubare un milione di pesetas [...]” (p. 137)

“[...] cuando de aquella fortuna que había pasado por mis manos no me había quedado ni una peseta, [...]”

“[...] quando di quella fortuna che mi era passata per le mani non mi ero tenuta neanche una peseta, [...]” (p.153)

Los tres ejemplos se refieren a periodos históricos diferentes, es decir que en el mismo texto habrían tenido un valor distinto; contar con el cambio y pasarlo a euro habría sido anacrónico. De esta manera se modificaría también la percepción del periodo histórico anterior a la actualidad y a la localización geográfica.

En el caso de otras palabras que no tenían un sinónimo directo en la lengua de llegada, siempre se ha intentado relacionar el concepto decodificado del contexto, recuperando luego en el contenido de la secuencia eventual lo restante.

Por “cortijeros” (p. 135) se trataba de dejar el significado de dueño, por esto se ha preferido con respecto a “caposquadra” o “fattore”; con “gerifaltes” prevalecía el concepto de violencia, de vejación que no estaban incluidos en las posibles elecciones de dirigentes magnates, autoridades.

Sin duda hay una pérdida de significado en la traducción de “soltera” (p. 123) en “nubile”, porque a esta condición de vida en Italia no se le atribuye el mismo peso de “misión” que las solteras debían cumplir durante el régimen, una condición burocrática.

Lo mismo se puede decir por “canguro” (p. 140): “bambinaia” o “baby sitter”. El primero se refiere a una continuidad de la relación y el segundo a un papel no adecuado al periodo; se ha preferido utilizar “tata”.

Con las siglas de los partidos, de lectura difícil para un receptor italiano, no se ha querido italianizar la traducción sustituyendo denominaciones de moda durante esos años: “potere operaio” o “lotta continua” entre otras, tanto por no ser efectivamente homólogas bajo el punto de vista de los contenidos ideológicos cuanto porque habrían parecido fuera del contexto geográfico.

3.6 Variaciones sintácticas y morfológicas

Durante la traducción de los cinco capítulos de *Al fin estaba sola* se ha intentado reducir lo más posible los cambios sintácticos para no modificar la traducción del estilo de la autora y del “color” de la lengua de partida; sin embargo, en el caso de unas formas ha sido necesario aportar modificaciones de la forma pasiva y la forma impersonal por el periodo y la clase morfológica en las frases.

La construcción pasiva pone de relieve el complemento directo más que el agente, por esta motivación en el lenguaje de partida se pone a menudo a principio de la frase. En español se utiliza menos la forma pasiva con respecto al italiano, así que es necesario modificar la estructura:

“En esta ciudad el control social se practica por todas las clases.”

“In questa città qualsiasi ceto è soggetto al controllo sociale.” (p. 103)

“Suerte tenía yo, decían mi hermana y sus amigas, de que a mi edad, con escasos conocimientos de secretariado y ningún idioma, y además con dos niños, tuviese un empleo fijo y bastante bien remunerado.”

“Mia sorella e le sue amiche dicevano che io avevo avuto fortuna ad essere stata assunta alla mia età, senza particolari conoscenze d’ufficio e nessuna di altre lingue, con due bambine per giunta, per aver trovato un impiego fisso ed abbastanza ben pagato.” (p. 105)

“Cuyos problemas no eran considerados de interés público, reducidos al ámbito privado, donde nadie podía intervenir”

“I loro problemi non erano considerati di interesse pubblico in quanto ridotti all’ambito privato, in cui nessuno poteva intervenire.” (p. 113)

Las formas impersonales también resultan ser complejas o fraseológicas:

“-¿Dice algo más del Año Internacional de la Mujer?” è impersonale singolare;

“-Dicono qualcos'altro sull'Anno Internazionale della Donna?” (p. 148) è impersonale plurale

“Yo sabía lo efectivamente terribles que eran.”

“Io sapevo quanto terribili potevano essere.” (p. 147) è fraseológico

“[...] si no, ¿de qué íbamos a vivir los abogados?”

“[...] altrimenti di cosa vivremmo noi avvocati?” (p. 117)

“[...] pero algo habrá que hacer, ¿no?”

“[...] ma ci sarà pur qualcosa che si può fare, no?” (p. 117)

Por lo que atañe a la posición del elemento predominante en la frase, el español suele ponerlo al principio; antes los acontecimientos y después las causas del evento.

“Los delincuentes los hace la sociedad.”

“È la società che crea i delinquenti” (p. 135)

“[...] supe que lo peor ya había sucedido.”

“[...] capii che era accaduto il peggio.” (p. 143)

“[...] por el terrible futuro que se avecinaba si el partido ponía en práctica sus delirantes decisiones.”

“[...] dall'agghiacciante futuro che aspettava il partito nel caso in cui avesse messo in pratica le deliranti decisioni prese.” (p. 133)

Unos ejemplos para destacar como en *Decir casi lo mismo*³⁹ es adecuado realizar cambios morfológicos, es decir cambiar toda la frase:

“[...] la expresión furiosa de Marta.” femenino

“[...] il viso infuriato di Marta.” (p. 113) masculino

“[...] como están los presos castigados en el penal?”

“[...] come stanno i detenuti del carcere che sono stati messi in isolamento?” (p.104) atributo que llega a ser complemento

³⁹ ECO, U. (2003): Op. cit.

4. Conclusión

El objetivo de esta parte conclusiva es recordar las “señales e indicaciones” de los que se supone que un traductor deba disponer como “bagaje mínimo” para enfrentarse a la traducción. El estudio del texto, las dificultades encontradas, las consideraciones que se deducen profundizando la novela *Al fin estaba sola* de Lidia Falcón y, en particular, de los cinco capítulos analizados en el presente trabajo final, causan una nueva observación: para traducir es necesario seguir buscando nuevas estrategias o métodos, tanto para aislar un conjunto de universales traductológicos que se puedan considerar eficaces en cada tipología textual, como para poder seguir asimilando las indicaciones de los teóricos de la traducción; o para poder comprender mejor a los docentes que proporcionan a los “futuros traductores” sus intuiciones en este ámbito, todavía reciente, pero cada vez más importante. Otras obras de Lidia Falcón consideradas durante la traducción conducen hacia nuevas indicaciones conclusivas que, para simplificar la exposición, se podrían agrupar en tres secciones principales:

- conclusiones con respecto al aspecto práctico de la traducción;
- conclusiones con respecto a la orientación del texto;
- reflexiones acerca de la profesión del traductor.

Se mencionarán además los instrumentos traductológicos que el traductor profesional u ocasional día a día debe utilizar para traducir simultáneamente o en poco tiempo lo que se dice como lo que se escribe después de encuentros internacionales, congresos o mesas redondas.

Si el texto narrativo, literario como el texto aquí examinado deja el tiempo para una traducción meditada, lo mismo no pasa siempre en las diferentes ocasiones indicadas antes: por esta motivación a los “universales traductológicos, a las señales e indicaciones” se debería asociar a nivel práctico una actualización continua, abierta a distintos puntos de vista en los que se debe intervenir sin olvidar que cada uno ha desarrollado un léxico específico, un lenguaje común de la traducción que, naturalmente, supera las fronteras espaciales y culturales.

La revisión siempre es necesaria, incluso para intentar comprender qué “insidias” han podido confundirle. En este caso muy útil es la lectura que Armando Francesconi en *I falsi amici* hace de este problema⁴⁰.

⁴⁰ FRANCESCONI, A. (2008), *I falsi amici*, Chieti, Solfanelli

4.1.1 Conclusiones sobre el aspecto práctico de la traducción: el bagaje del traductor

Jean Delisle afirma: “[...] la equivalencia traductiva se sitúa a nivel del discurso y no a nivel de la lengua [...], no se traducen palabras sino el sentido que aportan al contexto [...]; el texto de llegada debe transmitir lo más posible las mismas informaciones del texto de partida [...]”⁴¹.

La mención confirma todo lo expuesto en los párrafos 1.6 y 1.7. Es importante recordar que en la última década se han multiplicado las publicaciones acerca de la praxis traductológica en búsqueda de una síntesis entre las múltiples definiciones de las fases del procedimiento traductivo y de las estrategias para utilizar.

La traductología ha elaborado un metalenguaje que ayuda al traductor durante la búsqueda de una vía personal que constituye el “bagaje” personal. En la traducción es necesario considerar el contexto de partida para transmitirlo en el contexto de llegada, así como el cuidado con respecto a los lenguajes que tienen un propio terminología específica, como en el caso del ámbito burocrático, político o sociológico.

En el caso de la obra de la escritora Lidia Falcón habría sido fácil caer en la cuestión del género, es decir utilizar esas expresiones adecuadas para marcar las diferencias de sexo o las relativas problemáticas presentes hoy en día en el lenguaje de los medios; para orientarse entre las diferentes propuestas de la metodología traductológica la directriz ha sido el principio de negación, porque sugiere la investigación de la interpretación que no influye en el contenido, siempre respetando las estructuras sintácticas y culturales del lenguaje de llegada. La negación, como indican Eco, Osimo, y Scarpa por ejemplo, comprende el respeto por la coherencia, la cohesión, temática y la tipología textual.

Para solucionar por lo menos parcialmente las dificultades en las que el traductor puede incurrir, muy importante es la lección del profesor Lefevre: “[...] no existe un método único de la traducción, sino que se establece cada vez, en relación al fin de la traducción misma, al contexto de llegada y a la editorial interesada, al destinatario real o potencial del texto [...]”.

⁴¹ DELISLE, J., LEE-JAHNKE, H., CORMIER, M. (2002), *Terminologia della traduzione* a cura di Margherita Ulrych, Milano, Hoepli

4.2 Instrumentos lexicográficos

La negación llega a ser praxis diaria no sólo por la elección de los términos o por la transposición del sentido, sino también por el uso de los instrumentos lexicográficos: aunque a la base siempre haya un simple diccionario bilingüe, con el desarrollo de la reflexión metalingüística propia de la traductología se han multiplicado los instrumentos de soporte; estos son a menudo diferenciados tanto en el cuidado por el término cuanto con respecto a su área semántica, a los modismos, a las referencias verbales y funcionales, es decir el área morfosintáctica, fundamental hoy en día también en el caso de los lenguajes sectoriales o para elegir entre los diferentes estándar, hasta encontrar palabras semejantes incluso en el sonido y en las referencias.

También en el uso de los instrumentos lexicográficos cada traductor elabora una estrategia adecuada a la tipología textual a la que se debe enfrentar. En la obra literaria *Al fin estaba sola* de Lidia Falcón se ha utilizado el método tradicional: consulta del diccionario y revisión conclusiva del trabajo.

Entre los diccionarios bilingües de papel empleados, es fundamental recordar el *Nuovo dizionario italiano/spagnolo, spagnolo/italiano* de Lucio Ambruzzi publicado por la editorial Paravia (1973), que proporciona una buena cantidad de voces con informaciones de tipo histórico y cultural; el *Grande dizionario di spagnolo* de Laura Tam, publicado por Hoepli (2009), muy útil en la búsqueda de sugerencias que reflejen las diferentes combinaciones en la lengua de llegada; el *Clave-Diccionario de uso del español actual* publicado siempre por Hoepli (2007), obsoleto bajo unos aspectos pero práctico en una primera fase de la traducción.

Asimismo el *Diccionario de la Real Academia Española* publicado por Espasa (2001)⁴² ha ayudado al enfrentarse con realia o con referencias en el registro de las conversaciones de los personajes.

Queda irrefutable la afirmación de la docente Elena Liverani durante el congreso *Traducir desde el español – Jornada de estudios 2003*: “[...] la primera fase es la exacta comprensión también a nivel textual del significado de la fraseología. Sólo después será posible cuidar la búsqueda de un equivalente que sea semántico y no lexical: para hacerlo es necesario disponer también de un instrumento genérico, además de los diccionarios fraseológicos, muy ventajosos.

⁴² *Diccionario de la Real Academia Española*, 2001, Madrid, Espasa

4.3 Conclusiones sobre la orientación interpretativa del texto

La lengua de Europa es la traducción

Umberto Eco

La afirmación del autor mencionado más veces durante este trabajo no se refiere sólo a la técnica de la traducción, sino que conlleva esta cultura común “que, aunque respetando las especificidades nacionales, debería unir hoy en día a las diferentes poblaciones europeas.

Cada producción literaria se puede considerar como una producción que nos habla de un lugar en concreto y que abre a los demás el “sentido cultural” de este país.

Muchos teóricos de la traducción invitan a crearse, antes de empezar con una traducción, un bagaje cultural mediado por la historia, por la antropología, por la filosofía, por la psicología, por la literatura, por la lingüística o por la semiología de la lengua de partida, dado que incluso una primera lectura de “selección” del texto al que nos enfrentamos pasa por filtros culturales con los que el traductor ha enriquecido su propio bagaje.

Para interpretar de la manera más correcta posible la novela de Lidia Falcón *Al fin estaba sola*, para entender las características de sus personajes y la estratificación de la trama, en la que el tiempo del cuento no corresponde al tiempo de los acontecimientos, ha sido necesaria una inmersión en la manera de pensar española, hasta entender acentos y registro expresivo, además de la vivencia cultural.

André Lefevere recuerda que el traductor debe “cuidar los caracteres estilísticos [...] de la retórica que se pueden encontrar en la microestructura y en el conjunto, creando soluciones gracias a las que los equivalentes funcionen a cada nivel de la comunicación, desde el ritmo hasta el sentido [...]”⁴³.

Vuelve como praxis la negación, incluso por lo que atañe al contenido y a las referencias socio-culturales presentes en el texto.

Durante la traducción de los capítulos IX y XI en particular de *Al fin estaba sola*, ha sido fundamental documentarse gracias a españoles “contemporáneos” a la protagonista Ruth, para comprender las alusiones histórico-políticas que se refieren a los tres períodos de los que la autora conoce bien la herencia en la cultura española.

Un muy alto porcentaje de españoles hoy en día sigue pensando y hablando con ese “marco histórico” de referencia. En la lengua de llegada no se puede alterar o ampliar el contenido aunque, por ejemplo, se hayan descubierto detalles útiles para la interpretación en el resto de la novela, siempre entra en juego la negación; lo mismo vale en el caso de los matices satíricos o enfáticos, es importante entender el valor de algunas estructuras sintácticas (posición del adjetivo, uso del participio) que son diferentes con respecto al italiano.

La fraseología contraída, la alusión, los enunciados ambiguos pertenecen al estilo de la autora como del “pensamiento español”.

⁴³ LEFEVERE, A. (1975), *Traslating Poetry: seven strategies and a blueprint*, Amsterdam, Van Gorcum

El fin del traductor debe ser siempre el de respetar “[...] la originalidad espiritual y creador de la autora [...]”; el grado de complejidad y oscuridad que [...] no se debe alterar o simplificar sino preservar rigurosamente [...]”.

En las últimas décadas la traductología ha realizado avances relevantes, empujada quizás también por el fenómeno de la globalización mediática que transforma todo en cercano y presente, otra motivación para servirse de los nuevos soportes lexicográficos que ayudan a comprender modismos, acentos regionales, frases con sentido figurado y familiar (es suficiente centrarse en el valor semántico de la tradición taurina en España) y la redundancia encontrada con respecto a unas muletillas en la lengua de llegada. Naturalmente, si el bagaje cultural del traductor en su misma lengua es bastante amplio, se pueden utilizar equivalentes pero el bagaje mismo se enriquece con la experiencia, que no siempre se traduce en la lengua materna, muy varia y regional a su vez.

5 Reflexiones sobre la profesión del traductor

El llamamiento a la mención inicial del autor Umberto Eco es inmediato.

La traducción o la lengua que día a día se estandariza más, en la necesidad de traducir rápidamente en los informes de los encuentros internacionales, económicos y políticos, contribuye a una estandarización de las lenguas: “La globalización económica ha resaltado el cosmopolitismo cultural” que abre la vía a traductores improvisados o aproximados, poco propensos al respeto de esos universales traductológicos que los teóricos más expertos en el ámbito recomiendan.

De esta manera es fácil traducir, pero alejándose de una actitud profesional, respetuosa, adecuada que los textos de Eco, Delisle, Lefevre, Newman o Scarpa delatan, así como de esos investigadores serios y curiosos en su trabajo que pertenecen a la conciencia profesional de los traductores del porvenir.

En el bagaje mínimo del traductor debe entrar también el respeto hacia el lector de llegada, que tiene derecho a una información/traducción adecuada y verídica tanto en el sentido como en el significado.

Según Isabella C. Blum: “[...] mucho antes de llegar a ser un arte, la traducción es una profesión y de esta manera se puede enseñar y aprender [...]. Hoy en día el traductor debe saber expresar una profesionalidad abierta a 360 grados [...]. Para crear a un profesional son necesarias bases sólidas, a nivel de formación y experiencia en el ámbito [...]. Cada traducción implica una investigación bibliográfica, profundizar los contenidos y, tal vez, la necesidad de una confrontación personal [...]”⁴⁴.

Sin dudas la novela *Al fin estaba sola* es de fantasía, pero las temáticas son reales.

Cada autor, entregando su obra al traductor, expone su trabajo y la relativa interpretación en una demostración de mutua confianza.

Isabella Blum afirma: “[...] La nuestra es una profesión maravillosa, que permite un constante contacto con la cultura, con el estudio, con un utilizzo profesional de las lenguas; una profesión que implica un contacto con realidades diferentes, que obliga a una actualización constante. Una profesión creativa que [...] mantiene vivos [...]”.

⁴⁴ BLUM, I. C. *Un'intervista a Isabella C. Blum*, (http://www.italicon.it/it/index.asp?codpage=dossier_36)

ESPAÑOL	ITALIANO	ENGLISH
a borbotones	a fiotti	tumbling out
a mansalva	a man salva	at close range
abrigar	coprire/nutrire/proteggere	to cherish
abrumado	oppresso	overwhelmed
acudir	presentarsi/accorrere/rivolgersi	to turn to/to come/to come to mind
adolecer	soffrire/mancare	to suffer/to lack
adoquín	sampietrino	cobble
agotar	esaurire/sfinire	to tire out
agrietar	screpolare	to chap
ahínco	impegno	hard
ajuar	corredo	trousseau
alacena	credenza	cupboard
ahuyentar	mettere in fuga/scacciare	to keep away/to dispel
alargar	allungare	to hold out
algarabía	confusione/baccano	hubbub
americana	giacca sportiva	jacket
apañarse	arrangiarsi/barcamenarsi	to manage
apesadumbrado	triste/afflitto	sad
apostillar	annotare	to annotate
apresuradamente	di fretta	hurriedly/hastily
apuesto	bello	handsome
arranque	impeto/slancio	impetus
arrastrar	coinvolgere/portare via/trascinare	to win over/to drag /to sweep along
asombrado	meravigliato/sorpreso	surprised
atacar	attaccare/intaccare/prendere	to attack/to bout/to assault
atar	legare/occupare	to tie/to constrain
ataviar	acconciare	to dress up
atrapar	acciuffare/conquistare/ingannare	to catch
atuendo	tenuta/abito	dress/outfit
atusar	aggiustare/lisciare	to preen
bravata	bravata	bravado
caballero	signore/gentiluomo	gentleman/sir
cabecear	scuotere la testa	to nod off
caciquil		
calabozo	cella	cell
camarada	collega/compagno/commilitone	colleague/mate/comrade

canguro	baby-sitter	baby sitter
cansancio	stanchezza	tiredness
captar	captare/cercare/ricevere	to recruit/to attract/to receive
carlista	carlista	Carlist
carraspear	schiarirsi la voce	to clear one's throat
carromato	carro	covered wagon
castigado	detenuto	inmate
cebarse	infiere	to delight in tormenting
cerciorar	accertarsi/verificare	to ensure/to verify
chiste	barzelletta/battuta	joke
chupada	succhiata	blow job
churro	frittella/porcheria	churro/fritter
comadrón	ostetrico	obstetrician
con el rabillo del ojo	con la coda dell'occhio	out of the corner of one's eye
conculcar	violare	to violate
convenio	accordo/patto	agreement
cortijero	possidente	landowner
cuartel	caserma	police station
cuneta	canaletto	ditch
cursilería	volgarità	coarseness
dar por zanjado	dare per concluso	to consider settled sth
de veras	veramente	really
delator	delatore	incriminating/revealing
demora	ritardo/attesa	delay
derretirse	struggersi	to be crazy about sb
derrotado	sconfitto	defeated
derrotismo	disfattismo	defeatism
desahogo	sfogo	relief
desaliño	trascuratezza	carelessness
desdén	disprezzo/indifferenza	disdain/indifference
desgarro	lacerazione	breach
desperdiar	sprecare/gettare via	to waist/to throw away
desquiciado	sconvolto	unhinged
desvelo	sfuerzo/impegno	effort/concern
dirigente	dirigente	leader
displencia	indifferenza	indifference
dolido	spiaciuto	hurt
efeméride	evento	event
ejército faccioso	esercito di ribelli	rebel army

enfrascado	immerso	to become immersed in sth
enojo	rabbia/noia/fastidio	anger/annoyance/resentment
entrañas	viscere	heart/bowels
envalentonamiento	eccitazione /incoraggiamento	excitement/force
escarceo	digressione	digression
escudriñar	scrutare	to examine
escueto	breve	concise
estentóreo	molto rumoroso	loud
estilar	usare/redigere/stilare	to utilise/to draw up
estorbar	disturbare/intralciare/ostacolare	to hinder/to disturb/to impede
estraperlo	contrabbando	illegal trade
estrellar	fallire	to fail
farragoso	confuso	stodgy
ficha	cartellino/tessera	card/index card
finca	proprietà	property/country house
fisgar	curiosare	to snoop/to pry
fruncir el ceño	aggrottare le ciglia	to frown
hatillo	fagottino	bundle
hermanar	fraternizzare	to bond/to unite
hincharse	rimpinzarsi/stufarsi	to stuff oneself with/to fill up
hogar	casa/famiglia	home
huraño	schivo	shy/timid
hurtar	derubare/nascondere	to steal/to hide
inadvertencia	disattenzione	oversight
ínfulas	pretese	conceit
inusitado	insolito	uncommon
jadear	ansimare	to pant
jerarca	gerarca	leader
jornalero	bracciante	day labourer
lejía	varecchina	bleach
letanía	litania	litany
ligue	flirt	flirt
machaconamente	machaconamente	repetitively
mamar	spassarsela	to have a good time
mandíbulas apretadas	mandibole strette	lock jaws
mareado	nauseato	dizzy
marear	infastidire/seccare	to make dizzy/to bother
membrete	intestazione	letterhead

meterse en líos	mettersi nei guai	to get oneself into trouble
meublé	appartamento arredato	flat
migaja	briciola	crumb
moros	polizia personale di Franco	moros (Franco's personal police)
morro	muso	snout
mugriento	lercio/sozzo	filthy
obcecado	accecato	obsessed
octavilla	volantino	pamphlet
ojos fruncidos	sguardo cupo	to frown
ojos pardos	occhi scuri	dull eyes
oposiciones	concorso	entrance exams
pachón	poltrone	wooly
pactar	concordare/patteggiare	to agree
padecer	soffrire/sopportare/subire	to suffer/to experience
palmetazo	bacchettata	slap
pantorilla	polpaccio	calf
papel cebolla	carta per lucido	onionskin
pastelear	marciarci	to creep
patidifuso	esterrefatto	flabbergasted
pelo pajizo	capelli giallo paglierino	straw-coloured hair
penal	carcere/prigione	prison
periplo	viaggio	journey/tour
piadoso	devoto	devout/pious
pícaramente	astutamente/maliziosamente	mischievously
picardía	astuzia	craftiness/slyness
pinchazo	fitta	sharp pain
pitanza	razione	daily ration
pleito	processo	lawsuit
plexo solar	plesso solare	solar plexus
pudiente	benestante	powerful/rich
pueblerino	bifolco	uncultured
pulcritud	cura/igiene/ordine	smartness/neatness/tidiness
ratonera	trappola per topi	mouse trap
recado	messaggio/pacchetto	message
recoveco	meandro	nook
regañar	irritarsi/litigare	to scold/to quarrel
remedo	parodia	poor imitation
reprobable	riprovevole	reprehensible
resorte	espediente/mezzo	means
retortijón	crampo	stomach cramp

rezongar	brontolare/borbottare	to grumble
rumbo	condotta/rotta	direction/course
sempiterno	continuo	everlasting
sobrado	d'avanzo/da vendere	excessive
somero	frettoloso/sommario	rough/superficial
sonsacar	carpire	to wangle
sonsonete	lagna/solfa	whine
tajantemente	seccamente	categorically
temblón	tremolante	trembling
tila	tisana	tisane
titilar	brillare/scintillare	to flickr/to tinkle
toque de corneta	suono/tocco della tromba	call/chime
trasnochado	antiquato	outdated
trecho	tratto	distance
trompicón	passo barcollante	stumbling
vanguardia	avanguardia/in testa a	at the forefront
vestigio	traccia	trace

Bibliografía

- DELISLE, LEE-JAHNKE, CORMIER, 2002, *Terminologia della traduzione* a cura di Margherita Ulrych, Milano, Hoepli ;
- DI FEBO G., SANTOS J. 2003, *Il Franchismo*, Roma, Carocci
- ECO U. 2003, *Dire quasi la stessa cosa – Esperienze di traduzione*, Tascabili Bompiani,
- FALCON O'NEILL L. 2007, *Al fin estaba sola*, Barcelona, Editorial Montesinos
- FRANCESCONI, A. (2008), *I falsi amici*, Chieti, Solfanelli
- JAKOBSON R. 1959, *On Linguistic Aspect of Translation* en. E.A.B. Brower
- LEFEVERE A. 1975, *Translating Poetry: seven strategies and a blueprint*, Amsterdam, Van Gorcum
- LUDSKANOV A., 1967, *Un approccio semiotico alla traduzione* a cura di Bruno Osimo, 2008, Milano, Hoepli
- MOUNIN G. 1971, *Los problemas teóricos de la traducción*, Madrid, Editorial Gredos
- NEWMARK P. 2006, *Manual de traducción*, Madrid, Editorial Cátedra
- OSIMO B. 2001, *Propedeutica della traduzione. Corso introduttivo con tavole sinottiche*, Milano, Hoepli
- OSIMO B. 2003, *Manuale del traduttore: guida pratica con glossario*, Milano, Hoepli
- OSIMO B. 2004, *Traduzione e qualità. La valutazione in ambito accademico e professionale*, Milano, Hoepli
- OSIMO B. 2007, *Propedeutica della traduzione*, ed. Hoepli Milano
- POPOVIČ A. 2006, *La scienza della traduzione – Aspetti metodologici. La comunicazione traduttiva* a cura di D. Laudani e B. Osimo, Milano, Hoepli
- RIDDEL M. 1995, *La escritura femenina en la postguerra española*, New York, Editorial Peter Lang
- SCARPA F. 2008, *La traduzione specializzata – Un approccio didattico professionale*, Milano, Hoepli
- TOROP P. 2009, *La traduzione totale – Tipi di processo traduttivo nella cultura* cura de Bruno Osimo, Milano, Hoepli
- ULRYCH M. 1997, *Tradurre: un approccio multidisciplinare*, Torino, UTET Libreria
- ZULIANI E. 2004, *Las azules - Tesi di laurea*, Università di Bologna

Sitografía

- ÁLVAREZ FEÁNS A. 2008, *Cada paso progresista que hemos dado ha supuesto una renuncia para las mujeres*, entrevista a Lidia Falcón O'Neill por Revista Pueblos, (<http://www.revistapueblos.org/old/spip.php?article889>)
- BLUM, I. C. *Un'intervista a Isabella C. Blum*, (http://www.italicon.it/it/index.asp?codpage=dossier_36)
- LEVÝ, HOLMES, POPOVIČ sobre la traducción, *Corso di Traduzione*, a cura di B. Osimo, (http://courses.logos.it/IT/5_38.html)
- Nota de BUFFONI F. 2007, *Per una scienza della traduzione* en *Il viaggio della traduzione* a cura de PROFETI M.G., Firenze University Press (http://stealth-prod-files.s3.amazonaws.com/previews/9788884535726_preview.pdf?AWSAccessKeyId=AKIAI5TBIN YBVNOTNY YQ&Expires=1709255715&Signature=smKlsUVy6uGr2Hg5lr6UVzwqdGc%3D)
- VAN LEUVEN ZWART K. *Translation and original. Similarities and dissimilarities* in *Target*, n. 1:2 (1989) y n. 2:1 (1990), *Corso di Traduzione*, a cura di B. Osimo, lezione 30

(http://courses.logos.it/IT/3_30.html)

- ZUCCHINI E. 2007, *Le donne spagnole negli anni del primo franchismo. L'organizzazione, le dirigenti, la formazione dei quadri*, Università di Bologna

(<http://amsdottorato.cib.unibo.it/570/1/zuliani.pdf>)

BIBLIOGRAFIA DI SUPPORTO LINGUISTICO

- DE SAUSSURE F. 1967, *Corso di linguistica generale*, Roma-Bari, Laterza,

- GRAFFI G., SCALISE S. 2002, *Le lingue e il linguaggio*, Bologna, Il Mulino

- CARRERA DIAZ M. 1997, *Grammatica spagnola*, Roma-Bari, Laterza

- ULRYCH M., A. A. 2002, *Terminologia della traduzione*, Milano, Hoepli

DIZIONARI CONSULTATI

- AMBRUZZI L. 1973, *Nuovo dizionario italiano/spagnolo, spagnolo/italiano*, Torino, Paravia

- *Clave-Diccionario de uso del español actual*, 2007, Milano, Hoepli

- *Diccionario de la Real Academia Española*, 2001, Madrid, Espasa

- GARCIA FERNANDEZ L. 2006, *Diccionario de perífrasis verbales*, Madrid, Gredos

- SECO M. O., 2005 *Diccionario fraseológico documentado del español actual*, Madrid, Auguilar

- TAM L. 2009, *Grande dizionario di spagnolo*, Milano, Hoepli